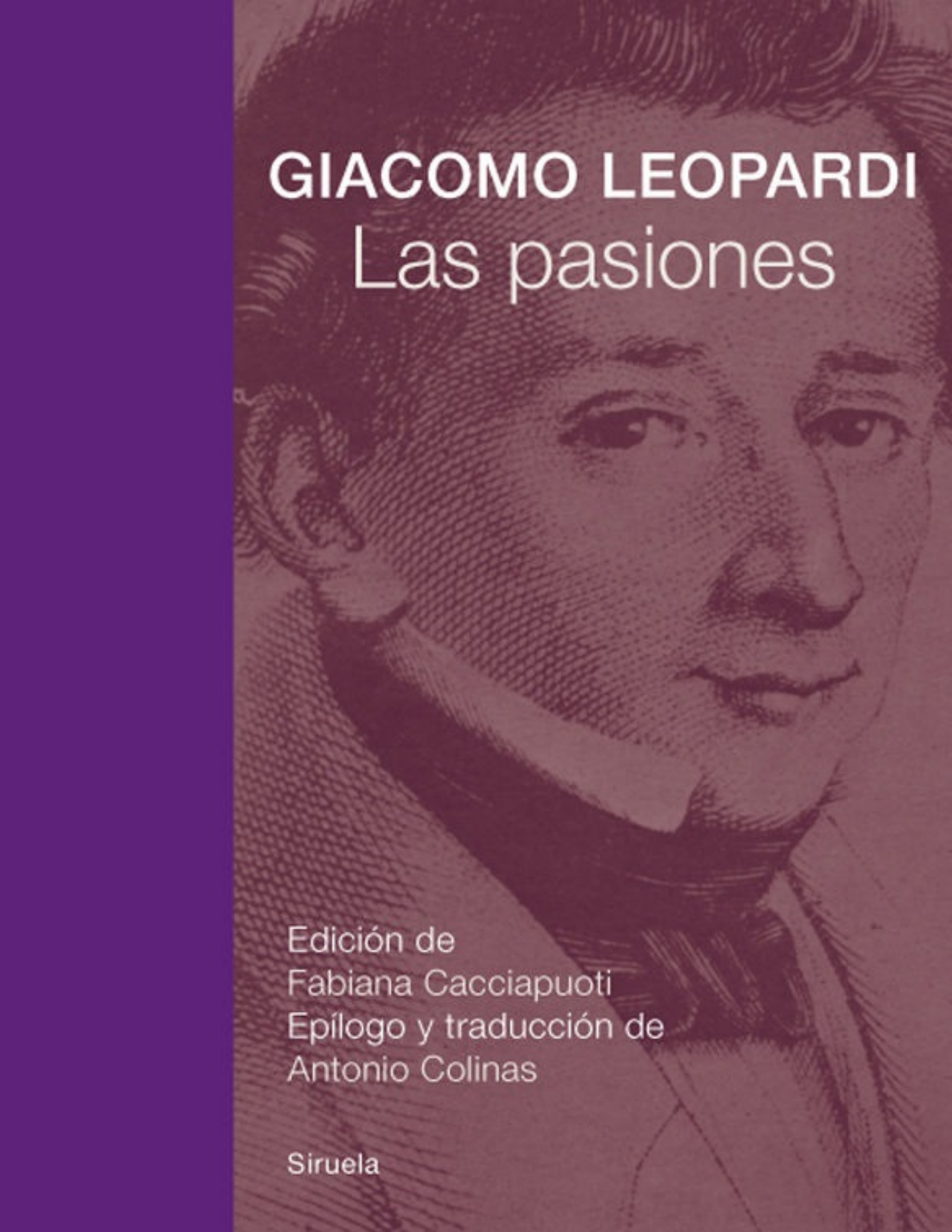




GIACOMO LEOPARDI

Las pasiones

Edición de
Fabiana Cacciapuoti
Epílogo y traducción de
Antonio Colinas

Siruela

GIACOMO LEOPARDI

LAS PASIONES

Edición e introducción de
Fabiana Cacciapuoti

Traducción del italiano y epílogo de
Antonio Colinas

 Siruela

Libros del Tiempo

ÍNDICE

Cubierta

Portadilla

Introducción Fabiana Cacciapuoti

Las Pasiones

Epílogo Antonio Colinas

Apéndice

Notas

Créditos

Introducción

El hombre perfectamente moderno, apenas siente nunca pasiones que le hagan mirar hacia fuera o que lo recluyan en su interior, sino que casi todas sus pasiones se mantienen, por así decirlo, en el centro de su ánimo; lo cual quiere decir que no le conmueven sino de una manera mediocre, permitiéndole el libre ejercicio de todas sus facultades naturales, costumbres, etc. De tal manera que la mayor parte de su vida transcurre en la indiferencia y, en consecuencia, en el tedio, estando desprovisto de fuertes y extraordinarias pasiones (*Zib.*, 266, 1)

El tema de las pasiones predomina en el *Zibaldone* de Giacomo Leopardi. El enorme volumen de anotaciones y de textos escritos entre 1817 y 1832 está permanentemente presente en él, hasta el punto de constituir una especie de hilo conductor. No se trata tampoco de un interés implícito, si bien es cierto que el autor sintió la necesidad de reconducir, en un cierto momento de su trabajo, un verdadero y propio índice de todos los fragmentos de sus apuntes recogidos bajo la expresión «Tratado de las pasiones». Expresión, esta última, reveladora de una intención sistemática y programática en torno a aquello que era considerado por el autor como uno de los puntos cardinales del conjunto de su reflexión.

Sistematizar esos materiales fue algo que nunca llevó a término, al igual que ninguno de los otros planteamientos temáticos proyectados por Leopardi en relación con el *Zibaldone*. Por lo demás, el completo borrador de las anotaciones leopardianas permanecería inédito hasta que, después de la muerte del autor, una iniciativa de Giosuè Carducci patrocinase –entre 1898 y 1900– su publicación.

Oportunamente se ha venido observando que las páginas de los originales muestran una constante oscilación, una tensión «entre fragmento y sistema», entre la desordenada necesidad de liberar a las reflexiones y a los análisis más variados, y a la aspiración a un orden, más que al contenido que continuamente se manifiesta, para luego ser a su vez refutada por una especie de inminente imposibilidad.

Por tanto, sin poder asumir la forma de una obra acabada, el conjunto de los textos

registrados por Leopardi bajo la palabra «pasiones» –íntegramente recogido aquí según el plan establecido por el autor– indica un preciso y consabido *plan*.

Protagonista absoluto de estas páginas es el hombre moderno: un hombre que vive sus pasiones con una baja intensidad, extraviado entre la indiferencia y el aburrimiento, firme en el umbral de un tibio obrar y al que no le resulta desconocida la consistencia de lo proyectado, negado por el ímpetu del deseo.

Un ser mediocre, incapaz hasta el extremo de remover aquellas emociones y sentimientos que determinan el comportamiento.

La dinámica de las pulsiones –esenciales en la formación de una personalidad y la consecuente acción del individuo– se contrapone en la época moderna a una relación con la naturaleza profundamente diversa respecto a la vivida por los antiguos. Las características típicas del hombre «natural» –la posibilidad de comunicación, la ligereza en el decir, la exuberancia en el gesto, la dificultad para contener la alegría, el dolor o la ira– han dejado de hecho, lentamente, paso al silencio, a la contención solipsista, al dominio de la mente sobre el corazón, hasta alcanzar un profundo olvido de sí mismo y de las cosas, que es la causa de la frialdad, la enfermedad y la muerte.

En la línea de esta diferencia, el texto leopardiano consiente una serie de direcciones interpretativas: autoanálisis, atención antropológica y observación moral pueden ser considerados como otros tantos puntos de observación escogidos por el autor para examinar las emociones y su influencia sobre el comportamiento del hombre.

Por ser propio del autoanálisis, adquiere importancia la comprensión del juego de las pasiones, que en el mundo moderno pierden cualquier valor moral para acabar siendo útiles esencialmente para la construcción de máscaras de comportamiento necesarias para la simulación exigida por el maquiavelismo que impone la vida social. Y, frente a la máscara, la esencia se anula: lejos de la virtud, apartado de la naturaleza, el hombre ya no se conoce a sí mismo, confunde la comedia con la verdad, perdiendo cada vez más el contacto con su vida profunda, en la que, al menos, las pasiones encuentran su lugar. En una época de «naturaleza a medias» –así define Leopardi la modernidad– la vida de las pasiones es débil, a mitad de camino entre el impulso externo y la reclusión interior del ánimo, y es así porque la costumbre de dominar la emoción produce, a fin de cuentas, una especie de debilitamiento de los sentimientos.

La modernidad genera, pues, pasiones débiles que afectan a sujetos frágiles. Sujetos habituados a vivir en un espacio crepuscular, lejos de la acción, que es la que decide y

elige, huyendo de la responsabilidad y, por tanto, del comportamiento ético, excesivamente atentos a sí mismos, a los propios malestares, al propio cuerpo. Con frecuencia, este último es considerado únicamente como el lugar de la enfermedad, como la sede de los tortuosos senderos por los que la mente se aventura, perdiéndose –casi sin darse cuenta de ello– en laberintos en los que el pensamiento acaba siendo un riesgo mortal; y es así cuando aflora la obsesión, la repetición incesante. Atropellado por la carcoma del razonamiento, el cuerpo cede, impidiendo con su debilidad cualquier forma de vigor y cualquier tipo de acción.

A contraluz, se perfila de manera especular el retrato del hombre antiguo, cuya fuerza física y moral nacía precisamente de formar él mismo parte de la naturaleza, no escindido y extraviado, sino fortalecido por la armonía entre cuerpo y mente, y por aquel vigor que garantizaba la virilidad de las pasiones.

Es necesario un cuerpo adecuado para vivir las pasiones, para saber amar, odiar, combatir con ira, matar, desesperarse y llorar.

Son necesarias las pasiones para vivir y para saber aceptar la muerte como parte integrante de la vida, sin miedo, simplemente, como si se escuchase el propio deseo y se llevase a cabo en un tiempo enriquecido del pasado y tendido hacia un futuro implícito en aquel momento presente en el cual sólo se puede dar la plenitud. Incluso el suicidio requiere pasión para el hombre natural de la antigüedad. Por el contrario, para el hombre moderno ni siquiera el suicidio es un hecho natural; es más, se trata de un producto extremo de la razón, su hijo, y consecuencia de la reflexión.

No es casual que, en estas páginas, Leopardi escoja a Dido como ejemplo de suicidio provocado por un impulso pasional, como afirmación por tanto de la naturaleza y como símbolo de la oposición al Hado. Aun así, al hablar precisamente de Dido, Leopardi se apoya en aquella especie de placer sutil que la desesperación representa, reconocida como parte esencial del sentir contemporáneo, cuando se complace con la propia infelicidad.

El mantenerse en el límite entre lo antiguo y lo moderno es una de las características del discurso leopardiano sobre las pasiones, precisamente porque el autor trabaja con la contraposición, en un continuo ir y venir entre pasado y presente, casi con el fin de mostrar la fractura entre la sensibilidad y la indiferencia, la empatía y la frialdad, la vitalidad y la introversión, sabiendo bien que tales dicotomías son muy suyas.

Sujeto escindido, consciente de la imposibilidad de retornar a una naturaleza que sólo

en armonía habría podido garantizar la originaria identidad de los individuos, Leopardi atribuye a la quiebra del paradigma natural el desarraigo que caracteriza al hombre contemporáneo, arrojado a la existencia por casualidad, sin otro fin que lo identifique y sin un sentido que dé valor a su vida.

Sin embargo, la pregunta esencial no se plantea en el *Tratado de las pasiones*, ya que Leopardi, sabiendo bien que en su época no existe aún una ciencia de los sentimientos – definida todavía por él mismo como «niña»– procura dar con una válida para la modernidad; pero esta historia de las pasiones modernas no puede conformarse sin la consideración del desequilibrio que se ha instaurado entre naturaleza y civilización, pasión y razón.

Describir el papel y, por así decirlo, la fisonomía de las pasiones significa de hecho tener en cuenta este desequilibrio, la modificación importante que impide al hombre una naturalidad supuesta, en el mismo tiempo en el que se sitúa en el espacio de una civilización cuyo imprevisible exceso se refleja de inmediato sobre sus emociones, sus sentimientos, su sensibilidad.

El amor, por ejemplo, cambia en proporción con el cambio de la civilización. En el mundo moderno se asiste, escribe Leopardi, a un proceso continuo y veloz de la «espiritualización» de las cosas. La realidad pasa de la concreción propia de la percepción del mundo antiguo a una nueva forma de sentir, que hoy definiríamos como virtual. Es la derrota del cuerpo, la victoria de la mente y de todo cuanto a ella se refiere. De esta manera, el amor pasa de ser una pasión material y propia de los animales y de los zafíos a algo absolutamente espiritual.

No se le escapa a Leopardi que en esta mutación la imaginación adquiere un mayor poder, convirtiéndose en el presupuesto para mantener vivo el deseo en la continua tensión hacia la posesión del objeto; pero precisamente la postura interior que caracteriza al amor y que favorece el sentido de la vaguedad, de la que nace el placer, puede inhibir las emociones. Una excesiva espiritualidad se traduce entonces en una incapacidad expresiva y en el envilecimiento del cuerpo, que tan sólo resulta útil para el ejercicio de la mente.

Y, como el amor, también el resto de las pasiones se transforman: amistad, odio, venganza, envidia, gratitud, compasión, temor y esperanza, miedo, espanto, terror, pánico. Para cada una de ellas, Leopardi sabe reconocer el núcleo esencial, impermeable

a cualquier influencia social, como la parte, por así decirlo, móvil, fluida, expuesta al cambio.

Esencial, por ejemplo, es la imposibilidad de amistad entre quienes son coetáneos, a causa del afán de competencia que los divide; o la dificultad de sentir gratitud, el placer de la venganza, la fuerza de la envidia, la cual, junto al odio, domina en formas diversas la sociedad; o el egoísmo, garante de la conservación de la especie. Y, esencial, el miedo.

No es casualidad que la escritura leopardiana utilice el autoanálisis para construir luego el discurso sobre cada una de las pasiones: el propio tormento, la dificultad en las relaciones con el mundo, las diversas formas de la evasión mental y del aislamiento físico, consienten de hecho al autor valorar antes en sí mismo que en los demás el ejercicio de las pasiones, y al mismo tiempo examinar en ellas las transformaciones de la «sociedad estricta» que una excesiva civilización ha determinado.

Un significativo ejemplo de esta relación entre mirada interior y capitulación analítica está constituido por las reflexiones en torno a las diversas formas del miedo: por todos los grados del miedo, desde el temor al pánico hasta el espanto y el terror. Muestran cómo Leopardi conoce cada aspecto de estas emociones, y cómo incluso el valor, que al temor se contrapone, es por él interpretado según un criterio personal que muestra una pasión por el hombre débil antes que por el fuerte. Leopardi determina de hecho dos tipos de valores opuestos; uno que nace de la reflexión y otro de la irreflexión; pues bien, la primera forma de valor más allá de cualquier esfuerzo es débil, incierta respecto a la segunda.

El hombre reflexivo nunca tendrá la fuerza y la audacia de aquel que no se deja dominar por el pensamiento, sino que obra por instinto. A este hombre, frágil e inseguro, le será necesario tener a una persona como referencia, alguien de quien fiarse. Leopardi, significativamente, muestra el ejemplo del padre, al que él miraba al sentir el temor, para comprender si había razón o no para sentir miedo, como si él no se encontrase en situación de comprender por sí mismo la situación en la que se encontraba; la postura de Monaldo le proporcionaba tal seguridad que, una vez alejado de él, el poeta se daba cuenta de la necesidad de refugiarse todavía en la figura paterna, puesta de manifiesto en la actitud del capitán capaz de infundir firmeza de ánimo a sus propios soldados.

Cualquier consideración sobre el comportamiento de la persona moderna nace, pues, de la valoración precedente del sí mismo, desde el reencuentro –bien por asimilación, bien por diferencia– del propio modo de ser respecto a la persona de la antigüedad y

respecto a la del hombre contemporáneo. Leopardi se encuentra en el umbral: perdido entre la tensión hacia el antiguo paradigma, al que lo aproxima la búsqueda de la gloria, del amor, de la virtud, de aquellas ilusiones que por sí mismas llenan de pleno sentido a la vida y sin las cuales nada queda sino la desertificación del sentimiento y la aridez de lo verdadero; así como la consciencia de ser uno de los modernos oprimidos por un sentido de culpa que, con frecuencia, se traduce en un sentimiento de abyección y, por tanto, en la destrucción del amor propio, causa, en quien es más sensible que los demás, del odio hacia sí mismo.

Amor propio y sensibilidad constituyen dos llaves para acceder al modo moderno de vivir las pasiones. A través del análisis del amor propio, se conoce al mismo tiempo el drama del ánimo del poeta y el de aquellos hombres, como él, particularmente sensibles, que salen derrotados de las pruebas a las que les somete un mundo dominado por el egoísmo y por los *egos* hipertróficos que forman y devoran a la sociedad, donde impera la lógica del «sí mismo» y no del proyecto común.

Incluso el sentimiento que Leopardi considera exento de cualquier forma de egoísmo, es decir, la compasión, asume luego matices de significación que lo reconducen a la raíz ególatra del amor propio; y esto sucede cuando el hombre que siente compasión por un desventurado virtuoso se complace casi consigo mismo de su sentimiento; porque, sin sacrificar nada, alcanza el conocimiento del propio heroísmo y de la propia nobleza de ánimo. La compasión se presenta entonces como una serpiente que se desanuda hasta alcanzar el objeto de compadecer, para replegarse después sobre sí en un movimiento sinuoso e hipócrita, con el que Leopardi identifica aquel narcisismo implícito en cada acto demasiado altruista; el cual puede esconder luego un egoísmo feroz, que con frecuencia puede confundirse con el amor propio, o significar la necesidad de rellenar un sí completamente vacío.

El aumento del egoísmo se corresponde con el fin de las ilusiones, que desaparecen del mundo de manera progresiva.

El hombre sensible es entonces condenado en la medida en que no encontrará «pasto»; entendido éste como alimento para su ánimo y, en consecuencia, acabará mortificado y envilecido su amor propio. En este envilecimiento —que se manifiesta, sobre todo, después de largas y reiteradas desventuras, es decir, en el tiempo y en la repetición incesante del dolor— reside la causa de la muerte del alma.

Recubierta la sensibilidad con una especie de «callo», el hombre habituado tras largo

sufrimiento a no cuidarse de sí mismo, y a no amarse, no sentirá ya nada lentamente, ni el dolor, ni el amor: ningún sentimiento penetrará jamás en su corazón, endurecido ante la defensa o la debilidad. La suya será entonces una desesperación completamente moderna, muy alejada de aquella sanguinaria y frenética del sujeto antiguo: una desesperación tranquila, plácida, resignada, que impulsa al hombre a temer la pérdida, ante cualquier novedad, de aquel reposo, de aquella quietud, de aquel «sueño» con el que finalmente su ánimo se ha «adormecido y recogido, y casi agazapado».

El amor propio, que Leopardi contempla infinito como la materia, constituye el centro de su meditación sobre las pasiones, precisamente porque significa indiferencia e inanición; o, por el contrario, acción y amor hacia los demás y atención hacia las cosas que tornan válida la vida. Se trata de situaciones provocadas por el diverso grado de amor hacia nosotros mismos: un amor excesivo puede acabar en un egoísmo que cierra a los demás cualquier posibilidad; por el contrario, un amor equilibrado genera cuidados y afectos, mientras el sentido de abyección, de culpa, o la falta de fe, pueden causar apatía, inmovilidad, el «hábito» de quietud y de resignación constantes, de desesperación tan poco sensible que pueda anular cualquier dolor nuevo.

El nexo entre sensibilidad y amor propio es entonces fundamental para estudiar algunas derivaciones psicológicas, como el sentido de culpa, el límite ambiguo entre culpable e inocente. La culpa a la que Leopardi se refiere es un sentimiento absolutamente moderno cuando es interpretada como causada directamente por el sujeto que la aprueba: el vacío del cielo abandonado por los dioses, la muerte de Dios, son factores que reconducen en el hombre la responsabilidad absoluta, del bien, del mal y del error, pero sobre todo de la infelicidad. Y la culpa de la infelicidad no puede ser perdonada, especialmente si el que la sufre es un hombre magnánimo.

Se perfila así un panorama en el que la lucha contra el Hado, la oposición a la necesidad, corresponde al que tiene grandeza de ánimo, porque, a diferencia de la de los mediocres, sólo el alma grande no cede. La renuencia es sin embargo causa de infelicidad, de odio hacia sí mismo, en la medida en que el hombre moderno, dividido y alejado de la naturaleza, no puede reconocer ni causalidad, ni destino, ni fuerza ni influencia alguna de necesidad personificada a la cual entregarse, como por el contrario posiblemente le sucedía al hombre antiguo y natural. Pero dirigir un odio feroz hacia sí mismo implica predeterminar al enemigo más peligroso y más grande afectando a las consecuencias de una autoagresividad que puede conducir hasta una muerte voluntaria.

El mismo egoísmo inherente a la sociedad se conecta con el impulso hacia el odio que caracteriza el primer fundamento de ello, es decir, el fratricidio de Abel a manos de Caín. El odio es por tanto un instinto primario y, en cuanto tal, una pasión naturalísima, instintiva, moderada por la educación y transformada en sus variantes por los progresos de la civilización, solapándose incluso en el amor o en la amistad, es decir, en sentimientos positivos. Junto al odio, que impide al hombre la tolerancia de su semejante, se sitúa la envidia: otra pasión negra y esencial; la envidia impregna completamente la vida de las relaciones humanas, asumiendo un carácter gratuito.

Leopardi penetra en las oquedades del alma en el momento en que pone en evidencia las dinámicas de estas pasiones negras y primordiales que se hallan en la base de la construcción social, e identifica en ella una especie de camuflaje, cuando se funden con otros sentimientos positivos. De esta manera, la ambivalencia de los sentimientos fascina al autor, haciéndola mudable y compleja, subrayando que algunas pasiones, como el odio o la envidia, no son temporales, sino, por así decirlo, arquetípicas; mientras que otras mutan a la vez que el cambio de la estructura social, como sucede con el amor. Sin embargo, todas se manifiestan de manera diversa según las etapas de la vida del hombre, en la juventud y en la vejez.

Y es precisamente en relación con esta constatación que se delinea el perfil de otra pasión fundamental, la esperanza. Leopardi la identifica habitualmente uniéndola al temor y de acuerdo con un binomio de ascendencia clásica, un sentimiento inscrito en un tiempo precioso, el de la juventud; porque su esencia se halla en relación con la fuerza del deseo propio de esa edad. La esperanza del joven es una realidad posible que desaparece del horizonte del anciano, cuya pérdida de vigor es proporcional al debilitamiento del deseo, verdadero y único impulsor de la plenitud de la vida.

Leopardi probablemente no logra alejarse del perfil del melancólico cuando afirma que una «gota» de esperanza jamás abandonará al hombre, incluso en el momento de la más negra desesperación: reflejo de esta última, la esperanza se presenta como extremadamente importante para el juego de las pasiones y en conexión profunda con la naturaleza. Más allá del plan de análisis de las pasiones y de los comportamientos humanos, se perfila entonces otro horizonte: el de la vida, indisolublemente unido a la naturaleza, en el que deseo y esperanza no pierden, no obstante, el predominio de la indiferencia y de la desesperación, su profunda esencia, en una extrema defensa de la frialdad de la razón.

Fabiana Cacciapuoti

LAS PASIONES

El orden de los fragmentos no se corresponde con la secuencia con la que aparecen en las páginas del *Zibaldone*, pero se respeta el índice leopardiano. Para comodidad del lector, se han omitido en esta edición todas las referencias numéricas a las páginas, así como las referencias internas y los paréntesis con la indicación de la fecha de redacción. Quien desee acceder a este conjunto de referencias puede consultar en: Giacomo Leopardi, *Trattato delle passioni*, vol. I, de la edición temática del *Zibaldone di pensieri*, Fabiana Cacciapuoti (ed.), con prefacio de Antonio Prete, Donzelli, Roma 1997 (pp. C-220). Las traducciones en notas de los textos en griego, latín y francés pertenecen a la autora de la edición italiana. Las notas al texto debidas al traductor, y no a Leopardi, se señalan expresamente al final de las mismas.

Alegría y Tristeza

Debe de ser algo notorio que así como la alegría nos conduce a comunicarnos con los demás (de tal manera que un hombre alegre se convierte en locuaz, por más que de ordinario sea taciturno y se arrime con facilidad a personas que, en otro momento, habría esquivado o no habría tratado con facilidad, etc.), de la misma manera, la tristeza nos lleva a huir del consorcio de los demás y a replegarnos en nosotros mismos, con nuestro pensamiento y nuestro dolor.

Pero observo que esta tendencia a la prolongación de la alegría, y al replegarse en la tristeza, también se da en los actos del hombre poseído por uno de estos aspectos, y, como con el estado de alegría, él pasea, mueve y alarga sus brazos y piernas, y, en cierto modo, se expansiona con el desplazarse velozmente de aquí para allá, como buscando un cierto respiro; así, en el estado de tristeza, se repliega, inclina la cabeza, aprieta y cruza los brazos contra el pecho, camina lento y evita cualquier movimiento vivaz y, por así llamarlo, generoso.

Yo recuerdo (y lo observé en aquel intenso momento) que, estando sumido en algunos pensamientos dichosos o indiferentes —estando sentado, al sobrevenirme un pensamiento triste—, inmediatamente apretaba una contra otra mis rodillas, que antes se hallaban relajadas y separadas, e inclinaba sobre el pecho el mentón, que había mantenido elevado.

Pensamientos aislados y satíricos – Envidia – Memorias de mi vida

Solía considerar como una locura cuanto dicen los Capuchinos para excusarse de tratar mal a sus novicios, lo que hacen con gran satisfacción y con íntimo sentimiento de placer; es decir, que también ellos habían sido tratados así. Ahora, la experiencia me ha demostrado que éste es un sentimiento natural, apenas había llegado a la edad de apartarme de los lazos de una penosa y estrictísima educación, y, sin embargo, conviviendo aún en la casa paterna con un hermano menor que yo en algunos años, pero no tantos que él no poseyese ya plenamente el uso de todas sus facultades, defectos, etc.; así que no era por otra razón (no causada por la predilección de los padres) sino porque había cambiado el estado de nuestra vida y convivíamos con él.

También él participaba y no poco de nuestra liberalidad, y disponía de muchas más

comodidades y pequeños placeres que los que nosotros poseíamos a su edad, y de muchas menos incomodidades y pesares, y dependencias, y estrecheces, y castigos; y, por ello, él era mucho más petulante y osado que nosotros a su edad, por lo que yo sentía, naturalmente, una vivísima envidia; es decir, no de aquellos bienes que ahora poseía, y que en el tiempo pasado no pude tener, sino del mero y solo disgusto de que él los tuviese; y sentía el deseo de que se incomodase y atormentase como nosotros, que tal es la pura y legítima envidia que lleva consigo este pésimo asunto; y yo la sentía como tal, naturalmente, sin quererla sentir.

Pero, en suma, comprendí entonces (y precisamente escribí estas palabras) que así es la naturaleza humana; de tal manera que me eran menos queridos los bienes que poseía, fueran los que fuesen; porque los comunicaba con él, pareciéndome quizá que no fuese ya digno término de tantas penurias, después de que para nada afectasen a otro que se encontrara en mis circunstancias, y con menos mérito que yo, etc.

En consecuencia, aplico a los Capuchinos –los cuales teniendo la suerte de mis hermanos menores, que son los novicios dependientes de ellos– que sigan los impulsos de esta inclinación a la que me refiero, y no sientan que se puedan decir a sí mismos que están faltos de lo que han alcanzado, ya que otros lo adquieren con bastante menos esfuerzo que ellos; ni que hayan sentido el disgusto de que éstos no sufran las incomodidades que ellos, en esas mismas circunstancias, han sufrido

Envidia – Memorias de mi vida

Yo no he probado nunca la envidia en lo que atañe a asuntos en los que me he creído hábil, como en la literatura, donde, es más, he sido inclinadísimo a alabar. Por primera vez puedo decir que la he probado (y hacia una persona cercanísima a mí), cuando he deseado ser valioso en un asunto en el que me reconocía sin méritos. Pero es necesario que me haga justicia confesando que esta envidia era muy confusa y no por completo y en todo vil, así como contraria a mi carácter; sin embargo, me disgustaba absolutamente sentir la suerte de aquella persona ante tal asunto, y, dándome ella cuenta de lo mismo, la trataba como ilusa, etc.

Hastío – Memorias de mi vida

Incluso el pesar que nace del hastío y del sentir la vanidad de las cosas es bastante más tolerable que el mismo hastío.

Venganza

El sentimiento de la venganza es tan grato que, con frecuencia, uno desea ser injuriado para poderse vengar; y ya no me refiero solamente de un enemigo habitual, sino de uno indiferente, o incluso (especialmente en ciertos momentos de humor negro) de un amigo.

Amistad entre dos jóvenes – Amistad

Después de que el heroísmo ha desaparecido del mundo (y, por el contrario, ha entrado en él el egoísmo universal), una amistad verdadera es capaz de que un amigo sacrifique a otro, en el caso de personas con las que aún tenemos intereses y deseos, y siendo éste un asunto bien difícilísimo.

Por ello, por más que siempre se haya dicho que la igualdad es la más cierta instigadora de la amistad, yo encuentro cada día menos verosímil la amistad entre dos jóvenes que entre un joven y un hombre sensible ya desengañado del mundo, y desesperado de su propia felicidad. Éste, no poseyendo ya deseos vigorosos, es bastante más capaz que un joven de unirse a uno que todavía los posea, y concebir un vivo y eficaz interés hacia él; estableciendo así una amistad tan real y sólida como la que el otro siente en su ánimo al corresponderle.

Esta circunstancia me parece también más favorable a la amistad que la de dos personas igualmente desengañadas; porque, no permaneciendo deseos ni intereses en ninguno, no existiría una base para la amistad y ésta quedaría limitada a las palabras y a los sentimientos, y excluida de la acción. Aplicad estas observaciones a mi caso, con mi digno y singular amigo, por no haber encontrado otro, por más que conociese y amase y fuese amado por hombres de ingenio y de corazón óptimo.

Compasión – Debilidad

Observa cómo la debilidad es algo muy agradable en este mundo. Si tú ves a un muchacho que sale a tu encuentro con paso tambaleante y con cierto aire de impotencia,

te enterneces por ello y muestras afecto hacia ese muchacho. Si tú ves a una bella mujer enferma y débil –o si te abrumas de ser testigo de algún esfuerzo inútil de cualquier mujer, a causa de la debilidad física de su sexo–, te sentirás conmovido, y serás capaz de inclinarte ante esa debilidad, y la reconocerás como señora tuya y de tu poder, y te someterás y sacrificarás completamente al amor y a la defensa de ella.

La compasión es la causa de este síntoma, la cual afirmo que es la única cualidad y pasión humanas que no posee en absoluto mezcla alguna de amor propio. La única, porque el mismo sacrificio de uno por el heroísmo, la patria, la virtud, la persona amada, y por cualquier otra acción, por más heroica y desinteresada que sea (y por encima de cualquier otro afecto, por más puro que éste sea), siempre se lleva a cabo porque nuestra mente encuentra más satisfactorio ese sacrificio –en tal ocasión– que cualquier ganancia.

Cualquier acción de nuestro ánimo tiene siempre su cierto e inevitable origen, a fin de que éste sea purificado, y aquélla nos parezca lejana. Pero la compasión que nace en nuestro ánimo a la vista de uno que sufre es un milagro de la naturaleza, que en ese momento nos hace probar un sentimiento enteramente independiente de nuestro provecho o placer, y del todo relativo a los demás, sin ninguna influencia de nosotros mismos.

Y, por ello, los hombres compasivos son escasos, y la piedad se sitúa, máxime en estos tiempos, entre las cualidades más dignas de consideración y distinguidas del hombre sensible y virtuoso. Si es que la compasión no tuviera algún fundamento en el temor de que fuésemos nosotros mismos los que probamos un mal similar al que vemos. (Porque el amor propio es utilísimo, y en todo se insinúa, y se encuentra escondido en los lugares más recónditos de nuestro corazón, los cuales parecen más impenetrables ante esta pasión.) Pero verás, si bien lo consideras, que hay una compasión espontánea, completamente independiente de este temor, y que, enteramente, afecta al mísero.

Compasión hacia los animales

Un campesino de las tierras de Recanati, habiendo llevado un buey suyo, que había vendido, al carnicero que se lo había comprado para ser sacrificado, y habiendo llegado el momento de esta operación, permaneció al principio quieto y dudando de si partía o se quedaba, si miraba o volvía la vista atrás. Finalmente, habiendo vencido la curiosidad y

viendo masacrado a su buey, se puso a llorar desconsoladamente. Esto se lo he oído a un testigo de cuanto sucedió.

Paradojas – Buenos modales – Grave desventura

La impresión que produce el inesperado anuncio de una grave desventura no se acrecienta proporcionalmente por la mayor o menor gravedad de ella. El hombre en ese momento la considera como un todo, y el ímpetu del dolor se descarga sobre ella; de tal manera que no se hubiera podido duplicar si la desventura que se le anunció hubiese sido doblemente mayor.

Sin embargo, si desde el principio le hubiese sido anunciada de esta manera, porque sobrevenía a otro anuncio, el desenlace del asunto hubiera conducido al acrecentamiento del dolor, si bien ni siquiera entonces este aumento sería proporcionado a la duplicidad de la desgracia; porque el alma está ya agotada y como entorpecida por el dolor pasado.

Ayer, en medio de una fiesta, dos chiquillos fueron alcanzados por una piedra caída de un tejado. Se difundió la voz de que los dos podrían ser hijos de una misma madre. Luego, la gente se consoló al saberse que pertenecían a dos mujeres diferentes. ¿Qué supone esto sino alegrarse, porque el dolor en verdad se duplica, siendo igualmente grave en ambos casos?

Cuanto sucedió en uno de los casos hubiese sido lo mismo que si hubiese sucedido en los dos. Y la que desfallece ante la noticia no habría podido sufrir más si su desgracia, en sí misma, no hubiese sido doble. Prescindiendo del hecho de que la muerte de los dos hijos le habría privado completamente de su maternidad –lo que cambiaría el sentido de la desgracia– y no es el caso. Y también podría darse que aquel solo hijo que ella perdió fuese único, con lo que no habría lugar a hacer esta consideración.

Gloria. Fama

La gloria no es una pasión propia, en absoluto, del hombre primitivo y solitario. Sin embargo, la primera vez que un grupo de hombres se unió para matar a alguna fiera o por cualquier otro motivo en el que hubiese sido necesario un intercambio de ayuda, aquel que mostró más valor se sintió llamado valiente de manera sincera, y sin adulación por parte de aquella gente que aún no conocía este defecto. Dicha palabra le complació,

y así él, como cualquier otro espíritu magnánimo que hubiese estado presente, sintió por vez primera el deseo de alabanza. Y así nació el amor por la gloria.

Civilización. Falta de civismo – Gloria. Fama – De la naturaleza

Dicha pasión es tan propia del hombre sociable, y tan natural, que incluso ahora – cuando tanta muerte hay en el mundo, y cuando faltan todo tipo de estímulos–, aun así, los jóvenes sienten la necesidad de distinguirse; y no encontrando, como en tiempos pasados, abierto el camino, agotan sus fuerzas en la juventud, estudian todas las formas de conocimiento, y pierden la salud del cuerpo, acortando su vida.

Ello es así no tanto por el amor hacia el placer como por hacerse notar y ser envidiados, alardeando de sus vergonzosas victorias, las cuales, sin embargo, ahora son aplaudidas por el mundo; no quedándole al joven otra manera que ésta de hacer uso de su cuerpo, y con ello procurarse alabanzas. Ya que, sin embargo, al ánimo le resta cualquier salida hacia la gloria, pero al cuerpo –que es aquella parte que importa, y en la cual se basan por naturaleza las cosas, el valor de la mayor parte de los hombres– no le queda otra salida.

Civilización. Falta de civismo – Gloria. Fama – Vigor corporal – De la naturaleza

El joven que accede al mundo desea llegar a ser cualquier cosa. Éste es un deseo común y seguro para todos. Pero hoy en día, el joven desposeído no tiene otro camino para conseguirlo, a excepción del que he dicho. O seguir el camino de la literatura, que conduce igualmente a la ruina del cuerpo. Así, la gloria de hoy en día se basa en esfuerzos que perjudican a la salud cuando antes sucedía lo contrario.

En consecuencia, se mantienen cada vez más al margen las generaciones humanas; y este síntoma de la falta de ilusiones *existentes* en el mundo, como en tiempos pasados, deviene la razón de esta misma falta, a causa del escaso vigor por la razón de que he hablado en otros de mis pensamientos, de la necesidad del vigor del cuerpo ante las grandes ilusiones del ánimo. Luego son demasiado notorios los espantosos efectos de la vida común de los jóvenes de hoy, que poco a poco van reduciendo el mundo a un hospital.

Pero ¿qué remedio encontrar? ¿Qué otra ocupación le resta hoy a un joven

desposeído, y qué medios? ¿Creéis que un joven¹ se puede contentar con una vida inactiva, sin ningún reconocimiento, y sin ninguna expectativa, a excepción de una monotonía eterna y de un inmutable aburrimiento? Antiguamente, la vanidad era considerada como algo propio de las mujeres, porque también en las mujeres se da el mismo deseo de sobresalir, y habitualmente no han poseído para ello otro medio que el de la belleza. El *cultus sui*, pues, que como decía Celso *adimi feminis non potest*.

En lo que se refiere a la vanidad, ahora se tiene la misma opinión: que es algo propio de las mujeres; pero injustamente, porque es algo igualmente propio de los hombres, habiéndose también reducido los hombres a la condición, más o menos, de fémias, en cuanto se refiere a la manera de comportarse en el mundo; y el hombre anciano, en su mayor parte, ha llegado a ser algo inútil y despreciable, sin vida, sin placeres ni esperanzas, como comúnmente solía y suele acabar la mujer; la cual, después de haber dado mucho que hablar de sí, sobrevive a su fama envejeciendo.

Civilización. Falta de civismo – Gloria. Fama – De la naturaleza

De los seres arriba mencionados es necesario excluir a los hombres de negocios, a los agricultores, a los artesanos y, pronto, a los obreros; porque, de hecho, el desastre de las malas costumbres no se manifiesta sino en las clases desocupadas.

Compasión – Debilidad

Observad cómo nos mueve a compasión y nos entenece el ver a cualquier persona que, en el momento de padecer un disgusto, una desventura, un dolor, etc., muestra señales de la propia debilidad y de impotencia para librarse de ellos. De la misma manera que nosotros también sentimos igual al ver maltratada, aunque sea levemente, a una persona que no opone resistencia.

Tiende más el hombre – Esperanza y temor

Si tú tienes en la ciudad un enemigo mortal y ves que arriba hay una tormenta, ¿no pasa por tu mente la esperanza de que él pueda acabar muerto? Por tanto, ¿cómo es que te espantas si esa tormenta llega sobre ti, cuando la posibilidad de que pueda matarte es

tan pequeña que tú ni siquiera sabes ejemplificar en ti algo que tiene en sí tan poca necesidad de fundamento para que surja en nosotros, me refiero a la esperanza?

Lo mismo pretendo decir de cien peligros más, los cuales si, por el contrario, fuesen probabilidades que afectasen al bien, nos parecería ridículo someternos por ellas a esperanza alguna; aun así, nos llenamos de temor a causa de esos peligros. Y tanto es así que es muy necesario que –en la medida en que la esperanza sea fácil de brotar, y, a la vez, sin posibilidad de subsistencia– el temor lo sea en mayor medida. Pero esta reflexión me parece mucho más apta para atemperarlo. El temor es, pues, más fecundo en ilusiones que la esperanza.

Esperanza y temor

Como en la esperanza, o en cualquier otra disposición de nuestro ánimo, el bien lejano siempre es mayor que el presente; así, por lo común, en el temor es más terrible el mal.

Esperanza y temor

El bien, igualmente, como el mal que se espera, son comúnmente más grandes que el bien o el mal presentes. La causa de ambas cosas es la misma; es decir, la imaginación condicionada por el amor propio ocupa en el primer caso la esperanza y en el segundo el temor.

Consolación – Necesidad – Arrepentimiento

Ningún dolor causado por ninguna desventura es parangonable al que causa una desgracia grave e irremediable, la cual sentimos que procede de nosotros mismos, y que podríamos esquivarla; en suma, se trata del arrepentimiento vivo y verdadero.

Dolor de los males – Consolación – Necesidad – Arrepentimiento – Manual de filosofía práctica

Mi madre le decía en una ocasión a Pietrino², que lloraba a causa de un palito que le había tirado Luigi por la ventana: «No llores, no llores que, de todas las formas, te lo habría tirado yo». Y él se consolaba porque, de cualquier modo, lo habría perdido. Se

trata de una observación en torno a este síntoma muy común a los hombres, y a aquel otro que es afín a él; es decir, que nos consolamos, que nos sentimos en paz, cuando nos convencemos de que aquel bien no estaba en nuestra mano obtenerlo, ni tampoco esquivar aquel mal; y, sin embargo, buscamos el convencernos de ello; y, no pudiendo, nos desesperamos, aunque el mal se mantenga lo mismo de todos los modos. Véase a este propósito el *Manual* de Epicteto.

Compasión – Debilidad

Si tú ves a un muchacho, a una mujer, a un viejo, fatigarse impotentemente ante cualquier esfuerzo imposible de superar y debido a su debilidad, es imposible que no sientas compasión y no procures –pudiendo– ayudarlos; y si ves que causas incomodidad o disgusto, etc., en uno que sufre sin poderlo impedir, eres de mármol o de una brutal irreflexión, si es que tu sentimiento fuese el de continuar comportándote así.

Antiguos – Formación moral – Envidia – Maquiavelismo de sociedad

Dice Diógenes Laercio de Quilón que προσέτατε... ἰσχυρὸν ὄντα πρᾶον εἶναι, ὅπως οἱ πλησίον αἰδῶνται μᾶλλον ἢ φοβῶνται³. Y este precepto se debe extender –especialmente hoy en día– cuando tanto se propaga el egoísmo a todos los beneficios particulares de que el individuo puede gozar. Porque, si tú eres bello, no te queda otro remedio –para no resultar odiosísimo a los hombres– que ser particularmente afable, y mostrando, a la vez, como cierta ignorancia de ti mismo; de tal manera que aplaques el amor propio que a los demás ha ofendido con la ventaja que tú posees sobre ellos, o también desde la igualdad.

Lo mismo sucede si eres rico, docto, poderoso, etc. Cuanto mayor es la ventaja que tú tienes sobre los demás, tanto te es necesaria, para escapar del odio, una mayor amabilidad; y hasta olvido y desprecio de ti mismo frente a los demás, porque debes curar la causa del odio que en ti mismo tienes y que otros no poseen: una causa absoluta, que te hace odioso debido a ella, sin que tú seas ni injusto, ni soberbio, ni etc.

Este asunto era tan conocidísimo por los antiguos –convencidos siempre del odio que causan las ventajas individuales– que tenían por envidiosos a los mismos dioses, y en la prosperidad tenían cuidado de la *invidiam deprecari*, ya fuese ésta divina o humana; por

tanto, un proceso no interrumpido de felicidad les volvía temerosos ante las grandes catástrofes⁴. (Ver Marco Cornelio Frontón, *De Bello Parthico*.)

Envidia

Sé de una mujer, deseosa de concebir, que apaleaba furiosamente a una yegua preñada, al tiempo que le decía: «Tú has logrado estar embarazada y yo no». La envidia y el odio por la felicidad que los otros poseen se proyecta comúnmente sobre aquellos bienes que nosotros deseamos poseer y que no poseemos, y de los cuales quisiéramos ser los únicos o principales dueños a modo de ejemplo. En lo que se refiere a otros bienes, la envidia no es algo común, aunque sean bienes grandísimos. Por lo demás, por más que la envidia se refiera mayormente a nuestros semejantes, con los cuales únicamente solemos competir, en no menor medida se observa que el furor de esta pasión también puede conducir a la envidia y al odio de las demás cosas.

Odio hacia nuestros semejantes – De la naturaleza

De la misma manera que el amor, el odio se dirige principalmente sobre nuestros semejantes; no se desea jamás, tan intensamente, la venganza de una bestia como la de un enemigo. Y tenedlo en cuenta: sin embargo, cuando los demás nos hayan causado un mal, no queriéndolo, el resentimiento que probamos es mayor que el que sentimos por una bestia, a la cual –deseándolo– se le ha podido llegar a causar un mal mayor.

Compasión – Debilidad

Mucho más nos conmueve una golondrina a la que se le quitan sus crías, y que se ve impotente para defenderlas, que un tigre u otra fiera que pase por la misma situación. (Virgilio, *Geórgicas*, 4: *Qualis populea moerens philomela sub umbra*, etc.)

La compasión debe proyectarse – Compasión – Debilidad – Poeta – Teórica de las artes. Parte práctica

La compasión es con frecuencia fuente de amor, pero cuando se proyecta sobre lo que es en sí mismo agradable, o de tal manera que, ejercida la compasión, pueda llegar a

darse una tal situación. Ésta es la compasión que interesa y perdura, y que, con frecuencia, se asoma al alma. Y son mayores las calamidades cuando el objeto sobre el que se proyectan, por más que sea inocentísimo, pero no grato –como ante una persona vieja y fea–, no suscitan sino una compasión pasajera, la cual acaba normalmente con la desaparición del objeto o de la imagen de los que alguien nos habla, etc. (Y el alma ni se complace con ello, ni se siente atraída.) Los cuales aún es muy necesario que sean vivos y eficaces para conmovernos momentáneamente en ese punto en el que bastan pocas palabras para compadecernos de quien es joven y bella –aunque no sea conocida– con la simple narración de la historia de su desgracia.

Por eso, Sócrates siempre será más admirado que compadecido, aunque el suyo sea un pésimo tema para una tragedia. Y pecaría gravemente aquel novelista que tejiese una ficción sobre quienes son feos y desventurados. Lo mismo sucedería en el caso del poeta, etc. El cual –en cualquier caso y haga el tipo de poesía que haga– debe tener mucho cuidado con que se sospeche que él es feo; porque, leyendo un hermoso poema, nosotros enseguida nos imaginamos que el poeta es un ser bello. Y esta contradicción nos parecería disgustosísima. Mucho más si el poeta habla de sí mismo, de sus desventuras, de sus desafortunados amores, como sucede en el caso de Petrarca, etc.

La compasión debe proyectarse – Compasión

Esa compasión de la que he hablado, y que se siente hacia asuntos no agradables, a veces se asemeja mucho y produce asco, como cuando vemos torturar a un animal, etc. Y por ello, para despertarla, es necesario que ocurran grandes calamidades; de lo contrario, la compasión que sentimos hacia los pequeños males producidos por tales situaciones, apenas, o ni siquiera, se despierta ante los seres bien formados.

La compasión debe proyectarse – Compasión – Debilidad

La compasión, de la misma manera que está establecida, en gran parte, por la belleza respecto a nuestros semejantes, así también sucede respecto a los animales, cuando nosotros los vemos sufrir. Que luego un grande y sumo origen de la compasión se base, además de en la belleza, en la diferencia del sexo, es algo demasiado evidente, cuando incluso no nos veamos afectados por el amor.

Por ejemplo: muchas de las desventuras son reales y, sin embargo, ridículas; de ellas veréis cómo siempre se ríe mucho más aquella parte de los espectadores que pertenece al mismo sexo que el que padece de cuanto haga o esté dispuesto o inclinado a hacer la otra parte; máxime si está compuesta de mujeres, porque el hombre –como es más profundo en sus sentimientos– es más duro y brutal en sus muestras de insensibilidad e irreflexión. Y esto es así tanto en el caso de la belleza como en el de la fealdad del que la padece.

Por lo demás, es muy cierto que las pequeñas desventuras de quienes no son bellos apenas nos conmueven y que, con frecuencia, sentimos inclinación a reírnos de ellas.

Formación moral – Envidia – Maquiavelismo social

Cleóbulo, dice Diógenes Laercio, συνεβούλευε... γυναικί (uxori) μὴ φιλοφρονεῖσθαι μηδὲ μάχεσθαι ἄλλοτρίων παρόντων · τὸ μὲν γὰρ ἄνοιαν, τὸ δὲ μανίαν σημαίνει. Ver p. 233.

El mismo dice, μὴ ἐπιγελᾶν τοῖς σκωπτομένοις · ἀπεχθήσεσθαι γὰρ τούτοις.

A propósito de cuanto he dicho en la p. 68⁵, en el pensamiento, *Observad*, Quilón, dice Laercio, προσέταπτε... λέγοντα μὴ κινεῖν τὴν χεῖρα · μανικὸν γὰρ⁶. Ver la nota que pone Casaubono a la edición de Laercio. *Vit. Polemon*, l. 4, 16.

Formación moral – Envidia – Maquiavelismo social

Et si elles (les Françaises) ont un amant, elles ont autant de soin de ne pas donner à l'heureux mortel des marques de prédilection en public, qu'un Anglois du bon ton de ne pas paroître amoureux de sa femme en compagnie. «Morgan, France»⁷. t. I. 1818. p. 253. l. 3.

Alegría – Armonía de la naturaleza – De la naturaleza – Manual de filosofía práctica

La alegría es, con frecuencia, madre de la benignidad y de la indulgencia, al contrario de las sensaciones y de los malos humores. Esto es algo conocido y probado, de tal manera que no me detendré a buscar la razón de ello, que es fácil encontrar.

Tendré solamente en consideración la armonía de la naturaleza, la cual, atendiendo

siempre a la felicidad de los seres, y en consecuencia a la alegría natural –por ser la condición más frecuente de la vida–, ha querido que fuese compañera de la complacencia hacia sus semejantes; máxima virtud en la sociedad, y por consiguiente de que la alegría sea algo útil no sólo para el individuo, sino también para los demás, y que sirviera a la sociedad, y que hiciera preocuparse al hombre por sus semejantes, tal como debe ser.

Ánimo – Paradojas – Susto – Espíritus (Temor de los)

El susto y el terror –poseyendo un grado mayor que el temor y siendo en verdad así– son con frecuencia menos dañinos; es más, a veces no implican ningún daño, pues pueden afectar incluso a los hombres perfectamente animosos, al contrario que el temor. Por ejemplo, el espanto que provoca la visión de una vida infelícísima, aburridísima y larga, que nos espera, etc. El espanto que producen los espíritus (pueril en sí mismo, y fundamentado en una idea también pueril) ha sido (y todavía lo es) común a los hombres animosos. Ver las pp. 531⁸ y 535⁹.

Antiguos – Civilización. Falta de civismo – De la naturaleza

De las pasiones y de los sentimientos del hombre se puede decir que, desde el principio, se mantenían superficiales; luego, se recluyen en la más oscura profundidad del alma, y, finalmente, afloran y permanecen en la realidad. Porque el hombre natural, si bien es muy sensible, sin embargo se puede decir que mantiene sus pasiones en la superficie, desahogándolas con todo tipo de comportamientos externos, sugeridos e impuestos por la naturaleza a fin de abrir un camino a la excesiva vehemencia e ímpetu del sentimiento; el cual, precisamente, porque es poderosísimo en el manifestarse, y porque enseguida reclama el aflorar después de un gran forcejeo externo, pronto tendía a apagarse, si bien lo hacía con mucha más frecuencia.

El hombre que ha dejado de ser natural, pero que sin embargo conserva en sí un poco de sentido natural –sintiendo toda o casi toda la fuerza de las pasiones, como sucedía en el hombre primitivo– lo mantiene completamente en su interior, no dando de ello sino señales ligeras y equívocas. Sin embargo, el sentimiento lo recluye completamente en lo profundo y adquiere mayor fuerza y permanencia; y si el sentimiento es doloroso –no dándose el desahogo exigido por la naturaleza–, se torna incluso capaz de matar o de

atormentar, en mayor o en menor medida, según su cualidad y la del individuo. Incluso hoy en día solemos encontrarnos con este tipo de personas, porque, exceptuando a aquella parte del vulgo, nadie conserva tanta fuerza natural en él como para dejar que cualquier pasión aflore a la superficie (excepto en algunos casos excesivos, en los que la naturaleza se impone).

Pero muchos poseen en sí cuanto basta para sentirla vivamente y poderla probar contenida y encerrada en el fondo de su ánimo. Sin embargo, es cierto que este tipo de personas pertenecen a una época medio influida por la naturaleza, a aquel tiempo en el cual la verdadera sensibilidad no era tan común en las palabras, ni tan extraordinaria en los hechos, como en el presente.

El hombre perfectamente moderno no siente casi nunca pasión o sentimiento que se proyecten en lo exterior, o se recluyan en lo interior, sino que casi todas sus pasiones se contienen, por así decirlo, con su ánimo equilibrado; es decir, que no le conmueven sino de manera mediocre, quedando al arbitrio del libre ejercicio de todas sus facultades naturales, costumbres, etc. De tal manera que la mayor parte de su vida transcurre en la indiferencia y, consecuentemente, en el aburrimiento, quedando libre de las impresiones fuertes y extraordinarias.

Un ejemplo. Me refiero al de un amigo, o al de una persona cercana que regresa después de largo tiempo, o que veis por vez primera. El niño y el hombre primitivos lo abrazarán, lo acariciarán, saltarán, mostrarán mil señales externas de esa alegría que el alma siente vivamente; señales estas no equívocas, sino muy verdaderas y naturalísimas.

El hombre de sentimientos, sin gestos ni movimientos excesivos, estrechará su mano o lo abrazará lentamente, y mantendrá algún tiempo este abrazo, o en otra actitud, no dando señal de la alegría que siente, sino manteniendo la inmovilidad en su persona y en su mirada, y acaso con alguna lágrima; mientras que en su interior se sentirá dichoso, exteriormente se mantendrá como al principio.

El hombre ordinario, o el hombre sentimental, debilitado y entorpecido a causa de la experiencia del mundo y del mísero conocimiento de las cosas —en suma, el hombre moderno—, mantendrá por dentro y por fuera su estado de ánimo habitual; no sentirá emoción, si no es pequeña, incluso menor que aquella que quizá se esperaba, la tuviese como prevista o no. Aquél será para él un acontecimiento ordinario de su vida, uno de esos placeres que se paladean con indiferencia y que, apenas han llegado (y aunque

incluso los hayáis deseado ansiosamente), os parecerá frío y ordinario, e incapaz de satisfaceros o de conmoveros¹⁰.

Compasión – Debilidad

Aquel ruiñeñor del que Virgilio nos habla en el episodio de Orfeo, que posado en una rama llora toda la noche la pérdida de sus hijos, y que, con su *lamentosa canción*, expresa un dolor profundo, continuo y agudísimo, sin que sienta deseos de venganza, sin buscar reparación para su mal, sin preocuparse de recuperar cuanto ha perdido, etc., es extremadamente digno de compasión a causa de la impotencia que muestra y de acuerdo con cuanto he expresado en otros de mis pensamientos.

Esperanza – Suicidio

La esperanza jamás abandona al hombre, no ya por causa de la naturaleza sino de la razón. Por eso, se expresan neciamente los que dicen (los autores de la *Morale universelle*, t. 3) que el suicidio no puede darse sin una especie de locura, siendo imposible sin que ésta renuncie a la esperanza, etc. Es más, dejando a un lado los sentimientos religiosos, es una feliz, natural, verdadera y continua locura el mantenerse siempre en la esperanza, y en vivir, y por tanto muy contrario a la razón, la cual nos muestra con demasiada claridad que para nosotros no existe la esperanza.

Esperanza – Memorias de mi vida

La esperanza, es decir, una chispa, una gota de ella, no abandona al hombre, ni siquiera después de haberle acaecido la desgracia más diametralmente opuesta a esa esperanza, y la más decisiva.

Ninguno puede complacer a nadie – Ilusiones – De la naturaleza

He escrito en otro lugar¹¹: solicitud la complacencia de uno, sin que se pueda hacerlo sin incurrir en el odio de otro, etc. La razón de esto es que el odio es una pasión; la gratitud, razón y deber, excepto en el caso en que el beneficio conduzca al amor pasión; ya que no se puede dudar de que ésta, frecuentemente, no es más activa y eficaz que el

odio, y que las demás pasiones. Mas la simple gratitud hacia los demás es siempre relativa, cuando el amor pasión, por más que lo parezca, no es tal, sino que se fundamenta en grado sumo en el amor propio, ya que se ama a la persona como algo que nos interesa, nos agrada, y nuestra persona acepta este afecto en gran medida. Pero la razón nunca es tan eficaz como la pasión.

Escuchad a los filósofos. Necesario es que el hombre se mueva por la razón, es más, bastante más que por la pasión; se mueva por la sola razón y por el deber. Bagatelas. La naturaleza de los hombres y de las cosas bien puede ser corrupta, pero no correcta. Y si dejásemos actuar a la naturaleza, las cosas irían mucho mejor, no obstante la superioridad de las pasiones sobre la razón. No es necesario apagar las pasiones con la razón, sin convertir la razón en pasión; hacer que el deber, la virtud, el heroísmo, etc., se tornen en pasiones. Así son por naturaleza. Tales eran entre los antiguos, y las cosas iban mucho mejor.

Pero cuando la única pasión del mundo es el egoísmo, entonces bien se justifica la razón de gritar contra la pasión. Pero ¿cómo apagar el egoísmo con la razón que la nutre, disipando las ilusiones? Y sin ello el hombre, libre de pasiones, no se movería por ellas, pero ni siquiera por la razón, porque así son las cosas, y no se pueden cambiar; que la razón no es una fuerza viva ni motriz, y el hombre no hará otra cosa que acabar siendo indolente, inactivo, inmóvil, indiferente, holgazán, como en grandísima medida ha acabado siendo.

Paciencia – Resignación – Manual de filosofía práctica

Une résistance inutile (aux malheurs) retarde l'habitude qu'elle (l'âme) contracteroit avec son état. Il faut céder aux malheurs. Renvoyezles à la patience: c'est à elle seule à les adoucir. La même. [Madame de Lambert, *Avis d'une mère à son fils*¹². París y Lyon, 1808, p. 88].

Soberbia

Demetrio Falero τῶν τετυφωμένων ἀνδρῶν ἔφη τὸ μὲν ὕψος δεῖν περιαιρεῖν, τὸ δὲ φρόνημα καταλιπεῖν, Laercio, en *Demetrio*, l. 5, 82). Es decir, *hominum fastu turgidorum aiebat circumcidi oportere altitudinem, opinionem*

*autem de se relinquere*¹³. Así de bien lo interpreta. Y tontamente Merico Casaubono, en la nota a algunas palabras del mismo párrafo atrás citado.

Τοὺς φίλους ἐπὶ μὲν τὰ ἀγαθὰ παρακαλουμένους ἀπιέναι, ἐπὶ δὲ τὰς συμφορὰς, αὐτομάτους. (*subint. GHLCQ, quod est in superioribus*). Dicho por el mismo Laercio. l. c., 83.

Ilusiones – De la naturaleza

La naturaleza puede suplir y suple infinitas veces a la razón, pero la razón a la naturaleza jamás; ni siquiera cuando parece alcanzar las grandes acciones: cosa bastante rara; pero incluso entonces la fuerza impulsora y móvil no es la de la razón sino la de la naturaleza. Por el contrario, quitad las fuerzas suministradas por la naturaleza y la razón será siempre inoperante e impotente.

Pensamientos satíricos aislados – Valor – Esperanza – Esperanza y temor – Temor

Los mismos que creen grave, o mayor de lo que es, cualquier ligera enfermedad que les sobreviene, cuando sufren una enfermedad grave o mortal la toman por ligera o menor de lo que es. Y la razón de ambas cosas es la cobardía que les fuerza a temer donde no existe temor, y a esperar donde no existe esperanza.

Impaciencia – Voluntad intensa – Manual de filosofía práctica – Memorias de mi vida

Quizá no exista algo que estimule tanto la actividad y la impaciencia de obtener el fin que se desea como la incerteza de obtenerlo, cuando sin embargo ello os agobie y la idea de no obtenerlo os entristezca. No ya solamente porque la incerteza obliga a la acción (en ese punto en que la certeza puede dar lugar a la pereza), en la medida en que un incierto fin demanda un mayor cuidado para obtenerlo.

Pero incluso cuando no demande mayor cuidado, lo que puede acaecer (porque un fin puede ser cierto siempre que se ponga una gran actividad en conseguirlo) es de hecho independiente de la utilidad y de la necesidad de los cuidados, tú serás activo e impacientísimo de obtenerlo, por el solo hecho de que no puedes soportar dicha incerteza

y sufres por liberarte de la angustia que en ti deriva de la duda de no lograr alcanzar un fin que desees grandemente.

Angustia a la que quizá preferirías la seguridad de no poderlo conseguir. En realidad, me ha acaecido también a mí más de una vez dudar de si alguno de mis esfuerzos corporales habrían podido lograr el fin que pretendía, y que por ello debía redoblarlos impacientemente; si bien otros me aconsejaban tranquilizarme porque la dilación no me hacía daño alguno. Pero yo no podía mantener la incertidumbre de algo que me importaba en ese punto en que, si no hubiese dudado, no habría tenido dificultad en esperar. Y así mi misma impaciencia podía prejuzgar al fin, librándome del necesario descanso, etc.

Así sucede en la creación literaria, etc. Igualmente, si tú debes concluir una tal operación, en un determinado espacio y temes no lograrlo, la impaciencia y tu solicitud no crecen en razón directa de la necesidad, sino de su utilidad, y, si es posible, recomienzas la obra antes del término prefijado¹⁴.

Antiguos – Cristianismo – Formación moral – Envidia

De la idea que tuvieron los antiguos de la felicidad (y por tanto de la infelicidad) el hombre en esta vida, de sus glorias y empresas, y de qué manera les parecía consolidado y real, se puede deducir también de esto que de las grandes dichas y empresas humanas se creían envidiosos los mismos dioses, y temían por ello su envidia, y tenían cuidado en tales ocasiones implorar la envidia divina, de manera que la valoraban como fortuna, y (si bien recuerdo) se procuraban expresamente algún ligero mal para dar satisfacción a los Dioses y mitigar así su envidia.

*Deos immortales precatus est, ut, si quis eorum invideret OPERIBUS ac fortunae suae, in ipsum potius saevirent, quam in rem*¹⁵ (Veleyo Patérculo, l. 1c. 10, ed. de Paolo Emilio). Y así sucedió habiéndosele muerto dos hijos; uno, 4 días antes de su triunfo, y el otro 3 días después de ese mismo triunfo. Véanse las notas en *Variorum* y en Dionisio de Halicarnaso, l. 12, cap. 20 y 23, edición de Milán, y la nota de Angelo Mai¹⁶ al cap. 20, así como estos pensamientos al final de la p. 197.

Así de importantes valoraban los antiguos nuestros asuntos, que no atribuían a los deseos divinos, o a los divinos hechos, otros fines que a los nuestros, al poner a los dioses en comunión con nuestra vida y nuestros bienes; y por tanto los consideraban

celosos de nuestras felicidades y empresas, como semejantes a nosotros, no dudando de que dicha vida no fuese digna de la envidia de los inmortales¹⁷.

El hombre tiende más – Esperanza y temor

Cuánto espacio ocupe el temor en el hombre más que la esperanza también se deduce de lo siguiente: que la misma esperanza es madre del temor, en tal medida que los ánimos menos inclinados a temer y más fuertes se vuelven tímidos ante la esperanza, máxime si ésta es notable. El hombre casi no puede esperar sin temer, sobre todo cuando su esperanza es mayor.

Quien espera teme, y el desesperado no teme nada. Y viceversa, la esperanza no deriva del temor a pesar de que, quien teme, siempre espera que el sujeto de su temor no se verifique. Observad que la pasión directamente opuesta al temor es la esperanza. Y ni siquiera ella puede subsistir sin producir su contrario.

Arrepentimiento – Resignación

Sobre cada pesar de cada desventura se puede estar tranquilo a excepción del arrepentimiento. En el arrepentimiento no hay reposo ni paz y por ello es la mayor o la más acerba de todas las desgracias, como ya he expresado en otros de mis pensamientos.

Arrepentimiento

*Quippe ita se res habet, ut plerumque, qui fortunam mutaturus Deus (Voos. leg. cui fortunam. al. delent τὸ qui et melius) consilia corrumpat, efficiatq., QUOD MISERRIMUM EST, ut quod accidit, etiam merito accidisse videatur, et casus in culpam transeat*¹⁸. Veleyo Patérculo II, 118, 4.

Comunicar a los demás los placeres – Formación moral

Escribe Casa («Manual de Formación», 3) que no es decorosa costumbre, cuando se ve a alguno por la calle, como a veces ocurre, algo repugnante, el dirigirse a los compañeros y mostrársela. Y mucho menos tender a los demás, para que la huelan,

alguna cosa pestilente, como algunos suelen hacer con grandísima solicitud e incluso aproximándosela a la nariz, y diciendo: ¡Eh, sentid de buena gana qué mal huele!

No sólo pues el placer que se siente, sino también algunas incomodidades (además de los pesares, de las desventuras, etc.) Se desea, casi por una inclinación natural, hacer participar a los demás de ellas, y esta participación nos deleita, y nos disgusta si no se lleva a cabo.

Por tanto, de ello se puede inferir que el hombre está hecho para vivir en sociedad. Es más, yo digo que esta inclinación o deseo, por más que parezca natural, es consecuencia de la sociedad e incluso consecuencia dispuestísima y fácil; porque se demuestra también en los niños, y quizá con mucha más frecuencia en los adultos (ver páginas 208¹⁹ y 85, al final²⁰).

Comunicar a los demás los placeres – Secretos

A la tendencia de los hombres a hacer partícipes a los demás del placer y el dolor, expresado en otros pensamientos, se debe referir el desvarío (atribuido principalmente a las mujeres y sobre todo a los niños, en suma a los seres más delicados y naturales) de revelar el secreto o la cosa que se debería y, por otra parte, y con frecuencia, también se desearía mantener escondida, de contar en seguida una nueva, una cosa al descubierto, un placer, un temor, un dolor, la sensación de un aburrimiento, etc., y toda la locuacidad que alude al referir o al decir aquello que se piensa al momento, o que se ha pensado, etc. Como sucede con los niños, que no se pueden contener de charlar sobre cualquier asunto.

Comunicar a los demás los placeres

El deseo de mantener a los demás al margen de las propias sensaciones (sean éstas agradables o desagradables, como he dicho en otras reflexiones) se puede apreciar particularmente, y posee más fuerza, cuando cada individuo se halla más cerca de la naturaleza. Los niños no lo pueden refrenar en modo alguno, de tal manera que por amor, por ruego, o a causa de inoportunidad, no lo comunican a los circunstantes o a los que van a buscar a propósito aquellos placeres, aquellos disgustos, en suma, aquellas

sensaciones notables, y para ellos un tanto extraordinarias, que han experimentado o que experimentan.

Así, al oír una buena o una mala música, o un sonido o un canto de cualquier tipo que les afecte, o al observar cualquier objeto que les impresione, etc., tanto para lo bueno como para lo malo. Luego, los hombres más toscos e ignorantes e incultos, y generalmente el vulgo, no evitan en similares circunstancias gritar a quienes tienen al lado: *Ve, ve; oye, oye*.

Esta exclamación es tan natural que, incluso cuando hay una gran multitud presente ante el mismo espectáculo, etc., todos o muchísimos exclamarán lo mismo, siendo o no siendo escuchados por nadie en particular o cuidándose, o también procurando precisamente hacerse oír por éste o aquél. Pero ninguno puede resistirse a clamar de aquella manera, mostrando así la inclinación natural que les lleva al deseo y afán de participar.

Observad que esta exclamación se pronuncia con frecuencia incluso en soledad, y sin nadie que escuche, cuando el hombre siente semejantes sensaciones y en tal circunstancia. Y nosotros decimos *ve* y *oye* cuando incluso nadie nos puede ver u oír, y así buscamos satisfacer ilusoriamente, de todas las maneras, un deseo que realmente no puede ser satisfecho. Y si bien esto sucede mayormente cuando el individuo tiene algo de primitivo, y con mucha más frecuencia cuando él es susceptible de maravillarse, o de probar sensaciones *fuertes* y *vivas*, con todo ello es algo frecuentísimo incluso en los hombres más cultos, etc., y bastaría con mostrar atención para ver con qué frecuencia nos ocurre a lo largo de la jornada sin que nosotros nos demos cuenta de ello.

Nos ocurre, ya digo, en soledad, en nosotros mismos, o cuando nos hallamos en compañía. Y yo no creo que exista un hombre tan taciturno y enemigo del hablar, del conversar y del comunicarse con los demás que, probando una sensación extraordinariamente fuerte y viva, no se vea obligado, aunque sea a su pesar –sin reflexionar, o sin darse cuenta de ello–, a prorrumpir en semejantes exclamaciones, las cuales prueban el deseo, la intención de comunicar y de hacer participar a los demás cuanto él prueba.

Amor propio – Compasión

Además de la compasión, se puede apreciar de hecho como algo independiente del

amor propio otro comportamiento natural que, si bien se asemeja a la compasión, no por ello es la misma cosa. Se trata de aquella segura y sensibilísima pena que, por ejemplo, sentimos al ver a un niño que hace algo que sabemos que le producirá un mal; o un hombre que se expone a un peligro evidente; o una persona a punto de caer en un precipicio sin darse cuenta de ello. Y en casos similares, como sucede con los males que aún no han acaecido.

Entonces, sentimos incluso una absoluta necesidad de impedirlo, si podemos, y, si no, una pena bastante mayor. Ciertamente es que el ver a alguien que se causa un mal, o que está a punto de padecerlo, ya sea voluntariamente o no sabiéndolo, etc., el verlo, y no impedirlo o no sentirse afligido al no poder hacerlo, es algo contra natura. Así sucede de la misma manera con algunos males, viendo cómo alguno se cae, etc., por más que sea un mal que no se cuente entre los horribles y repugnantes en su apariencia, aun así sentimos natural e *instintivamente* una gran pena.

Y quien se muestra atento observará que estos comportamientos son distintos del de la compasión, la cual suele llegar tras el mal, y no lo precede o acompaña. También ante las cosas inanimadas, o en seres de otra especie que no sea la nuestra, viendo cómo se daña, o está a punto de dañarse o estropearse, un objeto bello, precioso, raro, útil, o qué sé yo, un animal, etc., probamos el mismo sentimiento doloroso, la misma necesidad de *exclamar*, de impedirlo pudiendo hacerlo, etc., y así sucede por más que ese objeto no pertenezca a alguno en particular, o que su pérdida o daño no perjudique a nadie.

De tal manera que ese sentimiento desagradable que entonces probamos se refiere inmediatamente al objeto paciente e incluso quizá cuando éste tenga un dueño y sea de nuestro interés. Dicen que la mujer se muestra con fortaleza al ver cómo se rompe una de sus porcelanas sin turbarse. Pero no solamente las mujeres, también los hombres; y no sólo con las cosas propias sino con las de los demás, con las comunes o con las de nadie, por más que posean una cierta importancia, prueban en dichos casos tal sensación independientemente de su voluntad.

La raíz de este sentimiento no parece hallarse sino en el amor propio. Parece que nuestra naturaleza posee un cierto cuidado con cuanto es digno de consideración, y una cierta repugnancia al verlo perecer, aunque en absoluto sea ajeno a nosotros (ver página siguiente)²¹. El horror hacia la destrucción (el cual nos podría conducir, en último extremo, al amor propio) no parece que tenga parte en esto, al menos importante.

Nosotros vemos perecer cada día mil cosas sin sentir repugnancia o, sin cuidarnos de impedir las, mil cosas que no tenemos en cuenta.

Esperanza – Suicidio

La esperanza no abandona jamás al hombre en cuanto a la naturaleza se refiere, sino en cuanto a la razón. Por ello, hablan insensatamente los que dicen (los autores de la *Morale universelle*, t. 3) que el suicidio no se puede llevar a cabo sin que antes se dé una especie de locura, y ésta es imposible sin la renuncia a la esperanza, etc. Es más, dejando a un lado los sentimientos religiosos, es una feliz y natural, es más, verdadera y continua locura, continuar manteniéndose en la esperanza, y viviendo; es algo muy contrario a la razón, la cual nos muestra con demasiada claridad que no existe esperanza alguna para nosotros.

Franceses – Esperanza

*Nisi quod magnae indolis signum est, sperare semper*²². Floro IV, 8.

Antiguos – Niñez – Memorias de mi vida

Los dolores, como los placeres, también son mucho más grandes en un carácter primitivo y en la niñez que en nuestra edad y condición. Y ello es así por las mismas razones por las cuales es mayor el deleite. En primer lugar (sobre todo en los niños) falta la costumbre del bien y del mal. El bien, pues, y el mal deben ser mucho más sensibles y relativamente enérgicos al ánimo de ellos que al nuestro.

Luego (y éste es el punto principal y habitual a todos los hombres comunes) el dolor, la desgracia en el muchacho y en el hombre primitivo, sobreviene a la opinión de una felicidad posible, o incluso presente; contrasta muy vivamente con el aspecto del bien creíble, real y grande; del bien, ya sea probado o esperado con una firme esperanza, o contemplado en la actualidad en los demás; es lo contrario, y la privación de esa felicidad que se cree verdadera, importante, muy posible, es más, como algo destinado al hombre y poseída por los demás y que también podríamos poseer nosotros, si ese obstáculo no nos lo impidiese, o ahora o siempre.

Incluso la idea del mal absoluto, es decir, independientemente de la comparación con el bien, es quizá más grande en la naturaleza que en un estado de civilización y conocimiento.

Aun así, observad que el dolor turbio y vivo que experimentábamos nosotros de niños terminaba en diversión, una vez que había transcurrido una jornada festiva, etc. Y es algo muy natural que el siguiente dolor se debiese sentir en correspondencia con el júbilo precedente. Y que el dolor de la esperanza frustrada debe ser proporcional a la medida de dicha esperanza.

No me refiero a la medida del placer realmente probado, porque de hecho ni siquiera los niños sienten nunca satisfacción con el acto del placer, no pudiendo ser satisfecho ningún ser vivo sino es con un placer infinito, como ya he dicho en otro momento.

Es más, nuestro dolor, después de tales circunstancias, era inconsolable, no tanto porque el placer hubiese pasado, sino porque no había correspondido a la esperanza. Por lo que a veces seguía una especie de remordimiento o arrepentimiento, como si no hubiésemos gozado por nuestra culpa. Ya que la experiencia aún no nos había instruido en la paciencia, preparándonos para la esperanza que nos desilusiona, acostumbrados a consolarnos con facilidad de tales o mayores pérdidas, etc.

En suma, al considerar en aquella edad las cosas como importantes, o más importantes de cuanto las consideramos en otra edad (ya sea relativamente en particular o en general absolutamente), es natural que, como los placeres, también los dolores de aquella edad sean mayores en proporción a la importancia que las causas de dolor o de placer tienen en nuestra opinión.

¡Así sucede ante la esperanza de cualquier bien, cuál no sería nuestra inquietud, nuestros temores, nuestros pálpitos y cada pequeño obstáculo o apariencia de dificultad, que se opusiera al logro de dicha esperanza!

Y si luego el objeto mismo de la esperanza (aunque fuese mínimo respecto a nuestras opiniones presentes) no se sentía, no se conseguía, ¡cuál no era nuestra desesperación! De tal manera que, quizá a continuación, ante las más grandes desventuras de la vida no hemos probado, ni probaremos jamás tanto dolor y congoja, como con aquellas mínimas desventuras infantiles.

*Amistad – Comunicar a los otros los placeres – Manual de filosofía práctica –
Memorias de mi vida*

*Quid dulcius, quam habere, quicum omnia audeas sic loqui, ut tecum? Quis esset tantus fructus in prosperis rebus, nisi haberes, qui illis aequae, ac tu ipse, gauderet?*²³
Cic. Lael. *De Amicitia*, cap. 6.

Placeres del detenerse

*Les habitants du Midi craignant beaucoup la mort, l'on s'étonne d'y trouver des institutions qui la rappellent à ce point; mais il est dans la nature d'aimer à se livrer à l'idée même de ce que l'on redoute. Il y a comme un enivrement de tristesse qui fait à l'âme le bien de la remplir tout entière*²⁴. Corinne, l. 10 c. I t. 2, p. 115, ed. cit.

En este sentido, se puede apreciar aquel indistinto y también verdadero deseo cuando tenemos, por ejemplo, en la mano una cosa hedionda o pestilente y sentimos fugazmente su olor. Así también cuando te abrumas al pasar por un lugar en el que se hace justicia y sientes aversión ante su ejecución, y, sin embargo, aunque pongas empeño en que el asunto no vaya contigo, alzas los ojos para verla como de pasada, y luego de inmediato te marchas. Ver a este respecto un notable pasaje de Platón, *Obras*, ed. Astii, t. I, p. 236, ls. 8-16.

De esta manera, con cada cosa que nos produzca aversión (incluso en el caso de que hayas pasado por la experiencia de un peligro que te espante), se te oprime el corazón al pensarlo, no tienes la fuerza de detenerte ante aquel pensamiento que se refiere al momento en que se presenta la proximidad de la muerte, etc., pero ni siquiera tienes la fuerza para evitarlo; es más, también es necesario que, entre el querer y el no querer, eches una ojeada. Acaece lo mismo si sientes algún pensamiento que te duele, el recuerdo de alguna cosa que te avergüenza de ti mismo, etc.

La razón de esta causa no es otra que la que Madame de Staël reconocía como embriaguez, y no la curiosidad, como puede ver cualquiera que considere el asunto. Más bien diría que, cuanto es ignoto, nos produce más pena que lo conocido, y así como aquella situación nos asusta, o nos escalofría, o nos entristece, no sabemos abandonarla sin participar de ella; e incluso con aversión, sentimos cierto deseo de examinarla y conocerla en alguna medida.

Quizá también, yo así lo creo, proviene del amor que sentimos hacia lo extraordinario, del odio natural a la monotonía y del tedio, que es connatural a todos los hombres; y

ofreciéndonos una situación que rompe esta monotonía y que se sale del orden común, por más que nos parezca bastante más grave que el tedio, del cual quizá nos damos incluso cuenta en ese momento y no pensamos en nada, aunque encontremos cierto placer ante esa sacudida o agitación que nos produce la vista fugaz de esa situación. Esta explicación nos acerca a la Staël, ya que el aburrimiento no es sino el vacío del alma, que se llena y se ocupa completamente, como nos dice ella de aquel pensamiento.

En fin, puede también derivar, y pienso que al menos en parte deriva, del mismo temor que sentimos ante ese pensamiento, por la razón de que, en todas las cosas físicas y morales, el querer demasiado intensamente y el temor de no conseguir desvía nuestras acciones de su fin; y el ejercer una operación manual, por ejemplo quirúrgica, con demasiada intención de ánimo y temor de no lograrla, acaba mal, como sucede con las Letras o con las Bellas Artes, cuando se busca la sencillez con demasiado esmero y miedo de no encontrarla, y se pierde, etc.

Comunicar a los demás los placeres

De nuestra natural inclinación a hacer participar a los otros de nuestras un tanto extraordinarias sensaciones –ya sean agradables o desagradables–, véase un pasaje insigne de Cicerón (*De Amicitia*, todo el cap. 23), en el cual yo creo que se da la primera fuente de esta observación tan familiar y conocida para los modernos.

Ayuda – Desesperación – Resignación – Manual de filosofía práctica – Memorias de mi vida

Cosa notable es que el hombre, sumamente desventurado y desalentado de la vida –depuesta ya y *compadecida* la esperanza de la propia felicidad, pero no por ello reducido a esa desesperación que no se aquieta sino con la muerte, naturalmente y sin ningún esfuerzo–, se ve llevado a servir y a beneficiar a los demás, incluso a aquellos que le resultan absolutamente indiferentes, o incluso odiosos.

Y no es ya por el vigor de su heroísmo que el hombre, en tal estado, no es capaz de poseer ninguna fuerza de ánimo; pero, en cierto modo –no habiendo ya para ti ningún interés ni esperanza–, trasladas el interés y la esperanza a los asuntos de los demás, y de esta manera procuras llenar tu ánimo, ocuparlo y entregarle los dos sentimientos que he

dicho; es decir, cuida de alguna cosa, o fin y esperanza, sin las cuales la vida no es tal vida, no se aprecia, está desprovista del sentido de sí misma.

El hecho reside en que, cuando el hombre se encuentra en dichas circunstancias —es decir, no sólo desesperado y en situación no de odiarse (que es causa de la feroz desesperación), sino de descuidarse y de ponerse a sí mismo fuera del ámbito de sus pensamientos—, no sólo siente complacencia en servir a los demás sino que muestra también hacia sus asuntos (incluso, como he dicho, ante personas indiferentes) un cierto afecto, un cierto compromiso, un deseo, etc.; aunque languideciendo, porque su ánimo ya no es capaz de un sentimiento vivo y fuerte, pero también de manera tal que él nunca se ha visto animado o movido por el bien hacia los demás de una manera tan sensible. Y esto acaece también apenas el hombre se somete a dicha condición, de tal manera que se da en él una especie de improvisado cambio.

Y sucede también en los hombres afectados por el egoísmo. En suma, la persona de los demás se identifica con su ánimo, casi enteramente con la propia persona que ha desaparecido, y que está ignorada y perdida, como aquella que no puede ya esperar nada, y no es ya capaz de alcanzar la felicidad, sin la cual la vida no posee finalidad ni propósito. Y el deseo y el cuidado y la esperanza de felicidad, que no pueden ya dirigirse hacia la propia felicidad —reconocida como imposible, y que resultaría vana, y ya no suficiente para el ánimo humano—, se dirigen a la felicidad de los demás; y esto es así espontáneamente, y sin sombra de heroísmo.

Y el ánimo del hombre, al que le falta el fin de la felicidad y que está moralmente muerto, renace a una vida lánguida; pero, sin embargo, renace y vive en otros; es decir, en el propósito de la felicidad de los demás, convertido en un fin suyo. Como aquellos cuerpos de sangre infectada y malsana, y por tanto sin vida, a los que algunos médicos cambiaban (o proponían cambiar) la propia sangre, y a los que restituían una cierta salud introduciéndoles la sangre de los demás, o la de cualquier animal; cambiando casi la persona y transformando la que ya no podía vivir en otra capaz de vivir, y conservando así la vida de una persona incapaz en sí misma de vivir.

Causa de dicho síntoma es cuanto estoy a punto de decir. El hombre que, aunque esté desesperado, no por ello se odia (algo que sucede no pocas veces, como parece, antes de que él comience a odiarse sino después de ser absoluta e inútilmente odiado, y lo mismo sucede con el amor propio, que —tentado con cualquier medio a fin de satisfacerse— queda completamente mortificado; y el ánimo agotado, sin ninguna fuerza, se reduce a la

calma y a la quietud propia del agotamiento, y pierde de hecho la capacidad de tener cualquier sentimiento vivo).

El hombre, digo, que sin odiarse solamente considera a sí mismo y a su vida como inútiles, siente una complacencia y una satisfacción, un consuelo (pero ligerísimo), en encontrar cómo adaptarse a sí mismo y a la vida, la cual, de otra manera, no le serviría ya para nada; así como cualquier utilidad de sí mismo y de la vida, ya fundida como algo inutilísimo, aunque a él no le favorezca en nada, aunque ya no sea capaz de tener ilusiones, ni de creerse útil para las grandes empresas.

Sin embargo lo conforta, representándolo a sí mismo como poco menos que inútil; o si no otro (y más bien) con el pensamiento de haber al menos asumido, y de hecho no despreciado, aquel resto de existencia, de fuerza viva y material.

Ayuda – Desesperación – Resignación – Manual de filosofía práctica –Memorias de mi vida

Viéndose ellos excluidos de la vida, buscan vivir en cierta medida en lo ajeno; no por amor hacia sí mismos, y casi ni siquiera por amor propio, sino porque, aunque impedida su vida, les resta sin embargo una existencia que ocupan y sienten de cualquier manera.

Antiguos – Ayuda – Civismo. Falta de civismo – Desesperación – Resignación – Manual de filosofía práctica – Memorias de mi vida

La desesperación de la naturaleza es siempre feroz, frenética, sanguinaria, no cede ante la necesidad ni ante la fortuna sino que las quiere vencer en sí mismas, es decir, con sus propios daños, con la propia muerte, etc. Se trata de aquella desesperación plácida, tranquila, resignada, con la cual el hombre –perdida cualquier esperanza de felicidad, o a causa de su condición humana, o por sus circunstancias– en todo momento se pliega y se adapta al vivir y a tolerar el paso del tiempo y de los años, cediendo a la necesidad reconocida.

Esta desesperación, si bien deriva de la primera de aquel modo que antes he explicado, sin embargo casi no es propia de la razón y de la filosofía, y por tanto especial y singularmente propia de los tiempos modernos. De hecho, ahora se puede decir que cualquiera posee cierto grado de ingenio y de sentimientos, una vez que ha probado la

experiencia del mundo; y luego, en particular, todos los que, habiendo alcanzado una edad madura, son desgraciados, caen y permanecen hasta la muerte en este estado de apacible desesperación. Se trata de un estado casi completamente desconocido para los antiguos, e incluso hoy para la juventud sensible, magnánima y desventurada.

La primera consecuencia de la desesperación es el odio a sí mismo (porque aún le queda al hombre tanta fuerza de su amor propio para que pueda odiarse) si no cuida y estima las cosas. La segunda, la despreocupación, el desprecio y la indiferencia hacia las cosas; y hacia sí mismo un cierto lánguido amor (porque el hombre no posee tanto amor propio que le conduzca a hacer uso de la fuerza de odiarse) que se asemeja al descuido, pero también al amor; de tal manera, sin embargo, que no conduce al hombre a que se angustie, a dolerse, a sentir compasión de las propias desventuras, y mucho menos a esforzarse, a nada emprender en su favor, al considerar las cosas como indiferentes, y habiendo casi perdido el tacto y el sentido del ánimo, y encallecida su facultad sensitiva, sus deseos, etc. En suma, las pasiones y los afectos de todo tipo. Y ver perdidos, por su largo uso y por la fuerte y dilatada presión, casi completamente la elasticidad de los resortes y fuerzas del alma.

De ordinario, el mayor cuidado de éstos es conservar su estado presente, llevar una vida metódica, no cambiar ni innovar, no ya a causa de su carácter pusilánime o inerte, que en todo le habrá sido contrario, sino a causa de una timidez derivada de la prueba de las calamidades; la cual conduce al hombre a temer perder, a causa de la nueva situación, aquel reposo, o quietud, o sueño en los que, después de prolongados combates y resistencias, su ánimo se ha adormecido y replegado finalmente, y hasta casi agazapado. El mundo se halla lleno, hoy día, de desesperados de esta segunda especie (como entre los antiguos eran frecuentísimos los de la primera).

Por tanto, se puede observar fácilmente cuánto deba prodigarse la actividad, la variedad, la movilidad, la vida de este mundo, cuando todos –así se puede decir– los mejores ánimos, al llegar a una cierta madurez, se vuelven incapaces para la acción, e inútiles para sí mismos y para los demás.

Niños – Pena – Memorias de mi vida

Quizás no existe para ti persona tan indiferente que –saludándote al partir para cualquier lugar, o al abandonarte de cualquier manera, y diciéndote: no nos volveremos a

ver más—, por poco ánimo que tú tengas, no te conmueva, no te produzca una sensación más o menos triste.

El horror y el temor que el hombre siente —por una parte hacia la nada, por otra hacia lo *eterno*— se manifiesta a cada momento, y no se puede oír ese *nunca más* sin mostrarse conmovido. Los síntomas naturales es necesario buscarlos en las personas naturales, y no aún —o poco, o cuanto se pueda— en las alteradas.

Así son los niños: casi el único ser en el que se puede indagar, notar y atender hoy día las cualidades, las inclinaciones, los afectos verdaderamente naturales. Yo mismo, de niño, tenía esta costumbre. Viendo partir a una persona, por más que me resultara indiferentísima, consideraba el factor de que fuese posible o probable el hecho de que yo nunca la volviese a ver. Si consideraba que no, me ponía junto a ella y la miraba, escuchándola y haciendo cosas parecidas, y la seguía con los ojos y con mis oídos cuanto podía, reflexionando siempre en mi interior, adentrándome en mi ánimo y desplegando en mi mente este pensamiento: *Estoy ante la última vez; no la veré nunca más o, quizá, nunca más.*

De esta manera, la muerte de alguien que yo conociese, y que jamás me hubiera interesado en vida, me daba una cierta pena; no tanto por el difunto, o porque entonces me interesase después de su muerte, sino por esta consideración que yo rumiaba en lo profundo de mí: *Ha partido para siempre. ¿Para siempre? Sí: todo se ha acabado en lo que a él se refiere; no lo veré nunca más y ninguna cosa suya tendrá ya nada en común con mi vida.* Y me ponía a rememorar, si podía, la última vez que lo había visto, o escuchado, etc.; y entonces me dolía no haber sabido que iba a ser la última vez que nos veíamos, y de no haberme comportado yo con él en función de este pensamiento.

Curiosidad – Ciencia e Ignorancia

*La curiosité est une connoissance commencée, qui vous fait aller plus loin et plus vite dans le chemin de la vérité*²⁵ (Madame De Lambert, ob. cit., p. 72). No comprendo en su totalidad el sentimiento de la marquesa, sino el hecho en sí. La curiosidad o el deseo de conocer no es, en gran medida, sino el síntoma del conocimiento.

Examinad la naturaleza y veréis cuán pequeña es la curiosidad, y qué débil y leve lo es en el hombre primitivo; cómo no le pasa nunca por la cabeza el deseo de saber sobre aquellas cosas que no le atañen, o que la misma naturaleza oculta (por ejemplo, los

asuntos físicos y astronómicos, etc., los orígenes y fines del hombre, de los animales, de las plantas, del mundo); de qué manera él es incapaz de emprender cualquier operación seria a fin de informarse de cosa alguna, y mucho menos de algo que es difícil de conocer (y éstas son precisamente aquellas que no se deben conocer y que, la ignorancia de las mismas, resulta suficiente para que el hombre alcance su felicidad, aunque se halle informado de otros asuntos fáciles y obvios).

Más bien, su imaginación suple, y le hace creer que sabe la causa, que realmente no es aquélla, etc. En suma, en modo alguno es verdad que el hombre tienda de una manera irresistible hacia la verdad y el conocimiento.

La curiosidad –tal como hoy la contemplamos y desde hace mucho tiempo– es una de las cualidades corrompidas, que ha seguido un desarrollo y un camino no debidos, como otras cualidades, pasiones, etc., que han sido buenas y útiles; es más, necesarias en la medida en que la naturaleza nos las había concedido; pero pésimas y mortíferas cuando pasan a otros niveles, y se desarrollan más de lo debido, y se modifican de varias maneras.

Por tanto, si bien estas cualidades y pasiones son naturales en su origen, así como humanas, no por ello son naturales, tal como se nos presentan hoy día; ni a partir de su estado presente se deben juzgar la naturaleza y la constitución del hombre, ni hacer cábalas en torno a nuestros destinos, ni extraer las consecuencias que de ello se deducen²⁶.

Ilusiones – Literatura italiana – Lengua italiana

Les femmes apprennent volontiers l'Italien, qui me paroît dangereux, c'est la langue de l'Amour. Les Auteurs Italiens sont peu châtiés; il règne dans leurs ouvrages un jeu de mots, une imagination sans règle, qui s'oppose à la justesse de l'esprit (Madame De Lambert, ob., cit., pp. 73-74²⁷).

Perfeccionismo – Cualidades humanas

Examinez votre caractère, et mettez à profit vos défauts; il n'y en a point qui ne tienne à quelques vertus, et qui ne les favorise. La Morale n'a pas pour objet de

détruire la nature, mais de la perfectionner (Madame De Lambert, *Avis d'une mère à sa fille*, ob. cit., p. 84).

Y nos sigue mostrando, con ejemplos semejantes, cómo cada imperfección dirige, servil, y casi encierra en ella alguna virtud, concluyendo: *Il n'y a pas une foiblesse, dont, si vous voulez, la vertu ne puisse faire quelque usage* (Madame De Lambert, p. cit.²⁸)

De estas observaciones, que han sido hechas por otros, se puede deducir una verdad muy general e importante; es decir, con el observar sus modificaciones esas cualidades humanas (que reconocemos como viciosas, y que se consideran vicios naturales e inherentes) se reducen y encuentran, y no son sino buenas y provechosas por su cualidad; y cómo en los orígenes, en las primeras etapas del hombre, fue considerado como bueno aquello que ahora parece esencial y primitivamente malo; ello es así a causa de que se corrompieron fácilmente aquellas primeras cualidades naturales y distorsionado su fin, y ya no se conoce a qué buena causa pueden estar destinadas.

Nuestra depravación, que es obra del hombre, se toma por un vicio natural e innato, y se confunde el mal uso de las cualidades, que reconocemos como naturales, con el buen uso al que la naturaleza las había destinado, y que ahora no se aprecia con facilidad. En suma, que de todo esto se deduce la doctrina de la perfección natural y primitiva del hombre, al considerar cómo son originariamente buenas incluso aquellas cualidades que, por una parte, se tienen por naturalmente malas, cuando no lo son; por otra, se consideran malas, y lo son. Pero este error permite que la naturaleza se considere viciosa, y por tanto necesitada de razón.

También hemos demostrado con harta frecuencia que dicha razón es un vicio sumo, y aun así ella resulta innata. Pero siendo, tal como es, innata, no se puede hablar de vicio. Por el contrario, es vicio en el estado en que se encuentra y se utiliza hoy en día.

Reacción moral

Se suele decir que la resistencia estimula y proporciona fuerzas para ejecutar las cosas y conducirlas a aquel fin que se ha pretendido. Yo replico ahora que, con mucha frecuencia, si logro sin resistencia hacer diez, lograda esa resistencia alcanzaré quince o veinte. Y esto, con frecuencia, es muestra de una absoluta y determinada voluntad; no ya por la sobreabundancia material de los efectos de la fuerza empleada mayormente ante la necesaria resistencia hallada, y no contrapuesta diligentemente a dicha resistencia. De la

misma manera que, si yo deseo empujar una cosa de un lugar a otro, y siento que no cede ante el primer empuje, acrecienta la fuerza, y ésta la arroja más lejos de cuanto yo quería.

Mas de manera deliberada digo: si por ejemplo doy un empujón y no lo logro, doy otro y tampoco, y al tercero me sucede lo mismo, acabo llenándome de rabia, agarrando el objeto con las manos y arrastrándolo mucho más allá de cuanto yo antes quería moverlo; y queriendo que estuviese donde debía, es necesario que lo vuelva a llevar hacia atrás, al lugar conveniente, y así lo hago. Y la distancia a la cual lo he transportado es con frecuencia más del doble e incluso del triple de aquella que yo deseaba alcanzar.

Esto acaece porque entonces yo no considero ya que no tengo como fin de mi acción trasladarla a aquel lugar, sino precisamente vencer y alcanzar aquella resistencia, y mostrar la superioridad de mi deseo y de mi fuerza sobre su deseo y su fuerza, la cual tanto más se demuestra; y la venganza y la victoria son tanto mayores cuanto yo la arrastro más lejos; en suma, dirigidos entonces a aquel fin, atendemos a la perfección de cuanto así se consigue, y por ello no nos importa que acabemos perjudicando a aquel fin primero del cual, en ese extremo, nos habíamos olvidado. Aplico ahora este ejemplo físico a los morales.

Causa común del egoísmo – Barbarie – Civilización. Falta de civismo – Egoísmo – Formación moral – Maquiavelismo social – Soberbia

L'orgueil nous sépare de la société: notre amour-propre nous donne un rang à part qui nous est toujours disputé: l'estime de soi-même qui se fait trop sentir est presque toujours punie par le mépris universel. Madame De Lambert, *Avis d'une mère à sa fille*, en sus *Obras completas*, ob. cit. (p. 633), p. 99, al final²⁹.

Tal sucede naturalmente en la sociedad y a esto conduce la naturaleza de la institución humana, la cual, dirigida al bien común y al placer, no subsiste en verdad si el individuo no comparte más o menos con los otros su estima, sus intereses, sus fines, pensamientos, opiniones, sentimientos y afectos, inclinaciones y acciones; y si todo esto no es dirigido sino a sí mismo.

Cuanto más se encuentra el *sí mismo*³⁰ en el individuo tanto menos existe verdaderamente la sociedad. Así, si el egoísmo se mantiene, la sociedad sólo existe en su nombre. Porque cada individuo, no teniendo por fin más que a sí mismo, no cuidando de

hecho del bien común, y si ningún pensamiento o acción suya está dirigida al bien o al placer de los demás, cada individuo forma por sí mismo una sociedad aparte, independiente, y perfectamente distinta, ya que perfectamente distinto es su fin. Y de esta manera el mundo torna a ser como era al principio y la sociedad como lo era en su origen, la cual queda deshecha en cuanto se refiere a su obra y sustancia, así como a su esencia y razón.

***Entusiasmo – Poetas – Demasiado (Lo) es padre de la nada – Voluntad intensa –
Memorias de mi vida – Teoría de las artes. Parte práctica***

No pocas veces lo demasiado o el exceso es el padre de la nada. Los dialécticos también nos advierten que lo que es una prueba excesiva no prueba nada. Pero esta propiedad del exceso se puede apreciar de ordinario en la vida. El exceso de las sensaciones o la sobreabundancia de ellas se convierte en insensibilidad. Ella produce la indolencia y la inanición, es más, incluso el hábito de la inactividad en los individuos y en los pueblos. Ved, a este respecto, cuanto he subrayado con las palabras de Madame de Staël (y con las de Floro, p. 620, al final - 625³¹, al principio).

El poeta, en el colmo del entusiasmo de la pasión, no es poeta; es decir, no se halla en grado de poetizar.

En lo que a la naturaleza se refiere, mientras toda su alma está ocupada en imaginar el infinito, mientras las ideas se le agolpan en el pensamiento, él no es capaz de distinguir, ni de elegir, ni de aferrarse a una sola de ellas: en suma, no es capaz de nada, ni de extraer ningún fruto de sus sensaciones. Digo ningún fruto o consideración como máximo, o de uso y escritura, o de teoría o de práctica.

El infinito no se puede expresar sino cuando no se siente: es más, después de haberlo sentido. Y cuando los máximos poetas escribían sobre aquellos temas que despertaban en nosotros admirables sensaciones de infinitud, su ánimo no se hallaba ocupado en sensación infinita alguna, y, captando el infinito, no lo sentían.

Sensibilidad. Sentimiento – Hombres sensibles – Memorias de mi vida

El hombre de imaginación sentimental y entusiasta, desprovisto de la belleza del cuerpo, es captado por la naturaleza como lo es por la amada un amante ardiente y

sincerísimo, al que no le corresponde el amor. Él se entrega fervorosamente a la naturaleza, siente en ella toda su profundísima fuerza, todo su encanto, todo cuanto es atractivo, toda la belleza; la ama apasionadamente, pero en el caso de que él no fuese correspondido siente que no es partícipe de esta belleza que ama y que admira, se ve marginado del ámbito de la belleza, como el amante se siente excluido del corazón, de las ternuras, de la compañía de la amada.

En el considerar y en el sentir la naturaleza y lo bello, siempre le resulta penoso el retorno a sí mismo. Él siente enseguida y de manera continua que lo bello, cuanto admira, ama y siente, no le pertenece. Prueba aquel mismo dolor que se siente al considerar o al ver a la amada en los brazos de otro; o enamorada de otro y completamente indiferente hacia vosotros. Él casi siente que lo bello y la naturaleza no están hechos para él, sino para los demás (y que éstos –algo muy duro de considerar– son menos dignos que él, es más, indignísimos de gozar de lo bello y de la naturaleza, incapaces de sentirla y de conocerla, etc.): y siente aquel mismo disgusto y sutilísimo pesar que padece un pobre hambriento, el cual ve a los otros alimentarse delicadamente, con abundancia sabrosa, sin esperanza alguna de poder gustar nunca lo mismo que ellos.

En suma, él se ve y se sabe excluido sin esperanza y no partícipe solamente de los favores de aquella divinidad, pero que tiene tan presente y cercana que él la siente como dentro de sí mismo, y con la que se identifica; me refiero a la belleza y a la naturaleza abstractas.

La compasión debe descender – Compasión – Hombres sensibles – Memorias de mi vida – Teoría de las artes. Parte práctica

El desventurado que no es bello, y sobre todo si es anciano, podrá ser compadecido, pero difícilmente llorado. Así sucede en las tragedias, en los poemas, en las novelas, etc. Como en mi vida.

Alabanzas – Maquiavelismo social – Memorias de mi vida

El hombre es tan inclinado a las alabanzas que incluso en aquellos casos en que jamás ha buscado ser alabado y que él en nada estima, aun en estos casos, el ser alabado le complace. Es más, con frecuencia, se verá inducido a procurar buscar en su favor el

aprecio y la opinión de cualquier mínima situación en la cual ha sido alabado; y a persuadirse de que ella, o el ser alabado en ella, no sea completamente algo inapreciable para las opiniones de los demás.

Pensamientos filosóficos aislados – Injuria – Magnanimidad – Venganza – Memorias de mi vida

La injuria despierta en todos los ánimos el deseo de verla castigada, pero igualmente, en los más elevados, el deseo de castigarla.

Compasión – Debilidad

Cuanto he venido diciendo en varios pensamientos de la compasión que estimula la debilidad es algo que se debe considerar en grado máximo en quienes son fuertes y sienten, en un momento preciso, su fuerza; y en quienes este sentimiento contrasta con el aspecto de debilidad o impotencia de dicho objeto amable o compasivo. Amabilidad que, en este caso, deriva del manantial de la compasión, por más que tal objeto no sufra en ese momento, o no haya sufrido nunca, ni probado el daño de su debilidad.

En este sentido, disponemos de una sentencia o documento de los Bardos Británicos contenido en ciertos pasajes de este texto que dicen así: *Sufrir con paciencia y magnanimidad es indicio seguro de valor y de un alma sublime, y el abusar de la propia fuerza signo de cobardía feroz* (*Anales de Ciencias y Letras* 1, citado con anterioridad, pp. 378 y 932).

El hombre fuerte, pero al mismo tiempo magnánimo, cambia sin esfuerzo y de manera natural, y a partir del sentimiento de su fuerza, a un sentimiento de compasión hacia la debilidad de los demás, y también a una cierta inclinación a amar y a la capacidad de sentir amabilidad, de encontrar amable un asunto más importante que los otros. Y él suele siempre sufrir con la paciencia de los débiles, antes bien que a superarlos, aunque sea justamente.

Amor propio – Desventuras – Memorias de mi vida

Una de las principales causas por las cuales la infelicidad inmoviliza al hombre y lo

debilita y enerva –de tal manera que la infelicidad coarta sus fuerzas– no es otra cosa sino que la infelicidad debilita el amor a uno mismo. Y me estoy refiriendo mayormente a un tipo de infelicidad grande y prolongada.

La cual, con el continuo contraste que se opone a ese amor hacia sí mismo –con la batalla obstinada y fuerte que con él entabla, y con el obligarlo a un estado en todo caso contrario a aquel que es la meta, objeto y deseo de este amor–, al fin este amor languidece, torna al hombre menos tierno consigo mismo, puesto que ya estaba habituado a sentirse infeliz a pesar de los esfuerzos que nos oponía.

Es más, una tal felicidad –si es que no conduce al hombre a la viva desesperación y al suicidio, y al odio hacia sí mismo, que es lo máximo, y a la suma intensidad del amor propio en tales circunstancias– por necesidad lo debe forzar a un estado contrario, es decir, a la frialdad y a la indiferencia hacia sí mismo; ya que si él continuara siendo entusiasta de sí mismo, como lo era al principio, ¿de qué modo podría soportar la vida al tener que conformarse con sobrevivir, viendo y sintiendo siempre infeliz este objeto de su sumo amor y de su vida bajo todas las consideraciones?

Mas el amor a sí mismo es el único y posible resorte de las acciones de los sentimientos humanos, ya se aplique a este o a aquel fin virtuoso o inmoral, sea grande o pequeño, etc. Disminuida, pues, debilitada y reducida a casi nada (es decir, al mínimo mientras el hombre se mantiene con vida) la elasticidad y la fuerza del resorte, el hombre ya no es capaz ni de acciones, ni de sentimientos vivos y fuertes, etc., ni hacia sí mismo, ni hacia los demás; ya que también hacia los demás, a los sacrificios, etc., no les puede impulsar otra fuerza que no sea el amor propio y de un modo ordenado y directo.

De esta manera, el hombre que ha llegado a ser a la fuerza indiferente hacia sí mismo acaba siendo indiferente hacia todo, viéndose reducido a la inanición física y moral. Y el debilitamiento del amor propio, en la medida en que es propio y radical (no en cuanto se haya dirigido en este o en aquel sentido, es decir, la verdadera debilidad de este amor), es la causa de la debilidad de la virtud, del entusiasmo, del heroísmo, de la magnanimidad, de todo cuanto a primera vista aparece como más enemigo del amor propio, como lo más necesitado de su humillación para triunfar y manifestarse, el más contrariado y perjudicado por la fuerza del amor individual.

Así, dicho debilitamiento seca la vena de la poesía y de la imaginación, y el hombre, no amando ni siquiera un poco, de la misma manera ya no ama a la naturaleza; y no sintiendo el propio afecto, ya no siente a la naturaleza, ni la eficacia de la belleza, etc.

Una espesísima niebla de indiferencia brota inmediatamente de su falta de acción e insensibilidad, se expande por todo su ánimo y en todas sus facultades, desde que él ha pasado a ser indiferente, o poco sensible hacia aquel asunto *que sólo es capaz de interesarlo* y de dirigirlo moral y físicamente hacia todos los demás asuntos en cualquier modo, y hacia sí mismo.

Amor propio – Desventuras – Memorias de mi vida

Las mentadas consideraciones arriba expuestas pueden llevarnos a generalizar y a simplificar la idea que poseemos del sistema de las cosas humanas o de la teoría sobre el hombre, haciéndonos conocer cómo, bajo todos los puntos de vista y bajo todas las circunstancias posibles de la vida, actúe aquel único principio que es el del amor propio, y cómo todas las causas de la vida humana están proporcionadas a una mayor o menor fuerza, a una mayor o menor debilidad y a un diverso sentido de aquel que sólo es activo, por más que dichos síntomas se presenten, a primera vista, como derivados de diversas razones.

Armas de fuego – Valor

El descubrimiento y el uso de las armas de fuego –además de por otras causas por mí subrayadas en otros de mis pensamientos– ha disminuido sin embargo muy notablemente el valor en los soldados, y, en general, en los hombres. *La victoire... s'obtient aujourd'hui par la régularité et la précision des manœuvres, souvent sans en venir aux mains. Nos guerres ne se décident plus guère que de loin, à coups de canon et de fusil; et nos timides fantassins, sans armes défensives, effrayés par le bruit et l'effet de nos armes à feu, n'osent plus s'aborder: les combats à l'armes blanches sont devenus fort rares* (Baron Rogniat, *Considérations sur l'Art de la guerre*, París, Imprinta de Firmin Didot, 1817, Introduction, p. I³²).

Y como los soldados, lo mismo sucede con los demás hombres, los cuales utilizan las armas de fuego en vez de las blancas; reduciéndose ahora cada batalla, pública o privada, a traiciones y a contiendas en la distancia, sin llegar jamás al cuerpo a cuerpo; además de la influencia que tienen la educación militar y la naturaleza, en sí, de la guerra sobre el conjunto de las naciones.

Bien estará que yo lea completa la obra citada, en donde el arte de la guerra se halla clarísimamente expuesta, con su base filosófica, comparando de continuo a los antiguos con los modernos, así como a los diversos pueblos entre ellos y aplicando dicha arte al saber del hombre, etc. Y es cierto que la guerra es tema que le afecta al filósofo, tanto como causa de los máximos y principalísimos acontecimientos cuanto en su relación con las diversas vertientes de la teoría social, así como del hombre y los seres vivos.

Valor – Eufemismo de los antiguos

Cuando al sentir miedo nos ponemos a cantar, no es para animarnos a nosotros mismos, como se dice comúnmente, ni para simplemente distraernos, sino (como encuentro circunstancial y agudamente expresado en la segunda de las cartas de Magalotti, *Contra los Ateos*³³) para mostrar y darnos a entender a nosotros mismos que no sentimos temor.

Dicha observación podría quizá aplicarse a muchos otros asuntos y suscitar diversos pensamientos. Y ya es algo evidente que, ante la apariencia del mal, buscamos engañarnos y creemos que no sea tal, o que es menor de cuanto sea; pero esperamos que se nos muestre y que de él estemos convencidos, y en último extremo, para convencernos a nosotros mismos, fingimos estar ya persuadidos, actuando y reflexionando para nosotros mismos. Y esto es cuanto acaece en el caso a que arriba me refiero.

Y ya es costumbre en muchísimos el deducir cuánto pueden con las palabras y con la fantasía sobre los males que les dominan, y con ello se consuelan y fortalecen, mendigando el valor no desde el desprecio del mal, sino desde su imaginaria falsedad o pequeñez. De lo que se deduce que son muchos los que no se asustan, si no es rarísimamente, porque, cuando a ellos se les anuncia o prevén algún mal, en primer lugar no creen absolutamente en él (es decir, esconden o empequeñecen todas las certezas), y de esta manera, si el mal efectivamente no se presenta, ellos no sienten temor, mientras que los demás sí, y con razón.

Después, le quitan importancia mostrándose en cuanto pueden imaginativos. De esta manera, no muestran temor si no en aquellos raros casos en los cuales se presenta un mal de una manera tan evidente y real que les afecta en modo tal que no pueden engañarse; ya que una vez que éste se ha presentado no lo creen un mal, es decir, no quieren creer

en él. Y éstos, que quizá, con frecuencia, pasan por valerosos, son los más bellacos que puedan existir, ya que no saben sobrellevar no sólo la realidad sino ni siquiera la idea de la adversidad; y cuando tienen el presentimiento de alguna desgracia que pueda poseerlos o acaecerles, en seguida acuden con su pensamiento a enrocarse, a atrincherarse, encerrarse y encadenarse perezosamente en decirse a sí mismos que no será nada lo que pasa.

Esto se aprecia en ese momento de la prueba de las desgracias evidentes, como el de ser cobardes y desesperarse, y caer en los frenesíes y en las exaltaciones propias de mujeres, con gritos, llantos y plegarias; todas éstas son situaciones por mí vistas y comprobadas efectivamente en una persona que, naturalmente, debía de tener una gran práctica en este tipo de comportamientos; lo cual, por otra parte, es un perfectísimo y muy apropiado ejemplo de aquello que he dicho antes.

Por lo demás, también es algo demasiado evidente que el hombre tiende a disimular el mal, y a esconderlo en su interior como mejor puede, lo que se aprecia en la conocida εὐφημία de los antiguos griegos, los cuales nombraban a las cosas desagradables τὰ δεινὰ con nombres adecuados a fin de esconder o disimular cuanto era desagradable (ver cuanto escribe Heladio³⁴ a propósito de Meursio); lo cual, en verdad, no hacían solamente a causa del mal augurio. También en italiano se dice *Si Dios hiciese otra cosa de mí...*, para decir *Si yo muriese...* (véase en la Crusca³⁵ la voz *Altro*, «Otro»), y en latín en este mismo caso, *si quid humanum paterer, mihi accideret*, etc. Y así en cien casos más.

Amor – Placer (Teoría del) – Esperanza – Indecisión

A propósito de mi teoría del placer, se deduce que el hombre, deseando siempre un placer infinito y que enteramente le satisfaga, siempre anhele y espere algo que él no puede concebir. Y, de hecho, así es. Todos los deseos y esperanzas humanos, incluso los bienes y placeres más decisivos, y también los ya experimentados en otras ocasiones, nunca son absolutamente claros, distintos y precisos, sino que contienen siempre una idea confusa, pues se refieren a un objeto que se concibe de manera confusa.

Por ello, y no por otra causa, la esperanza es mejor que el placer, pues contiene aquel grado de indefinición que la realidad no puede contener. Esto puede apreciarse mayormente en el amor, donde las pasiones, la vida y la acción del alma –siendo más

vivas que nunca—, el deseo y la esperanza son, por otra parte y del mismo modo, más reales y sensibles, destacando más que en otras circunstancias.

Observad ahora que, en un sentido, el deseo y la esperanza del verdadero amante son más confusos, indecisos e indefinidos que los de quien se haya visto poseído por cualquier otra pasión, y es propio del amor (algo ya apreciado por muchos) que se presente en el hombre como una idea infinita (es decir, más sensiblemente indefinida de lo que se presentan el resto de las pasiones); de tal manera que él pueda concebirla en grado menor que cualquier otra idea, etc. Por otra parte, observad que precisamente en razón de este grado de infinitud —inseparable del verdadero amor, una pasión en medio de tempestades— el amor es el manantial de los mayores placeres que el hombre pueda probar.

***Pensamientos filosóficos aislados – Placer (Teoría del) – Recuerdos – Esperanza –
Memorias de mi vida***

El recuerdo del placer se puede parangonar con el de la esperanza, y produce poco más o menos los mismos síntomas. Como la esperanza, él nos satisface más que el propio placer; es bastante más dulce acordarse del bien (no probado nunca, pero que con la distancia del recuerdo parece haberse probado) que el gozarlo; de la misma manera que es más dulce esperarlo, porque desde la distancia del anhelar parece que podamos gustarlo más. La lejanía favorece igualmente al hombre en una y en otra situación. Y se puede concluir que el peor tiempo de la vida es el del placer, o el del goce.

***Pensamientos satíricos aislados – Negligencia, Inactividad – Tiempo – Manual de
filosofía práctica – Memorias de mi vida***

Aquellos que no suelen hacer nunca nada y que, por consiguiente, tienen más tiempo libre para poder hacer uso de él, son normalmente quienes de manera más difícil encuentran tiempo para una ocupación; aunque sientan premura al acordarse de algo que es necesario hacer, de un encargo que a ellos se le haya hecho y que también les urja ejecutarlo. Es lo contrario de lo que les sucede a aquellos que tienen completa su jornada y, por tanto, disponen de menos tiempo libre y de más cosas de las que acordarse.

La razón es clara; es decir, el hábito de la negligencia en los primeros y de la diligencia

en los segundos. Lo mismo se puede observar también en una única persona, según sean sus diversos hábitos y métodos temporales de actividad y de diligencia. O de inactividad y de negligencia.

Amor – Mujeres – Gracia – Maquiavelismo social – Memorias de mi vida

A la consideración de la gracia derivada de lo extraordinario, compete en parte el contemplar que uno de los medios más frecuentes y seguros de agradar a las mujeres es el tratarlas con desprecio y zaherirlas, etc. Lo que también deriva de un cierto conflicto, que es el que produce el enfado. E incluso del amor propio, ejercido y deseoso del amor y de la estima de quien te desprecia, porque ella te parece más difícil, y porque en consecuencia la codicias mucho más, etc. Y así acaece también a los hombres en relación con las mujeres que son desdeñosas o que zahieren, etc.

Amor propio – Envidia – Odio hacia nuestros semejantes

La envidia, una de las pasiones naturales, es el primer vicio del primer hijo del hombre, según la Sagrada Escritura; es causa e indicio manifiesto del odio natural del hombre hacia el hombre en la sociedad, por más que ella sea un defecto imperfecto y mezquino. Y es que se envidia también lo que no tenemos, y en un mayor grado. Se envidia incluso lo que otros poseen sin que a nosotros nos produzca el mínimo daño; también cuanto nos es imposible absolutamente tener, y que incluso ni siquiera nos convendría. Y, finalmente, casi se envidia incluso lo que no deseamos y cuanto, pudiendo tener, no queremos.

Así que el único y puro bien ajeno, el solo aspecto de la supuesta felicidad de los demás, es para nosotros algo naturalmente grave en sí mismo, y es el motivo de esta pasión, la cual, por consiguiente, no puede conducir sino al odio hacia los demás, algo derivado del amor propio; pero derivado –si me es lícito explicarme– de la misma manera de la cual afirman los teólogos que la persona del Verbo procede del Padre, y el Espíritu Santo, de ambos; es decir, no se ha dado un momento en el que el Padre existiese, y el Verbo y el Espíritu Santo no existieran.

Amor propio – Envidia – Odio hacia nuestros semejantes

¿Por qué la parcialidad es siempre odiosa e intolerable, cuando también el que favorece o beneficia a alguno más que a los otros no les quita nada de lo que les corresponde, ni de lo que en todo caso les daría, ni en modo alguno les desfavorecería? Por el odio natural del hombre hacia el hombre, que es inseparable del amor propio. Véase a este propósito la parábola del padre de familia y de los obreros del Evangelio³⁶.

Formación moral – Envidia – Maquiavelismo social – Odio hacia nuestros semejantes

El aspecto del hombre alegre y en plenitud –o afectado en cierta medida por alguna buena fortuna, o con alguna ventaja a causa del placer recibido, etc.– lo encontramos, por lo demás, muy molesto no sólo entre las personas afligidas, o melancólicas, o poco inclinadas al regocijo en el acto o por costumbre, sino incluso en las personas con un ánimo indiferentemente dispuesto, no dañado o abrumado por esa prosperidad.

Lo mismo acaece con los amigos, parientes y seres cercanos, etc. Y necesario es que el hombre que posee razón para su alegría, o la disimule, o la demuestre con cierta desenvoltura, indiferencia y ánimo, pues de otra manera su presencia y su conversación siempre resultarán odiosas y graves, también para aquellos que deberían alegrarse con su bien, y que no tienen base alguna para dolerse de él. Tal es, de hecho, el comportamiento de los hombres reflexivos, dueños de sí y bien nacidos.

¿Qué quiere decir esto sino que nuestro amor propio nos conduce inevitablemente, y sin que de ello nos demos cuenta, al odio hacia los demás? Es cierto que, en dicho caso, también en el hombre más bueno, es menester que ejerza un cierto esfuerzo y heroísmo sobre sí mismo, a fin de compartir el regocijo con los demás, del cual él no espera ni ventaja ni daño, o en lo posible no sentirse abrumado por él.

El hombre es más propenso – Esperanzas y temores

Otra prueba de que nosotros somos más inclinados al temor que a la esperanza es el ver que, en general, creemos más fácilmente en lo que tememos que en lo que deseamos, incluso es algo más verosímil. Y, puestos en este caso, ante dos personas, de las cuales una tema y la otra desee la misma cosa, aquélla cree y ésta no. Y si pasamos del temer

una cosa al desearla, ya no sabemos creer en aquello que antes no sabíamos no creer, como a mí mismo me ha sucedido más de una vez.

Y situados ante dos cosas, o contrarias o desaparejadas, una deseada y la otra temida, y que ambas tengan el mismo fundamento para ser creídas, nuestra creencia se basa en ésta y huye de aquélla. Examinando los fundamentos de algunas proposiciones que yo, en principio, temía que fueran verdaderas y que luego deseaba, las encontraba desde el principio muy consistentes y, por tanto, extremadamente insuficientes.

Para que el hombre se crea

El hombre aislado creería, por naturaleza y al menos de manera confusa, que el mundo está hecho sólo para él. Y, al mismo tiempo, cree que está hecho para toda su especie, en la medida en que la conoce bien, cuando vive en medio de ella, y razona fácil y sencillamente sobre los datos que la sociedad y los comunes saberes le ofrecen. Pero, no pudiendo a la vez vivir en la misma sociedad del resto de los seres, su razón se detiene, y, desprovisto de razones que pueden ser a muchos comunes, nunca llega a saber que el mundo está hecho para todos los seres que lo forman.

He visto a hombres que han vivido mucho tiempo en sociedad y que luego se han vuelto solitarios, y siempre se han comportado como egoístas, creyendo de buena fe que el mundo, poco más o menos, les pertenece a ellos por completo; creencia que deducían de sus propios comportamientos, así como de cuanto se decía implícitamente. Y no podían padecer o estar desprovistos de nada, sino apenas concebir cómo los hombres y las cosas no se prestasen siempre y enteramente a sus intereses.

Por ello, manifestaban su indignación de manera muy singular; a veces de manera increíble en personas habituadas a los hábitos civilizados, así como a los sacrificios de la sociedad, hacia cuyas situaciones mantienen también siempre una actitud no poco pretenciosa. Pero no se daban cuenta, actuando así, de exigir a los demás cualquier deuda, ni de exigir cuanto a ellos les conviniese, etc.

Pensamientos filosóficos aislados – Alegría – Manual de filosofía práctica – Memorias de mi vida

La acción viva y extraordinaria siempre es –o con frecuencia– motivo de alegría, con

tal de que no derrumbe el cuerpo.

Consolación – Arrepentimiento – Manual de filosofía práctica

El arrepentimiento –el cual, como he expresado en otros pensamientos, agrava casi la mitad del mal, cuando no podemos disimular que se ha causado por nuestra culpa– agrava también, en la misma proporción, el disgusto por la pérdida o falta de un bien; es más, muchas veces, sólo él causa este disgusto, que en ningún modo preveíamos si estuviésemos desprovistos del bien por nuestra culpa y si no hubiésemos tenido ocasión de adquirirlo, etc. Dicho sentimiento humano, que se prevé y se deja sentir en la misma ocasión, es el que nos impulsa, es más, nos fuerza a aprovecharnos de él, casi también contra nuestro deseo. Yo he procurado expresarlo por medio de cuanto dice Telesila³⁷.

Muchas veces, una ocasión perdida –aunque no haya sido por nuestra culpa– nos apesadumbra sumamente por la falta de un bien que, en el pasado, nada nos preocupaba. Entonces nuestro consuelo, y el común ejercicio de nuestras mentes, es procurar persuadirnos de que nosotros no tenemos culpa alguna de la pérdida de dicha ocasión, y que ella para nada nos podía servir, y debía necesariamente sernos inútil, como si casi no hubiese existido, etc.

Valor – Juventud – Ancianos – Vigor corporal

Incluso la fuerza pasajera del cuerpo –además de los síntomas que he hecho notar en otro lugar– vuelve a los seres más valientes de lo habitual y menos susceptibles ante el temor, incluso ante los peligros extraordinarios, etc. Por tanto, los jóvenes son más valientes que los ancianos, y desprecian la vida, aunque comportándose así tengan tanto que perder, etc., contra aquella observación muy común, que dice que la principal fuente de valor suele ser el tener poco que perder, etc.

Amor propio – Amor – Maquiavelismo social

No existe mejor manera de impresionar y de tener suerte con una joven soberbia y desdeñosa que despreciándola³⁸. ¿O es que alguien creería que el amor propio (ya que sólo del amor propio deriva el amor a los demás) puede producir ese efecto con el que,

cuando resulta ofensivo, se sentiría inclinación hacia quien ofende? ¿Quién no creería, por el contrario, que una mujer altanera y enamorada de sí misma debiera dominarse, interesarse, rendirse con los regalos, con los homenajes, etc.? Y, sin embargo, así es.

No sólo el regalo y el homenaje te llevarán siempre a despreciar, pero si despreciándola has logrado atraerla y despertar en ella una inclinación hacia ti, y entonces, o por amor, o por abandono, o por creer que ya has hecho bastante, etc., tú procuras cautivarla con los medios más naturales, y le muestras alguna pequeña señal de sumisión, de amor que se demuestre verdadero, etc., lo habrás perdido ya todo, e inmediatamente ella se disgustará contigo, y te despreciará. Es conveniente que sigas imperturbable, mostrándole indolencia hasta el final.

Ello es un sencillísimo síntoma de aquel múltiple amor propio, que produce los síntomas más desvariados y contrarios. En tal medida que, mientras casi todas las mujeres se envilecen con el desprecio (si bien algunas veces, y en ciertas circunstancias, se ofenden de ello), sobre todo aquellas en las que el amor propio es más vivo y tiránico; es decir, en las más soberbias y egoístas, etc. Ver al respecto las *Mémoires secrets* de Duclos³⁹, Lausana 1791, t. I, pp. 95 y 271-273, así como otro pensamiento en el que he hecho notar este síntoma al reflexionar sobre la gracia. Sin embargo, es cierto que esta modificación del amor propio no se encuentra entre las más naturales, aunque no se halle muy alejada de la naturaleza; y persigue un carácter un tanto alterado, aunque por lo demás muy común.

***Infancia – Niños – Ilusiones – Placer (Teoría del) – Ciencia e ignorancia –
Indecisión – Manual de filosofía práctica***

El ánimo humano está constituido de tal forma que siente una satisfacción mayor ante un pequeño placer –ante la idea de una sensación mínima, pero de la que no se conocen sus límites– que ante una grande, de la que se vea o sienta los confines. La esperanza de un bien pequeño es un placer absolutamente mayor que el poseer un bien grande, aunque se haya probado antes (porque si aún no se ha probado siempre se mantendrá dentro de la categoría de la esperanza).

La ciencia destruye los principales placeres de nuestro ánimo porque determina las cosas y nos muestra los confines de ellas; aunque en muchas de ellas se hayan materialmente engrandecido, de manera extremada, nuestras ideas. Digo materialmente,

y no espiritualmente, ya que por ejemplo la distancia entre el Sol y la Tierra era bastante mayor en la mente humana, cuando se pensaba que era de pocas millas –ni se sabía cuántas–, de lo que ahora se conoce con tanta precisión y milla a milla.

Así, la ciencia es enemiga de la grandeza de las ideas, aunque haya engrandecido desmesuradamente las opiniones comunes. Las ha engrandecido a través de ideas claras; pero una *pequeñísima idea confusa* siempre es mayor que una grandísima, de hecho es *clara*. La incerteza de que una cosa sea o no sea de una manera es también fuente de una grandeza que es destruida por la certeza de que la cosa realmente es. Y cuán mayor era la idea de los habitantes de los Antípodas, cuando Petrarca decía que *quizá* existían, cuando apenas se sabía que existían. Lo mismo digo de la ciencia, de la experiencia, etc., etc.

La mayor, es más, la única grandeza ante la cual el hombre puede contentarse es indeterminada como puede deducirse de mi teoría del placer. Pues la ignorancia –la cual en sí misma puede velar los límites de las cosas– es la fuente principal de las ideas indefinidas, etc. Pues es el mayor manantial de felicidad y, por ello, la infancia es la edad más feliz del hombre, más satisfecha de sí misma, menos sujeta al tedio. La experiencia muestra necesariamente los límites de muchas cosas, incluso cuando se da en el hombre natural e insociable.

Debilidad – Gracia – De la naturaleza – Teórica de las Artes. Parte especulativa

He reflexionado con frecuencia sobre el hecho de que lo bello proviene de la debilidad. Se trata de una belleza que nace de la pura inclinación y que, por tanto, no tiene nada que ver con la belleza ideal; es más, se halla fuera de la teoría de lo bello. De hecho, estamos ante algo absolutamente relativo, dejando aparte el resto de las infinitas situaciones ante las cuales la debilidad no conviene y disgusta; obsérvese que a los hombres les gusta la debilidad en las mujeres, porque es connatural a ellas.

Y a las mujeres en los hombres la fuerza y la apariencia de la misma. Y es de tan mal gusto la fuerza de las mujeres como la debilidad de los hombres. De no ser que a veces es favorable el contraste, y hasta resulta gracioso (porque precisamente es extraordinario y, por tanto, no conveniente), un no sé qué de masculino en las mujeres y de femenino en los hombres.

Educación. Enseñanza – Juventud – Inclinação del hombre – Memorias de mi vida

De cuánto el hombre sea invenciblemente inclinado a valorar a los demás partiendo de sí mismo es algo que también se puede observar en las personas más prácticas del mundo. Las cuales si, por ejemplo, son muy morales, en cuanto conozcan, sientan y vean, nunca se persuadirán en su interior de que la moralidad no exista y de que esté excluida de las causas determinantes del ánimo humano. Insistirá en decirlo, lo sostendrá, en cualquier acceso de misantropía llegará a creerlo, pero como se cree momentáneamente en una viva y conocida ilusión, y de ello no se persuadirá jamás en el fondo de su mente.

(Excluyo a los jóvenes, los cuales, siendo de ordinario virtuosos, jamás se convencen antes de haber experimentado que la virtud ni siquiera resulta algo raro.) Y viceversa así, etc., etc., etc. Como ejemplo de esto, mi padre.

Compasión – Interés por los demás – Esperanza – Memorias de mi vida

Quien ha perdido la esperanza de ser feliz no puede pensar en la felicidad de los demás, porque el hombre no puede buscarla sino a través del respeto por lo propio. No puede, por tanto, ni siquiera interesarse por la infelicidad de los demás.

Belleza, signo de bondad – Civilización. Falta de civismo – Compasión – Egoísmo – Fisonomía. Ojos – De la naturaleza – Memorias de mi vida

La belleza es naturalmente compañera de la virtud. El hombre que no posea una larga experiencia no se acostumbra a creer que un hermoso rostro pueda encubrir un alma malvada. Y tiene razón, porque la naturaleza ha establecido una correspondencia efectiva entre las formas exteriores e interiores, y si no hay correspondencia entre éstas es debido sobre todo a que se han alterado a causa de aquello que eran en origen.

También es cierto que las personas bellas son en su mayoría malas. Lo mismo digo de los demás beneficios naturales o adquiridos. Quien los posee no es bueno. Un hombre feo, desprovisto de méritos y beneficios, se encamina más fácilmente hacia la virtud. Los hombres sin talento son de ordinario más buenos que los que son ricos en él. Y todo esto lo tenemos por muy natural en la sociedad.

El hombre se muestra ensoberbecido con las ventajas que cree tener sobre los demás, y procura extraer de ello para sí todo el partido que puede. Si él es más fuerte, hace uso de su fuerza. El más débil se asegura y sigue el camino que más favorece y place a los demás a fin de cautivarlos. El fuerte no necesita de esto. He aquí el abuso de quien posee ventajas. Un abuso inevitable y cierto, por el que la sociedad apuesta. Lo mismo digo de los poderosos, etc., los cuales no pueden ser virtuosos.

A mí me parece que en las personas especiales no se encuentra una verdadera afabilidad, una verdadera y constante amabilidad y naturalidad en los comportamientos e intereses por los demás, etc.; no así en los feos, o en quienes tienen alguna carencia, o han nacido de baja condición y habituados a ello desde pequeños; aun cuando haya salido de ese estado, siempre será pobre o lo habrá sido, y lo mismo sucede con los desventurados.

Ahora pregunto yo: ¿son ventajas o no lo son la belleza, el ingenio, etc., etc.? ¿La virtud, un cierto buen orden, etc., son o no son deseados por la naturaleza? (Esto es cierto, en la medida en que el niño y el joven siempre tienden a ello.) ¿Qué extraña contradicción es pues esta que permite que, en la sociedad, las ventajas naturales y adquiridas sean casi absolutamente incompatibles con la bondad de las costumbres? ¿Por qué para encontrar ésta es necesario desear que este o aquel otro sea feo, tonto, etc.? Es más, ¿que la mayor parte de los hombres, y todos, de ser posible, fuesen de tal manera por el bien del mundo? (De hecho, los devotos suelen llamar favores y beneficios de Dios a estas y a otras desventajas.)

¿Qué quiere decir todo esto? Que el estado social se halla en contradicción con la naturaleza y consigo mismo, ya que él mismo no puede subsistir sin la virtud y la moral, el único enlace entre los hombres y la única y suficiente garantía del orden de la sociedad, etc. Y, a su vez, éstos del orden y de la sociedad, etc. Y no pueden estar sino del lado de cuanto es igualmente necesario al bien de la sociedad, es decir, de las ventajas y de bienes individuales.

Cuanto digo de los individuos lo afirmo también de las naciones. Es notorio cómo la justicia, etc., es contemplada por las naciones y los príncipes débiles o infelices, etc., y descuidada de hecho por los demás y por sí misma apenas alcanzan la felicidad y el poder, como acaeció en Roma.

Compasión

Es verdad que el hombre feliz no suele ser muy digno de compasión, pero el hombre notablemente infeliz –aunque haya nacido con una gran sensibilidad– apenas es merecedor de una compasión espontánea y sensible. Desarrolla esta verdad en cada una de sus partes y razones.

Delicadeza de las formas – Gracia – De la naturaleza – Teoría de las artes. Parte especulativa

De las sobredichas observaciones resulta otra gran prueba: la de cómo la idea de lo bello es relativa y mudable, y dependiente no de cualquier modelo invariable sino de las costumbres, las cuales cambian según las circunstancias. Hoy la idea de lo bello encierra en sí, casi esencialmente, una idea de delicadeza. Un fornido labriego o labriega no les parecen en verdad bellos a las personas de la ciudad. De hecho, nuestra idea de la belleza excluye al rústico. Donde quiera que se encuentre (si ello no es en la medida en que, mediante lo extraordinario, e incluso lo inconveniente, suscite la gracia), no se encuentra lo bello para nosotros, al menos lo bello perfecto.

Ahora bien, es cierto que los hombres primitivos pensaban el asunto de otra manera, porque todos los hombres primitivos eran rústicos. Entonces no existían aquellas formas que nosotros llamamos bellas (esto se puede apreciar entre los salvajes, los cuales no sienten la belleza menos que nosotros y aunque no sientan la nuestra): y si hubiese existido, habría sido reconocida y definida como fea. La delicadeza, pues, no entra dentro de la idea que el hombre *natural* posee de lo bello. Por tanto, la idea actual de lo bello no es en nada natural, sino lo opuesto. Y aun así, nos parece naturalísima, al confundir lo natural con lo espontáneo, ya que ella es espontánea porque deriva sin influencia alguna de la voluntad de las costumbres, etc.

Es probable que, allá donde hoy el fundamento o la condición universal de lo bello es la delicadeza, para los primitivos lo fuese lo que nosotros llamamos rusticidad; porque nuestro estado, y por tanto nuestras costumbres e ideas, se hallan en este punto diametralmente opuestas a las primitivas y naturales (y a las salvajes). Pero si también la belleza podía ser incluida, o como extraordinaria y por tanto graciosa, o en cualquier otro modo, en la primitiva idea de lo bello, se trataba de una delicadeza muy diversa de la que hoy se considera indispensable para valorar la belleza. Se trataba de una delicadeza

bastante disminuida, y tal que a nosotros nos parecería no muy alejada de lo rústico, e incluso de lo grosero.

Por el contrario, en la misma medida, la presente delicadeza les habría parecido a los primitivos excesiva, inconveniente y fea. En suma, la *idea* de la delicadeza podía *quizá* formar parte de lo bello primitivamente concebido (especialmente en lo que se refiere al hombre respecto a la mujer, de la cual es algo propio por naturaleza y por tanto conveniente, la delicadeza, pero sólo en el caso de que sea respetuosa, proporcionada y teniendo en cuenta su naturaleza diferente del hombre, etc.), pero sólo en dicho modo.

Y así, cualquier tipo de belleza es relativo. Y diferencias proporcionadas se encuentran entre lo bello *antiguo* y el que es moderno, entre lo bello para una nación y para otra; para un clima, para un siglo o para otros; entre lo bello en los italianos y en los franceses, etc., etc.⁴⁰

***Civilización. Falta de civismo – Egoísmo – Juventud – Sensibilidad. Sentimiento –
Hombres sensibles – Memorias de mi vida***

Parece absurdo, pero es verdad, que el hombre quizá es el ser más sujeto a caer en la indiferencia y en la insensibilidad (y, por tanto, en la maldad derivada de la frialdad del carácter), cuando se trata de un hombre sensible, lleno de entusiasmo y de actividad interior, y todo ello proporcionado con su sensibilidad, etc. Máxime si él es desventurado y vive en estos tiempos en los que la vida exterior no suele corresponder, no proporciona alimento ni razón alguna a la interior, donde la virtud y el heroísmo se hallan apagados, donde el hombre con sentimientos, imaginación y entusiasmo, enseguida se desengaña.

La vida pública de los antiguos era tanta que, al envolver los grandes espíritus en su torbellino, llegaba más bien a sumergirlos que a agotarlos. Hoy un hombre como el que he dicho, a causa de su extraordinaria sensibilidad, agota la vida en un momento. Llegado a tal extremo, él permanece vacío, profunda y permanentemente desengañado, porque, también profunda y vivamente, lo ha probado todo. No se ha detenido en la superficie, no se va hundiendo poco a poco, sino que ha ido enseguida al fondo, lo ha abrazado todo, y todo lo ha rechazado súbitamente como algo efectivamente indigno y frívolo. No le queda otra cosa que ver, que experimentar, que esperar.

Ésta es, por tanto, la causa de que se vean a los espíritus mediocres, y a algunos sensibles y vivos hasta cierto punto, perdurar largo tiempo, e incluso siempre, en su

sensibilidad y susceptibilidad en el afecto, capaces de cuidados y de sacrificios hacia los demás, no contentos del mundo sino esperando estarlo, dispuestos a abrirse a la idea de la virtud, a creerla todavía algo necesario, etc. (Ellos no han perdido aún la esperanza de la felicidad.)

Y es en ese punto cuando los grandes espíritus a que me he referido caen ya desde la juventud en una indiferencia, languidez, frialdad, insensibilidad mortal e irremediable, las cuales producen un egoísmo indolente, una suma incapacidad de amar, etc. La sensibilidad y el ardor del ánimo están hechos de tal manera que no encuentran alimento ni en las cosas circunstanciales; se consume a sí mismo y se destruye y pierde, en poco tiempo, dejando al hombre tan por debajo de la ordinaria magnanimidad, cuanto antes los había situado por encima. Y en el punto en el que la mediocre sensibilidad se mantiene, porque necesita de poco alimento. Ésta es la causa por la que las *grandes* virtudes están hechas para nuestros tiempos.

Valor – Desesperación – Resignación – Demasiado (Lo) es padre de la nada – Teórica de las artes. Parte práctica

He dicho en otro lugar que el exceso conduce a la nada, y he recordado las pasiones excesivas y las desventuras extremadas, así como el peligro presente e inevitable que proporciona fuerza y tranquilidad de ánimo incluso al más vil, una desgracia segura de la que no se puede escapar, etc., que ya no conduce a la agitación sino a la inmovilidad, a la estupidez, a una especie de resignación no razonada; de manera que la apariencia del hombre en tales casos es con frecuencia y de hecho similar a la del indiferente.

Un buen pintor no lo distinguiría del hombre más descuidado, etc., excepto por un aire de meditación estúpida, y por una fijación de los ojos en cualquier parte. Añado ahora que esto no se debe solamente restringir al acto, sino también al hábito de la indiferencia, de la resignación a la suerte o insensibilidad, etc., que es producto de la extrema infelicidad y de la habitual desesperación, etc.

Formación moral – Envidia – Odio hacia nuestros semejantes

El ver que los demás muestran en nuestra presencia un ánimo vivo siempre es algo grave, pues nos transforma en odiosa a la persona. Es por ello muestra de prudencia y de

buena educación el no mostrar, en presencia de los demás, que se siente un placer, o el mostrarse con una desenvoltura que demuestre que no se tiene cuidado de ello, etc. De la misma manera, me refiero a una ventaja.

Véase al respecto un pensamiento mío sobre el hecho de hacer caricias a las mujeres en presencia de los demás, así como de la costumbre de los ingleses, que he hecho notar a propósito de esto. Algo que también es desagradabilísimo entre nosotros y que me he sentido en la obligación de tener que condenar como insoportable en el caso de dos esposos que se hacían grandes caricias en presencia de los demás.

En la misma medida, es verdad que el hombre odia naturalmente al hombre. A excepción de aquel placer al que he aludido y que ha sido concedido a aquella persona por nosotros mismos de una manera voluntaria; en cuyo caso ello redundaría, en cierto modo, sobre nosotros, sirviendo a nuestra ambición, etc.; en suma, participando de él.

Esto se prueba, sobre todo, con los semejantes y con los superiores (menos con los inferiores y los niños, etc.); pero sobre todo con los semejantes, así como con los amigos y conocidos íntimos más que con ningún otro; ya que con éstos se practica principalmente la envidia, y se siente de una manera muy viva nuestra inferioridad, de cualquier tipo que sea.

Los seres superiores son objeto de un odio más general, que se extiende completamente a su persona, a sus condiciones, etc., y se abaja menos, o es menos sensible, a las cosas particulares; tanto que no se puede entrar con ellos en la competencia de los deseos, etc. De igual manera, en cuanto se refiere a los inferiores, es necesario que sus ventajas y placeres se den en un alto grado (en cuyo caso, el odio es mayor hacia ellos que hacia cualquier otro), porque llegan a herir nuestro amor propio y nuestros celos, etc. No es menos cierto que, con ello, siempre se padece algún disgusto.

Dolor – De la naturaleza

Los dolores en los hombres naturales son muy vivos, como se puede apreciar por los actos y las acciones que ellos inspiran e inspiraban a los antiguos. No menos se aprecia y se admira en los campesinos una extremada dificultad (no sólo la de conservar por largo tiempo el dolor, pues naturalmente ésta es una de las pasiones más vehementes), también en el valorarlo y en el sentirlo de manera muy viva, y librándose con ello de su habitual insensibilidad. Preparan los funerales de sus mujeres e hijos, los acompañan a la iglesia,

asisten a su sepultura, ríen levemente después y de ello hablan con indiferencia, raramente derraman alguna lágrima, aunque a veces el dolor les oprima y aunque así suceda también en personas que se hallan poco alejadas de la naturaleza.

Esto no sucede sólo entre los campesinos, sino entre aquellos que pertenecen a las clases indigentes o trabajadoras, etc., los cuales muestran los mismos síntomas. Ello demuestra la misericordia de la naturaleza, y prueba que ésta ha entregado a los hombres naturales vivísimos, frecuentes y cómodos placeres; pero, por más que los haya consecuentemente sometido a la vehemencia extraordinaria del dolor, no por ello –como parecería que debiera ser– no los ha sometido a la frecuencia de un dolor moderado; algo que se comprueba, frecuentemente, en el caso de los hombres civilizados.

En parte, debido a la rudeza de su corazón y al nulo desarrollo (o más bien a la análoga modificación) de aquellas causas desencadenantes del dolor, la sensibilidad, etc.; en parte, por la continua y viva distracción que en el hombre natural causan las necesidades, las fatigas, la costumbre y ciertos padecimientos, etc., los preserva de la facilidad y los amansa del dolerse ante las desgracias de la vida, pues los torna más dispuestos a gozar que a sufrir, a olvidar el mal con facilidad o a ser incapaces de sentirlo profundamente, a no ser en ocasiones raras, etc.

También los hombres civilizados –habitual o extraordinariamente ocupadísimos– se encuentran en la misma situación. E igualmente los hombres habituados a las desgracias, etc., etc.

Amor patrio – Amor propio – Egoísmo – Envidia – Odio hacia nuestros semejantes – Extranjeros – Memorias de mi vida

Quien desespera de sí mismo o, por alguna otra razón, se ama a sí mismo con menos fuerza, o es menos envidioso, odia menos a sus semejantes, etc.; en este sentido, es más susceptible de sentir la amistad, o al menos se halla en menor contradicción con ella. Quien se ama menos, menos puede amar.

Aplicad esta observación a las naciones, a los diversos tipos de amor patrio, siempre proporcionales a los variados grados de odio nacional; a la necesidad de convertir al hombre egoísta de una patria, para que él pueda amar a sus semejantes en razón de sí mismo y teniendo presente, como dicen los teólogos, que el hombre debe amarse a sí mismo y a sus semejantes a través de Dios, y por el amor de Dios.

***Amistad – Egoísmo – Juventud – Envidia – Odio hacia nuestros semejantes – Vejez –
Memorias de mi vida***

El odio del hombre hacia el hombre se manifiesta principalmente, y se confirma que esto acaece incluso en las personas de una misma profesión, entre las cuales, si bien se valora en abstracto la perfecta amistad, es imposible y contradictoria para la naturaleza humana; aunque también la posible amistad es extremadamente difícil, rara e inconstante, etc.

Schiller, hombre de grandes sentimientos, era enemigo de Goethe (ya que no sólo entre tales personas no existe amistad, o ésta es menor, sino porque a veces se da más odio que entre personas situadas en otras circunstancias), etc., etc., etc. Las mujeres disfrutaban con el mal de las mujeres, incluso de las que son amiguísimas. Los jóvenes, con el mal de los jóvenes, etc. (Ver *Corinne*, t. 3, pp. 365 y ss., libro 20, cap. 4.)

No sólo en una misma profesión sino incluso en una misma edad, la amistad es menor y el odio es mayor. Excepto ante la exaltación de las ilusiones, la cual favorece bastante la amistad entre los jóvenes, es cierto; sobre todo hoy, cuando las grandes y bellas ilusiones ya no se dan, puesto que la amistad es más fácil entre un anciano o un maduro y un joven que entre un joven y un joven; entre dos viejos que entre dos jóvenes; porque hoy, desaparecidas las ilusiones, y no dándose ya la virtud en los jóvenes, los ancianos tienden más a amarse menos, a estar cansados del egoísmo, por desengañados del mundo, y por tanto de amar a los demás.

Por ello, es cierto que la virtud, como nos dice Cicerón (*De Amicitia*), es el fundamento de la amistad; no puede haber amistad sin virtud, porque la virtud no es sino lo contrario del egoísmo, el principal obstáculo de la amistad, etc.

Valor – Vigor corporal – Vino – Memorias de mi vida

El vigor, ya sea constante o efímero, produce en el hombre un gran aprecio de sí mismo; lo vuelve en su imaginación superior a las cosas, a los demás hombres, a la misma naturaleza; le hace desafiar al poder de las desgracias, de las persecuciones, los peligros y las injusticias, etc.; lo llena de valor, etc. En suma, el hombre vigoroso se siente y considera como patrón del mundo y de sí mismo, y verdaderamente hombre.

Tedio – Memorias de mi vida

El tedio es la más estéril de las pasiones humanas. Como es hijo de la nulidad, resulta que es madre de la nada; ya que no sólo es estéril en sí mismo sino que torna estéril todo aquello con lo que se mezcla o a lo que se aproxima.

Ilusiones – Opiniones (Diversidad de las) – Razón

Fuerza de la naturaleza, y debilidad de la razón. He escrito en otra ocasión que la opinión para influir vivamente sobre el hombre debe tener el aspecto de una pasión. Mientras el hombre conserva algo de natural, él se muestra más apasionado de las opiniones que de sus pasiones. Se podrían aducir como prueba infinitos ejemplos y consideraciones al respecto. Pero así como todas las opiniones, que no son o no tienen el aspecto de prejuicios, no están sostenidas sino por la pura razón, por eso mismo son normalmente debilísimas en el hombre.

Los religiosos (también hoy, y quizá más que nunca a *causa de la contrariedad que encuentran*) se sienten más apasionados de su religión que de otras de sus pasiones (de las que la religión es enemiga); odian sinceramente a los que no son religiosos (aunque lo disimulen) y por ver triunfar su credo harían cualquier sacrificio (como lo hacen realmente al sacrificar las inclinaciones naturales y opuestas), mientras sienten muy verdadera rabia al verlo deprimido y en litigio.

Pero quienes no son religiosos –cuando la falta de religión deriva en ellos en una fría persuasión o en la duda– no odian a los religiosos, ni harían sacrificio alguno ante la ausencia de religión, etc. etc. Por tanto, sucede que los odios por causa de opinión nunca son recíprocos, sino cuando en ambas partes la opinión es un prejuicio, o lo parece. No existe, pues, contienda entre el prejuicio y la razón, sino sólo entre prejuicios y prejuicios; o sólo el prejuicio es capaz de contender, no ya la razón.

Las guerras, las enemistades, los odios entre opiniones, tan frecuentes en los tiempos antiguos e incluso hasta en estos últimos días, las guerras, sean públicas o privadas entre partidos, las sectas, escuelas, órdenes, naciones, individuos; guerras por las cuales el hombre de la Antigüedad era naturalmente un decidido enemigo de aquel que tenía una opinión diversa; pero que no se llevaban a cabo sino era porque, ante dichas opiniones,

jamás tomaba parte la pura razón; todos eran prejuicios, o así lo parecían, y por tanto se trataba de pasiones.

Pobre, pues, de la filosofía, de la cual tanto se habla y de la cual tanto se espera hoy día. Puede estar segura de que nadie combatirá por ella, aunque sus enemigos la combatirán cada vez con más fuerza; y tanto menos influirá ella en el mundo, y en el destino, cuanto mayores sean sus progresos; es decir, cuanto más se depurará y se alejará de la naturaleza, del prejuicio y de las pasiones. No esperéis pues jamás nada de la filosofía, ni del raciocinio de este siglo.

Amor – Juventud – Gracia – Maquiavelismo social

Un hombre famoso por sus disipaciones, por su libertinaje y por su galantería, e infiel en el amor, causa incluso con este tipo de fama una gran impresión en las mujeres; pero quizá sólo en las mujeres modestas y tímidas, habituadas a ser más fieles que las demás.

La franqueza, el brío, el descaro, tienen siempre más suerte en el amor, y son indiferentemente algo necesario y dichoso con todo tipo de mujeres, porque es casi el único medio útil. Pero considerada simplemente como un medio de placer y de causar impresión en las primeras, es cierto que él es más influyente sobre las mujeres modestas, discretas, temerosas, poco dadas a las intrigas, que en las contrarias.

Y viceversa, el hombre serio y altivo, o el modesto y afable, sin pretensiones y sin osadías; el hombre que no se entrega a la mujer, o porque no sepa o porque no sea audaz, o porque no quiera; el hombre apartado, etc., causa mayor impresión en las mujeres disipadas, francas, habituadas a las galanterías, con frecuencia cortejadas, etc., que en aquellas de carácter similar al suyo. Es más, a éstas les disgusta a primera vista, o produce pronto aburrimiento; y viceversa en aquéllas.

También los hombres apocados, tímidos, etc., en suma, con defectos en el trato y en la conversación por falta de desenvoltura o de experiencia, incluso con un cierto aire de inexperiencia, de simplicidad, de inocencia, *de naturaleza* (lo contrario de la pillería), son capaces de disgustar completamente a las mujeres que se les asemejan, así como de refrenar el gusto por una mujer excesivamente desenvuelta, experimentada, astuta y libre en el trato, en el obrar y en cualquier tipo de hábito o costumbre; y de parecerles graciosos, etc.

Pensamientos filosóficos aislados – Consuelo – Obstinación – Memorias de mi vida

Los espíritus mediocres son siempre fáciles de persuadir en el creer o en el hacer, y en cualquier modo inferiores al hombre de talento, o al astuto, o a quien, por cualquier otra circunstancia, posee, o sabe actuar, sobre ellos con cierto ascendente. La obstinación es propia de los espíritus pequeños y grandes, o de los más o menos inferiores o superiores a la mediocridad, pero de aquéllos más que de éstos. Lo mismo digo en lo que se refiere a la susceptibilidad de ser consolados. En este caso, los espíritus grandes son menos susceptibles que los pequeños, porque la verdad, que ellos comprenden muy bien, jamás es causa de consuelo y porque el que consuela no puede fácilmente engañar, que es el único modo de consolar.

El hombre se habitúa a todo – Antiguos – Juventud – Pasividad – Inclinationes del hombre – Tedio – Manual de filosofía práctica – Memorias de mi vida

El hombre, que a todo se habitúa, jamás se acostumbra a la inactividad. El tiempo, que todo lo aligera, debilita y destruye, nunca debilita el disgusto y la *fatiga* que el hombre siente hacia el no hacer nada. Mientras tanto, la costumbre puede influir sobre la falta de acción, en cuanto puede trasladar dicha acción de lo externo a lo interior; y el hombre forzado a no moverse, o en cualquier modo a no obrar hacia fuera, adquiere poco a poco la costumbre de obrar interiormente, de hacerse compañía a sí mismo, de pensar, de imaginar, de entretenerse en suma animadamente con su propio y solo pensamiento (como hacen los niños, como se habitúan a hacer los encarcelados, etc.).

Pero el puro tedio, la pura nada, ni el tiempo, ni fuerza posible alguna (a no ser la que entorpece, o apaga, o suspende las facultades humanas, como son el sueño, el opio, el letargo, o una total postración de las fuerzas, etc.), no basta para hacerlo menos intolerable. Cada momento de pura inacción es tan grave para el hombre después de diez años de costumbres como la primera vez. La nada, el no hacer, el no vivir, la muerte, son las únicas situaciones ante las que el hombre se siente incapaz y a las cuales no puede habituarse.

Tan cierto es esto que el hombre, el ser vivo y todo cuanto existe ha nacido para hacer, y para hacer de una manera tan viva como él es capaz; lo cual quiere decir que el hombre ha nacido para la acción externa bastante más viva que la interior. Hasta tal

punto que la interior daña al cuerpo cuando es mayor y más asidua, y a la inversa con la externa⁴¹.

En cuanto se refiere a la acción interior de la imaginación⁴², ésta estimula y exige impacientemente a la externa, y reduce al hombre a un estado violento, en el caso de verse impedida. Y de hecho ella es la que anhelaban los jóvenes, los primitivos, los antiguos; y a ellos no se les podía impedir sin someter su naturaleza a un estado violento. Y no sucede de otra manera, porque el hombre y los seres vivos siempre tienden naturalmente a la vida y a aquello que a la vida más le conviene.

Irresolución – Reflexión. Irreflexión – Hombres reflexivos – Manual de filosofía práctica – Memorias de mi vida

El hombre reflexivo siente, con mucha frecuencia, que está condicionado por un hombre irreflexivo, o por la naturaleza, o por la costumbre, o por circunstancias imperiosas, etc. Él tiene más necesidad de consejo que cualquier otro; no porque no sepa bastante acerca de sí mismo, sino porque ve demasiado, de lo que se deduce una falta de resolución habitual y muy penosa.

Inclinación del hombre – Placer (Teoría del) – Manual de filosofía práctica

El hacer gala de un acto de fuerza, o el servirse del vigor pasiva o activamente (como andar velozmente por un camino, o hacer movimientos fuertes y enérgicos, etc.), siempre que esto no supere las fuerzas del individuo, es agradable en sí mismo, aunque sea algo incómodo (como exponerse a un gran frío, etc.); o aunque se haga sin espectadores y prescindiendo igualmente de la ambición y de la interna satisfacción y complacencia de uno mismo, que con dichas prácticas se prueban. No sólo el llevar a cabo tales actos, sino también el contemplarlos, el ser espectador de actividades enérgicas, rápidas, de movimientos vivos, fuertes, de difíciles acciones, etc., etc., place, porque pone al alma en una cierta situación de acción, y le comunica cierta actividad interior, la *desborda*, etc., la ejercita en la distancia, etc., y con ello parece que se vuelva más fuerte y práctica, etc.

He dicho que cada sensación de vigor corporal es agradable. También sucede así con el alma (al ser agradable cada elevación del espíritu, causada por la lectura, por los

espectáculos, por las oraciones, por la meditación, por las sensaciones externas de todo tipo, etc.); también sucede lo mismo con cada acto de fortaleza espiritual, como las resoluciones virtuosas y enérgicas, los sacrificios, las resignaciones, etc., etc.

En suma, el ser vivo tiende esencialmente a la vida. La vida es para él placentera, y por tanto cuanto en ella esté vivo, y aunque se presente bajo el aspecto de la muerte. La felicidad del hombre consiste en la vivacidad de las sensaciones y de la vida, por ello él ama la vida. Y esta vivacidad jamás es tan grande como cuando es corporal. El estado natural provee en manera óptima a esta inclinación *elemental y general* del hombre.

Deberes morales

He dicho en otro lugar que la naturaleza parece que le haya confiado a cada individuo la conservación y el cuidado del orden, de la razón, de la justicia, de la existencia, etc.; por ello es competencia de los demás individuos y de las otras cosas existentes; en suma, de la conservación de toda la naturaleza y de todas sus leyes, incluso en el caso donde y cuando no sean de nuestra competencia porque son responsabilidad de cada individuo. De esto nace la ira que sentimos cuando tenemos noticia de un delito, por ejemplo, del homicidio de una persona que a nosotros nos resultaba desconocida, y con la que no teníamos la más mínima relación o parte, etc., y aunque incluso el homicida se encuentre en el mismo caso.

Nosotros –tanto más cuanto nuestra imaginación es más viva, y nuestro sentimiento más cálido, y cuanto menos estamos corrompidos o desnaturalizados por la fría razón– probamos en seguida un vivo sentido de odio hacia el delincuente, un deseo de venganza; casi como si la ofensa se nos hubiese hecho a nosotros, y sintiéramos un vivo placer si pensáramos que había caído en manos de la justicia, y disgusto si él hubiese huido. Máxime cuando la descripción del delito, por cualquier circunstancia, nos resulta algo vivo, etc., y mucho más si el delito acaece en nuestra presencia, etc. Un exceso de energía sitúa también al hombre ante un deseo de vengarse del delito por su cuenta, aunque a él no le afecte ni le interese en la más mínima parte.

De ello proviene que el pueblo, al extenderse la noticia de cualquier notable delito, siempre se halla decididamente contento de la captura del reo, la desea, la aplaude, y, estando en esta situación, reflexiona sobre su condena como si se tratase de una satisfacción o de un placer que él mismo espera o desea, denuncia la lentitud de los

juicios, y, si el reo es absoluto, se duele de ello como si se tratase de una ofensa que le han causado a sí mismo. Si es condenado, disfruta con ello, hasta que a la ira por la culpa no sigue la compasión por la pena.

Por lo demás, en estas situaciones, no interviene la compasión como un factor esencial hacia la víctima del delito; es más, ella es con frecuencia, y por varias circunstancias, o ligera o nula, y al margen de la proporción con las otras situaciones arriba señaladas; y se dan también los delitos que no causan ninguna víctima en particular, pero que ofenden igualmente al público.

Todos estos sentimientos, aunque parecen puramente naturales, innatos y elementales, luego no se derivan verdaderamente sino de las costumbres. Al menos, hasta un cierto punto, ya que, como he dicho en otras ocasiones, creo que el animal no sanguinario odia *naturalmente* al animal carnívoro, viéndolo agarrar, matar y devorar a su presa, por más que él no peque en verdad contra ley alguna de *su* naturaleza, sino contra aquella que la naturaleza ha prescrito para los animales no carnívoros. Así, el juicio del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, no es sino relativo, y sin tipo alguno o razón *precedente*, etc., etc., etc.

Costumbre – Inclinationes del hombre – Memoria – De la naturaleza

Quien quiera apreciar cómo las facultades humanas son todas adquiridas –así como la diferencia que existe entre lo adquirido y lo que es natural o innato– observe que las facultades de las cuales el hombre es capaz son bastante mayores en el hombre maduro (y civilizado, etc.) que en el niño; si bien en éste tampoco faltan y con él crecen juntamente cuando llega a ser hombre; mientras que las inclinaciones que son ingénitas, y diversas de las facultades naturales –generalmente hablando y como aquí y allá he demostrado, de esta o de aquella manera, y como se puede decir de todas (con tal de que ellas también sean naturales y no adquiridas)–, son tan grandes, vivas, notables, numerosas, etc., cuanto el hombre se halla más cercano al estado natural; es decir, cuando es o niño, o primitivo, o salvaje, o ignorante, etc.

Y por más que las facultades humanas aumenten con la edad del individuo y de los pueblos, o del mundo –no obstante siendo ellas dos géneros de disposiciones sobre dichas facultades, otras adquiridas, otras naturales e ingénitas, o en todos o en cada uno–, aumentan del mismo modo que las facultades, porque son cualidades naturales,

bastante mayores en el hombre natural, y máximas en el niño, que no en el hombre civilizado o en el adulto, como cada día se observa en los niños que son capaces de habituarse, de aprender, etc.; comportamiento que los hombres mayores no pueden, si es que de niños no han comenzado a tenerlo. En suma, todo aquello que es natural es tanto más fuerte y notable cuanto el sujeto está menos cultivado, etc., que todo aquello que es cultivado y más fuerte, y no es natural, etc., etc.

***Compasión – Desesperación – Juventud – Resignación – Sensibilidad. Sentimiento –
Hombres sensibles – Memorias de mi vida***

He dicho que el hombre de gran sentimiento está destinado a volverse insensible más pronto y con más fuerza que los demás, sobre todo de aquellos que poseen una sensibilidad mediocre. Esta verdad se debe extender y aplicar a todas las partes, géneros, etc., en los cuales el sentimiento se escinde o se ejercita, como en la compasión, etc., etc. Si bien es muy cierto que el hombre sentimental está destinado a la infelicidad; no obstante, puede suceder, con bastante frecuencia, que él en su juventud se haga insensible al dolor y a la desventura, y que sea menos susceptible al vivo dolor después de haber pasado un cierto tiempo, y una cierta experiencia, cuanto más violento y terrible fue su dolor y su desesperación en los primeros años y en las primeras pruebas por las que pasó en su vida.

Él llega con bastante frecuencia pronto a un punto donde cualquier infelicidad máxima ya no es capaz de perturbarlo con fuerza, y, con la excesiva susceptibilidad de ser alterado excesivamente, pasa rápidamente a la situación contraria, es decir, a la quietud y a la resignación constantes y a una desesperación tan poco sensible que cualquier nuevo mal le resulta indiferente. (Ésta se puede decir que es la última etapa del sentimiento, y aquella en la que la gran disposición natural a la imaginación, a la sensibilidad, se convierte casi completamente en inútil; y el más grande poeta, o el más dotado de elocuencia que se pueda imaginar, pierde completa e irrecuperablemente esta cualidad, y se vuelve incapaz de poder experimentarla más o de mostrarse activo ante cualquier circunstancia.

El sentimiento es siempre más vivo hasta este momento, incluso en medio de la mayor desesperación y ante el más fuerte sentido de nulidad de las cosas. Pero después de esta época, las cosas se convierten en tan nulas para el hombre sensible que él ni siquiera

siente ya la nulidad: entonces, el sentimiento y la imaginación acaban muertos, y sin recursos.) Ninguna cosa violenta es perdurable. Mientras que los hombres de sensibilidad mediocre permanecen más o menos susceptibles de poseer una infelicidad viva durante toda la vida, y siempre capaces de nuevas congojas, igual cuando son viejos que cuando son jóvenes, como cada día vemos en los hombres comunes.

Amor propio – Placer (Teoría del)

No sólo el egoísmo o el amor propio se encuentran en cualquier acción o afecto posibles en el hombre, aun cuando parezca lo más alejado y contrario al amor hacia sí mismo; pero en estos mismos actos y afectos, etc., el amor propio, que en ellos tiene tanta parte, se encuentra en grado, medida y fuerza tal que el hombre o el ser vivo presta tanta atención a sí mismo como a la acción o al afecto que deriva del más sublime, del más puro, infame y manifiesto egoísmo.

Esto es algo notable. No sólo el hombre o el ser vivo no pueden perder el amor propio sino tan siquiera perderlo en una mínima parte de su vida (por cuanto los muy diversos aspectos que adquiere esta pasión pueden hacer pensar lo contrario). El amor propio no puede no ya desaparecer, sino nunca menguar en grado mínimo.

De él se puede decir lo mismo que de la materia, que contiene, ni más ni menos, lo que hoy tiene y tendrá mañana, y así es desde el principio del mundo, y su cantidad jamás se acrecienta ni en nada mengua. Igualmente, también el amor propio, como no puede disminuir, de la misma manera nunca puede aumentar en ningún individuo desde el principio de la vida hasta su fin. (Otra observación y prueba análogas que demuestran que el amor propio es infinito.)

Y, en consecuencia, se halla presente dicho amor en cada uno de los momentos de la vida, y en cada uno de los demás; tanto en el hombre que traiciona sus deberes y principios más sagrados a fin de procurarse un pequeño placer como en aquel que, en la actualidad, lleva a cabo el más heroico y terrible sacrificio, a fin de cumplir con el más mínimo deber, o en el que se quita la vida por sí mismo.

La materia del amor propio es, además y precisamente, la misma en cada uno de los seres vivos, sea cual sea su especie; *porque ella es infinita y, por tanto, no puede ser mayor ni menor en individuo alguno, no sólo en lo que a sí mismo respecta, sino también en comparación con cualquier otro individuo posible.*

Y por eso demuestra en cambio que dicha materia es *absolutamente infinita, y por sí misma*.

Sumo egoísmo del temor – Temor

El temor es una pasión que, de inmediato, consideramos como hija del amor propio y del propio instinto de conservación, y por tanto inseparable del hombre; pero sobre todo es algo manifiesto y evidente en el hombre primitivo, en el niño, en aquellos que más conservan el estado natural; una pasión estrechamente común al hombre y a cada especie animal, y característica general de los vivos. Ella es la más egoísta de las pasiones del mundo. En el temor, el hombre, se aísla a la perfección, se separa de sus seres más queridos, aunque sufra poquísimo (es más, casi se ve impulsado por una necesidad natural), cuando tiene que sacrificarlos para salvarse, etc., etc.

No sólo de las personas (o de todo cuanto, en cualquier modo, afecta a los demás), sino de las cosas más suyas, más valiosas y necesarias, el hombre se separa cuando teme; como el navegante que arroja al mar el fruto de sus más dilatadas angustias, e incluso su propia vida y sus medios de subsistencia.

De ello se puede deducir que el temor es la perfección y la más pura quintaesencia del egoísmo, porque no sólo reduce al hombre a cuidar, en paridad, de sus propios asuntos, sino a separarse también de éstos para no preocuparse sino es del puro y desnudo sí mismo; o sea, la desnudísima existencia de sí misma apartada de cualquier otra posible existencia. Hasta las partes de sí mismo sacrifica el hombre ante el temor por salvar su vida; a la cual, y a aquello que le resulta absolutamente necesario en cualquier instante, se reduce y somete el cuidado y la pasión del hombre ante el temor.

Se puede afirmar que el sí mismo se torna entonces lo más pequeño y reducido que existe, a fin de conservarse, y consiente en arrojar todo aquello que en él no le resulta necesario a fin de salvar la parte que tan inseparable es de su ser, que lo conforma y en el que muy necesaria y sustancialmente consiste.

Desesperación – Placer de la desesperación – Memorias de mi vida

*Moriemur inultae, Sed moriamur, ait. Sic sic iuvat ire sub umbras*⁴³. (Dido, en la *Eneida* de Virgilio, 4, p. 659 y ss.)

Quiere aquí Virgilio expresar (con fino y profundo sentimiento, propio y digno de un hombre conocedor de los corazones, y experto en pasiones y desventuras como él) aquel tipo de placer que el ánimo siente al considerar (y al representarse no sólo viva sino minuciosa, íntima y plenamente) su desgracia, sus males; incluso en el exagerarlos ante sí mismo se aprecia (que se puede, ciertamente lo logra), en el reconocer, o en el figurarse, pero con seguridad en persuadirse y procurarse con todo tipo de esfuerzo y convencerse firmemente que ellos son excesivos, sin fin, sin límites, sin remedio, ni impedimento, ni compensación, ni consuelo posible, sin circunstancia alguna que lo alivie; en suma, en el ver y sentir vivamente que su desventura es precisamente inmensa y perfecta, y cuánta puede serlo para todas las partes, al mismo tiempo que está obstruido y bien cerrado cada acceso o a la esperanza o a cualquier consuelo. De tal manera que el hombre se queda a solas con su completa desventura.

Estos sentimientos se sienten durante los ataques de desesperación, en el gustar el consuelo pasajero del llanto (con lo que el hombre extrae placer del imaginarse lo más feliz que puede), a veces incluso ante el primer momento, o sentimiento, o fabulación, de su mal, etc.

Pena – Memorias de mi vida

Cada hombre sensible prueba un sentimiento de dolor, o una conmoción, o un sentimiento de melancolía, al fijar su pensamiento en algo que, para siempre, ya se ha acabado, sobre todo si ese algo le ha pertenecido durante algún tiempo, o le ha sido familiar; me refiero a cualquier cosa destinada a extinguirse, como la vida, o la compañía de una persona que para él ha resultado ser la más indiferente (e incluso molesta u odiosa), como la misma juventud, una costumbre, un método de vida, etc.

Salvo que este algo o cosa que para siempre se ha acabado no sea un dolor, una desventura, un esfuerzo, etc.; o si, por el hecho de haberse acabado, no sea lo mismo que haber logrado su propio fin, haber llegado a donde, por su fin, codiciaba, etc. Incluso también en el caso de que a ello estemos habituados, o lo hayamos probado, etc. Solamente del tedio no podemos dolernos nunca de que se haya acabado.

El motivo de estos sentimientos es aquel *infinito* que en sí mismo contiene la idea de algo *acabado*; es decir, más allá de la cual ya no existe *nada*; de algo que se ha acabado *para siempre*, y que *nunca jamás* tornará⁴⁴.

Amor propio – Ilusiones – Esperanza – Memorias de mi vida

El ánimo humano siempre resulta engañado en sus esperanzas, y siempre es engañoso: siempre desilusionado ante la misma esperanza y siempre capaz de serlo. No sólo abierto sino poseído por la esperanza en el momento mismo de la última desesperación, en el momento mismo del suicidio. La esperanza es como el amor propio, del cual directamente deriva. La una y el otro no pueden, por la esencia y naturaleza del animal, abandonarlos nunca mientras él viva, es decir, mientras sienta su existencia.

Hoy acaece difícilmente – Antiguos – Dolor – Alegría – Pasiones antiguas – Memorias de mi vida – Teoría de las artes – Parte práctica

Que las pasiones hayan sido en la antigüedad, sin comparación, más bizarras que las modernas, y sus influencias más resonantes, más sobresalientes, más reales y furibundas (y que, sin embargo, en el expresarlas convenga emplear colores y trazos mucho más pronunciados que en las pasiones modernas), es ya algo notorio y repetido.

Mas yo creo que es necesario establecer una diferencia notable entre las varias pasiones, precisamente en cuanto se refiere a la mayor o menor vehemencia sobre ellos entre los antiguos y los modernos; y para comprenderlas a ambas bajo dos extremos, tengo por seguro (como hacen todos) que el dolor entre los antiguos fue, con mucho, más vehemente, más activo, más volcado hacia fuera, más desasosegante y terrible (aunque acaso, por las mismas razones, más breve) que el moderno.

Pero en cuanto a la alegría se refiere, yo dudaría de ello y creería que, si no en uno, en muchos casos, ella podría ser más furiosa y violenta en los modernos que en los antiguos. Y sería así porque la alegría, hoy en día, es precisamente más rara y breve que nunca antes lo fue; como lo era, ni poco ni mucho, el dolor antiguamente.

Quizá esta observación le podría servir al autor trágico, al pintor y a otros seguidores de las pasiones. Es cierto que en el niño la alegría y el dolor son a la par más violentos y, además, por la misma razón, más breves que en el adulto. E incluso es cierto que la costumbre del ánimo en los modernos les conduce a contenerse interiormente, y a reflexionar sobre el espíritu, y sin nada o casi nada a dejarla expandirse y actuar hacia fuera, por más gallarda que sea la impresión, o el afecto.

No obstante, creo que dicha observación puede ser de cualquier relieve, máxime en lo

que se refiere a las personas no muy, o no enteramente, cultas y disciplinadas, ya sea en la vida civil, sea en la doctrinal o en las ciencias humanas; y también en aquellas que – debido a la experiencia y práctica de la vida, de la sociedad, de las circunstancias humanas– no han sido suficientemente instruidas para ponerse a un nivel general, ni habituadas a aquella apatía y negligencia de sí mismas y de todo lo demás, que caracteriza a nuestro siglo.

Comunicar a los demás los placeres – Secretos – Soledad – Memorias de mi vida

A la inclinación (por mí ya subrayada y explicada en otras ocasiones) a la que los hombres tienden para compartir con los demás sus goces y sus disgustos, o cualquier otra sensación que sea extraordinaria, se debe referir, en parte, la dificultad de guardar un secreto, el cual de manera racional atribuimos a las mujeres y a los niños (y que también es propio de cualquier otro que sea menos capaz, o por naturaleza o por costumbre, de contrastar, vencer o reprimir sus inclinaciones).

En demasiadas ocasiones, es también algo propio de los hombres prudentes y habituados a controlarse a sí mismos, los cuales sienten algunas dificultades para mantener un secreto; así como cierto deseo interno de manifestarlo (aunque sea en su perjuicio), cuando atienden al confiarse a los demás, o simplemente al conversar, al reflexionar, o al chismorrear. Digo lo mismo también cuando dicho secreto no atañe a los demás, sino que nos afecta a nosotros, y cuando vemos que revelarlo, solamente o sobre todo, nos hace daño a nosotros. Y, en este sentido, nos habíamos propuesto acallararlo, y luego lo transmitimos confidencialmente a modo de desahogo.

Iracundia – Memorias de mi vida

Ahora bien, por ejemplo, la ira y la impaciencia que provocan el propio mal ¿no son diversas, variabilísimas, no sólo en las diversas especies o en las personas sino en un único individuo, según sean las circunstancias? Ponedlo a éste ante la desventura y acostumbradlo a ella. Aunque sea, por naturaleza, muy inquieto, con el paso del tiempo y con la costumbre se torna muy paciente. (Testigo yo mismo, en todo caso, de esta afirmación.)

Haced lo posible para que este mismo ser nunca haya padecido desventuras, o

habituadlo de nuevo a la prosperidad; suponed en una de estas dos circunstancias a otro individuo y que él sea de naturaleza muy mansa. Cada mínimo mal que padezca, le impacientará. ¿Qué efecto, pues, más sustancial de amor propio que la impaciencia del mal de este *sí mismo* que se ama? Y así, esta inspiración es mayor o menor según la naturaleza, las especies, los individuos, las circunstancias y las costumbres de un mismo individuo. Por tanto, así es el amor propio del cual ella es obra.

Hado

El horror y el temor a la fatalidad del destino se dan más (incluso hoy día, cuando las supersticiones casi se han proscrito en el mundo) en las almas grandes y fuertes que en las mediocres, a causa de que los deseos y fines de aquéllas son fijos y de que ambas le persiguen con ardor, constancia y resolución invariables. Así acaecía de ordinario entre los antiguos, en los cuales la firmeza y la constancia, la fuerza y la magnanimidad, eran virtudes más comunes que entre los modernos.

Y viendo ellos que, con frecuencia (es más, frecuentísimamente), los sucesos de la vida se oponían a los deseos del hombre, eran reprimidos con terror a causa de las razones de su inmovilismo en el desear y en el dirigir sus acciones a aquel fin que, quizá y probablemente, no habrían podido conseguir. De hecho, en infinita variedad de casos, es mucho más improbable que se llegue precisamente a aquello que te condiciona invariablemente que otras infinitas posibilidades. Ahora, en el caso de que con ello se dé, más bien, otra situación, no será causa de un destino concreto que te persiga sino de un ciego accidente.

Sin embargo, ellos, como es natural y como debido a una ilusión óptica o mecánica, confundían (y aún hoy los animales vigorosos y osados confunden) la inmovilidad que le era propia con la de los acontecimientos; y como no eran espíritus que les secundaran, o que a ellos se adaptaban, suponían que la misma inmovilidad no se daba en sí sino en los acontecimientos previamente establecidos por el destino.

Mientras que los espíritus mediocres –sin firmeza ni certeza de miras en la disparidad de sus fines– se abaten más fácilmente ante uno o más de aquellos a los que anhelan; e incluso, en el caso opuesto, ceden sin dificultad a la marcha de las cosas, y por éstas se dejan transportar, plegar, regular, caminando al albur de los acontecimientos.

Así, no dándose en ellos la inmovilidad, ni contemplando la extrema dificultad de

acordar sus designios con los acontecimientos, poseen un intelecto más libre; no piensan en que la fortuna les oponga una resistencia fuerte y estable (cuya fuerza y estabilidad no radica verdaderamente sino en la resistencia que las almas grandes oponen a los inestables y casuales acontecimientos), sino que consideran que todo es un efecto de la casualidad y de las circunstancias, tal como de hecho sucede.

Añádase a esto la universalidad no sólo de los fines, sino incluso de los medios en los primeros (es decir, en los magnánimos), a los que no se les permite a ellos cambiar de principios, ni regular sus acciones en función de los acontecimientos, sino que siempre los conserva, constantes, en su propósito, o en el modo de perseguirlo; mientras que acaece lo contrario en los segundos.

También sin ningún propósito ni fin, se verá que la sola firmeza e inmutabilidad del carácter muestra ilusión sobre la fuerza del destino; el cual, siendo en sí mismo tan variable, le parece inmutable a aquellos que no siguen sino una sola vía, una sola manera de mantenerse en el pensar y en el obrar, una única suerte de acontecimientos; y cómo éstos deberían (o a ellos le parece que deberían) acaecer.

En consecuencia, este temor ante el destino suele darse también, más o menos, en los espíritus mediocres, o simplemente racionales y filosóficos, etc., cuando sienten algún deseo y atienden a cualquier fin, de manera que acaban bloqueándose en torno a este asunto. (Madame de Staël, *Corinne*, l. 13, cap. 4, p. 306, t. 2, edición citada con anterioridad.)

La ilusión a la que me he referido se puede, en cualquier modo, parangonar con aquella que nosotros suponemos al pensar que la tierra es inmóvil porque estamos detenidos sobre ella, por más que la tierra gire y se desplace rapidísimamente. Ya se sabe que incluso en los magnánimos la ilusión es más viva y está más presente según que ellos se encuentren en la circunstancia de tener deseos y miras más vivas, determinadas y encendidas, fuertes, firmes, etc., ante las grandes pasiones, etc.

Antiguos – Héroes – Heroísmo – Hado

*Ses héros aiment mieux être écrasés par la foudre que de faire une bassesse, ET LEUR COURAGE EST PLUS INFLEXIBLE QUE LA LOI FATALE DE LA NECÉSSITÉ*⁴⁵. (Barthélemy⁴⁶, reflexionando sobre Esquilo.)

Antiguos – Consolación – Hado – Necesidad – Suicidio – Memorias de mi vida

El caso de que un alma grande ceda ante la necesidad no es quizá algo que la impulse al odio atroz, declarado y salvaje contra sí mismo y contra la vida, cuanto la consideración de la necesidad irreparable de sus males, infelicidades, desgracias, etc.

Sólo sucede tal cosa en el hombre vil o débil, o no constante o sin fuerza en sus pasiones; sea por naturaleza, sea por costumbre, sea por el largo padecimiento y prueba que llevan consigo las desventuras y los pesares, así como por las experiencias de las cosas y de la naturaleza del mundo; de tal manera que ha llegado a domeñarla o a amansarla. Tan sólo éstos ceden a la necesidad y, es más, se confortan con las desventuras, diciendo que sería locura el rechazarla y combatirla, etc.

Mas los antiguos –siempre más grandes, magnánimos y fuertes que nosotros ante el exceso de las desventuras y ante la consideración de su necesidad y de la fuerza invencible que les hacía infelices y les obligaba y ataba a su miseria, sin que pudieran poner remedio o substraerse a ella– concebían el odio y el furor contra el hado, y blasfemaban contra los Dioses, declarándose, en cierto modo, enemigos del cielo, impotentes (más bien incapaces) de victoria o de vengarse, pero no por ello domeñados, ni amansados, ni, es más, tan siquiera deseosos de venganza, cuando precisamente la miseria y la necesidad eran mayores. De esto tenemos muchos ejemplos en las historias pasadas. De Níobe⁴⁷, después de su desventura, se cuenta, si no me equivoco, cómo blasfemaba contra los Dioses, y se reconocía como vencida, pero sin haber cedido.

Nosotros, que no valoramos ni a la fortuna ni al destino, ni fuerza necesaria alguna personificada que nos coaccione, no tenemos otra persona hacia la que dirigir nuestro odio y furor (si somos constantes y magnánimos, e incapaces de ceder), si no es hacia nosotros mismos; y, en consecuencia, concebimos contra nuestra persona un odio verdaderamente intolerable, como si nos hallásemos ante el más feroz e insoportable enemigo; y nos complacemos con la idea de la muerte voluntaria, con el tormento que nos producimos a nosotros mismos y con la misma infelicidad que nos coacciona, y que llegamos a desear incluso en mayor medida, como a través de la venganza contra un objetivo de odio o de rabia extremados.

También sucedía lo mismo cada vez que me daba cuenta de la necesidad y perpetuidad de mi estado infeliz; me daba cuenta de manera tan desesperada y frenéticamente que para ello no encontraba remedio posible, ni esperanza alguna; y en

lugar de consolarme con la consideración de lo imposible y con que la necesidad fuera algo al margen de mí, concebía un odio furioso hacia mí mismo, ya que la infelicidad que yo odiaba no residía sino en mí.

Por tanto, sólo yo era el destinatario posible del odio, no teniendo al lado, ni reconociendo al margen de mí, a otra persona con la cual pudiese irritarme a causa de mis males, y por tanto, otra persona capaz de ser odiada por este motivo. Concebía un ardiente deseo de vengarme en mí mismo, y con mi vida, de mi infelicidad, inseparable de mi existencia, y sentía una alegría feroz, extremada, ante la idea del suicidio.

Se trataba de la inmovilidad de las situaciones al contrastarlas con mi inmovilidad; ante este violento contraste, no siendo yo capaz de ceder, de ablandarme y rendirme –mucho menos ante las situaciones–, la víctima de esta batalla no podía ser sino yo mismo. Hoy en día (a excepción de los males causados por los hombres), no se reconoce a nadie culpable de nuestras miserias, o a quien la Religión nos impida, de todas las maneras, creer culpable y, en consecuencia, digna de odio.

Sin embargo, también en la Religión que hoy se practica el exceso de infelicidad independiente de los hombres y de las personas visibles empuja a veces al odio y a blasfemar contra los entes invisibles y superiores. Y ello es así tanto más cuando el hombre (por otra parte, consciente y magnánimo) es creyente y religioso. Job tiende a lamentarse y casi a blasfemar tanto contra Dios como contra sí mismo, su vida, su nacimiento, etc.

Pensamientos satíricos aislados – Educación. Enseñanza – Hado – Fortuna. Juegos de la fortuna – Gobernantes – Mitologías – Memorias de mi vida

Los hombres, gobernados en público o en privado por otros (y más cuando el gobierno es más estricto, como con los niños, con los jóvenes, etc.), siempre acusan de sus males o de la falta de bienes, de sus tedios y disgustos, a aquellos que los dirigen; incluso en las situaciones en que es evidentísima la inocencia de éstos, y se da la imposibilidad o de impedir o remediar aquellos males, o de conseguir aquellos bienes, así como una total independencia y ausencia de relación de todas estas situaciones con ellos.

La causa es que, siendo siempre el hombre infeliz, tiende naturalmente a culpar de ello a los demás y no a la naturaleza humana y a las cosas, y mucho menos a abstenerse de inculpar a alguien en concreto; pero siempre a inculpar a alguna persona o situación

particular, con las cuales pueda desfogar la amargura que le causan sus males, y que él pueda, a causa de éstos, hacerlos objeto de odio o de querellas, las cuales serían bastante menos dulces de lo que son para quien sufre, de no recaer contra algún supuesto culpable de su padecer.

Esta tendencia natural se activa después de que el mísero se persuade también, y efectivamente, de cuanto imagina, y así desea que esto sea verdad. De aquí nace que él ha imaginado a los nombres y a las personas como afortunadas, con un destino, inculpadas en el tiempo de los males humanos, y tan sinceramente odiadas por los infelices de la Antigüedad, contra los cuales también hoy, y a falta de otros fines, dirigimos el odio con firmeza, así como las querellas de nuestras desventuras.

Mas mucho más grato les resultó a los antiguos (y también a los modernos) el hacer culpable de cualquier situación delicada, y máxime a cualquier hombre; no sólo a causa de una verosimilitud mayor (y por tanto de la facilidad de persuadirnos de su culpa, que es aquello que se precisa), sino, mucho más todavía, porque el odio y las querellas son más gratas cuando las provocan aquellas situaciones presentes que no pueden constituir pruebas, y por ello sometidas a la venganza que nosotros (con ese odio y esas querellas vanos) creemos tomar con ellos.

Luego, en gran medida, el odio y la queja resultan algo dulce cuando se dirigen a nuestros semejantes, sea por otras causas, sea porque la culpa no puede recaer sino sobre los seres inteligentes. Quienes nos gobiernan son elegidos con facilidad por nosotros mismos para hacer de estas personas reyes de nuestros males, pues no tienen ante sí otro reo manifiesto acusable y que sirva de sujeto y fin de la vana venganza, la cual nos resulta grata de sobrellevar a causa de los mismos males.

Ellos son, de hecho, en tales situaciones, los más adaptables y aquellos de los cuales nos podemos lamentar externa e internamente con verosimilitud. De ahí que quien gobierna a los demás en público o en privado siempre es objeto del odio y de las querellas de los gobernados. *Los hombres siempre están descontentos porque siempre son infelices.*

Por lo tanto, están descontentos de su estado y, por la misma causa, de quienes los gobiernan. (Ellos sienten y saben bien que son infelices por padecer, por no gozar, y por eso no se engañan. Pueden tener derecho a ser felices, a gozar y a no padecer; y, aun con ello, no caerían en el error si no fuese que, de hecho, cuanto pretenden no es sino un imposible.)

Y como no se puede lograr que los hombres sean siempre felices (incluso que tan siquiera se sientan contentos), así ningún gobernante, ni público ni privado –cualquiera que sea el amor que sientan hacia los gobernados, cualquier cuidado que tengan de sus bienes, cualquier solicitud en librarlos o en rebelarlos contra los males, en suma, cualquier mérito hacia ellos–, puede nunca razonablemente esperar que ellos no lo odien y no lo acosen; incluso a los más sabios, porque está en la naturaleza del hombre quejarse de alguien, casi tanto como el ser infeliz; y este alguien es –comúnmente y de manera natural– aquel que los gobierna.

Pero acerca del gobernar no se pueden seguir, por desgracia, más que dos caminos verdaderamente sabios: o abstenerse del gobierno, sea público o privado, o administrarlo totalmente a favor de uno mismo y no de los que gobiernan.

Amor patrio – Amor local – Griegos – Isócrates – Italia – Municipal, provincial – Provincial (Espíritu) – Memorias de mi vida

Isócrates en el *Panegírico*, p. 133, es decir, antes de la mitad de la obra (cuando comienza a hablar de las dos guerras de los Persas), al alabar las costumbres y las instituciones de aquellos que defendieron Atenas y Esparta antes del tiempo de dichas guerras, nos dice: ἴδια μὲν ἄσθη τὰς ἑαυτῶν πόλεις ἡγούμενοι, κοινὴν δὲ πατρίδα τὴν Ἑλλάδα νομίζοντες εἶναι⁴⁸.

Compasión – Isócrates – Desventuras

Isócrates, en el *Panegírico*, p. 150, es decir, después de la mitad de la obra, al darnos cuenta de los males causados por los Lacedemonios (Λακωνίζοντες) a sus ciudades, escribe de los mismos: εἰς τοῦτο δ' ὀμότητος ἅπαντας ἡμᾶς κατέστησαν, ὥστε πρὸ τοῦ μὲν διὰ τὴν παροῦσαν εὐδαμονίαν, καὶ ταῖς μικραῖς ἀτυχίαῖς, πολλοὺς ἕκαστος ἡμῶν⁴⁹ (habla de los privados, es decir, de cada ciudadano) εἶχε τοὺς συμπαθήσοντας ἐπὶ δὲ τῆς τούτων ἀρχῆς, διὰ τὸ πλῆθος τῶν οἰκείων κακῶν, ἐπαυσάμεθα ἀλλήλους ἐλεοῦντες. Οὐδεὶν γὰρ τοσαύτην σχολὴν παρέλιπον, ὥσθ' ἑτέρῳ συναχθεσθῆναι. Y, en verdad, la frecuencia de las propias desventuras vuelve al hombre cruel ὀμὸν, como escribe el autor⁵⁰.

Causas del amor de los viejos – Valor – Juventud – Viejos – Vida – Memorias de mi vida

El amor hacia la vida aumenta casi tanto como el amor hacia el dinero, y, como él, crece en una proporción que, por el contrario, debería disminuir. Por ello los jóvenes desprecian y derrochan su vida; la cual, debiendo serles grata, en poco es aprovechada por ellos; y no temen a la muerte, mientras que los viejos la temen de manera extremada, y son celosísimos de su propia vida, que es en extremo miserable, y en la que de cualquier modo poco tienen que conservar. Y de esta manera el joven derrocha la suya, como si él hubiese de morir dentro de pocos días, así como el anciano acumula y conserva y ahorra como si dispusiese aún de una larguísima existencia.

Pensamientos filosóficos aislados – Valor – Paradojas – Espanto – Temor

Otro asunto es el temor ante el terror. Ésta es una pasión mucho más viva y fuerte que aquella, y mucho más envilecida por el ánimo, y condicionada por el uso de la razón; es más, de casi todas las facultades del ánimo, e incluso de los sentidos corporales. No obstante, la primera de estas pasiones no afecta al hombre que es valeroso y sabio a la perfección. Él jamás siente temor, pero siempre puede acabar aterrorizado. Ninguno puede alardear debidamente de no poder ser asustado.

Amor propio – Compasión – Egoísmo – Memorias de mi vida

Otra condición del hombre es la que afecta a su superioridad. Mientras que la virtud unida a la fortuna no produce sino un débil interés, es decir, admiración, por el contrario, la desventura (en cualquier caso, pero en grado máximo cuando va unida a la virtud) provoca un interés muy vivo, perdurable, gratísimo.

Sin embargo, el hombre se complace en el sentimiento de la compasión, porque con no sacrificar nada obtiene de ella aquel sentimiento que en cada situación y ocasión le resulta gratísimo; es decir, casi una consciencia de su propio heroísmo y nobleza de ánimo.

Naturalmente, la desventura es causa de desprecio y también de odio hacia el desventurado, porque, por naturaleza, el hombre, así como odia el dolor, odia las ideas

dolorosas. Atendiendo, pues, a pesar de la desgracia, a la virtud del desgraciado (y no abominándolo, ni desdeñándolo en cuanto tal, y llegando finalmente a compadecerlo, es decir, a proponerse con el ánimo mantenerse al margen de sus males), parece que el hombre lleva a cabo un esfuerzo sobre sí mismo, un vencer a la propia naturaleza, un obtener una prueba de la propia magnanimidad con la cual posea un argumento con el que pueda persuadirse a sí mismo de estar dotado de un ánimo superior al ordinario.

Y en tal medida esto es así que –siendo propio del hombre el egoísmo y a la vez el tender a la compasión cuando se interesa por los demás– aprecia con este interés que no le cuesta sacrificio alguno mostrarse a sí mismo como extraordinariamente magnánimo, singular, heroico; incluso como más que un ser humano, ya que puede no ser egoísta y comprometerse consigo mismo por causa de los demás y no por la suya. (Véanse las pp. 3.291-97⁵¹ y 3.480-2⁵².)

El hombre, al compadecer, se llena de soberbia y se complace consigo mismo; lo que prueba que él se goza con el compadecer y se complace con la compasión. El acto de la compasión es una muestra en el hombre de orgullo hacia sí mismo. Por ello, incluso la compasión –que parece el afecto más distante, es más, el más contrario al amor propio, y que parece no poder, en modo alguno y por ningún lado, fijarse o referirse a este amor– no deriva sustancialmente (como los demás afectos) sino de ello; es más, no se trata sino del amor propio, de un acto de egoísmo. El cual llega a producir y a crear un placer ante la persuasión de morir, o ante la interrupción de sus funciones, aplicando el interés de cada individuo al de los demás; por lo que el egoísmo se complace porque cree haber detenido y puesto fin a su propio egoísmo (ver p. 3.167)⁵³.

Compasión

Como la estima, así la compasión hacia el enemigo –aunque estuviese vencido y fuese virtuoso– era impropia de aquellos tiempos. (Ver cuanto he dicho en otra ocasión a propósito de una acción de Eneas, en Virgilio, después de muerto Palante⁵⁴.) Los ánimos que actúan con naturalidad no sienten ante la victoria otro placer que no sea el de la venganza.

La compasión, incluso hablando en general (es decir, aquella que aún recae sobre las personas no enemigas), no nace sino, como arriba he dicho, del egoísmo, y es un placer, propio no ya de los animales, ni de los hombres naturales, ni incluso –de no ser rara y

escasamente— de los espíritus todavía sin cultivar (tal como mayormente eran en los tiempos heroicos).

Este placer necesita de una delicadeza y agilidad en el sentimiento o facultad sensitiva, de un refinamiento y flexibilidad en el egoísmo, gracias al cual puede, como una serpiente, replegarse hasta el punto de atender a otros fines y persuadirse de que toda su acción sea dirigida hacia ellos; aunque realmente se refleje del todo y actúe sobre sí mismo y en su interés, es decir, en el individuo que compadece.

Por tanto, también en los tiempos modernos y civilizados la compasión no es propia sino de los ánimos cultos y de los naturalmente delicados y sensibles, es decir, puros y vivos. En los campos —donde los hombres están menos corrompidos que en las ciudades— la compasión es rara y poco íntima y viva, de poca eficacia y poco perdurable.

Compasión – Poesía de la imaginación

De esta digresión —no ajena creo yo al propósito al que ya he aludido— nos resta considerar de qué manera es extraño y casi absurdo que Homero⁵⁵, en tiempos feroces, haya dado tanto protagonismo a la compasión en su poema, atribuyéndole un interés principal y último, y que haya perseguido y obtenido su intento en modo tal que —desprovista también hoy en día de otro interés la *Iliada*— no se puede quizá leer algo que interese tanto que no prestase atención a hacer caer en la *exageración* a la compasión casi únicamente sobre los enemigos de los griegos, sus compatriotas, para los cuales escribía, los cuales no tenían en gran estima el mostrar generosidad hacia el enemigo; es más, apreciaban el comportamiento opuesto.

Y que, de hecho, los poetas modernos hayan excluido expresamente a la compasión de su interés último, evitando en general hacerla caer sobre los enemigos de una parte y del Héroe que ellos se veían obligados a alabar (la compasión por Clorinda, en la *Jerusalén*, no molestaba a Tasso⁵⁶, porque él nos la hace morir convertida, y en el mismo caso nos la descubre como cristiana de padres y de nación; de tal manera que ella aparece, en último extremo, según la intención final del poeta, como una Cristiana), etc., etc. En verdad hubiera resultado creíble, y así le hubiera debido de acaecer, todo lo contrario.

Educación. Enseñanza – Juventud – Miradas del hombre – Esperanza – Vejez – Memorias de mi vida

Se puede decir que las observaciones, los proyectos, las proposiciones, los fines, las esperanzas y los deseos del hombre, todo en suma cuanto en sus pensamientos tiene relación con el futuro, tanto más si se prolongan –es decir, si miran y tienden o alcanzan a lo lejano–, cuán menor es naturalmente el espacio vital que les queda, y viceversa.

Ningún pensamiento del niño, apenas nacido, tiene relación con el futuro, sino es considerando como futuro el instante que debe suceder al momento presente; aunque el presente no es, en verdad, sino el instante y, fuera de un solo instante, el tiempo siempre es completamente o pasado o futuro. Pero considerando el presente y el futuro no exacta y matemáticamente, sino en modo amplio –según nosotros estemos habituados a concebirlo o a llamarlo–, se debe decir que el niño no piensa sino en el presente.

El niño mira poco más allá; por lo cual, hay que plantearse (por ejemplo en los estudios) un fin lejano (como la gloria y los beneficios que él adquirirá en la madurez de la vida, o en la vejez, o incluso también en la juventud), es absolutamente inútil incitarlo (por lo cual, es sumamente justo y útil estimular al niño con el estudio, proponiéndole honores y beneficios que él puede y debe conseguir con sacrificio, casi día a día, que es como poner ante sus ojos la finalidad de la gloria y la utilidad de los estudios, sin cuya proximidad es imposible que él fije jamás sus ojos en dicho fin, y que para conseguirlo se someta de buena gana a las fatigas y a los padecimientos desagradables de la naturaleza, que son los que los estudios requieren).

Más se amplían las perspectivas del joven, pero bastante menos que las del hombre maduro y templado, cuyos cálculos sobre el futuro sobrepasan con frecuencia –sin que él pueda preverlo– el espacio de vida concedido naturalmente a los mortales. Por lo cual, el hombre maduro comienza ya a complacerse excesivamente y a contentarse con la esperanza, y a alimentar con ello su vida. A la vez, se nutre de dicha esperanza, y con ella fabula y delira, tanto el joven como el niño; pero no en modo tal que con ella se contenten, y que no procuren enseguida desarrollarla y llevarla a cabo: convertirla en un hecho.

Lo cual nace del ardor propio de esa edad, de la actividad del ánimo unida a una sintonía con la del cuerpo, con la viveza y fuerza de su amor propio, y por tanto de la energía y eficacia de sus impacientes deseos de demorarse; sin embargo, no padecen el proponerse un fin que no puedan, o que no crean poder alcanzar, en poco espacio de tiempo, y, dentro de un pequeño término, conseguir.

Y, finalmente, de la inexperiencia que ellos tienen en torno a la vanidad de las esperanzas humanas, de las dificultades que el hombre siente de conducirlas a un fin y de la nulidad además de los mismos bienes esperados, la cual aparece inevitablemente tan pronto como ellos se sienten poseídos.

Causas contrarias conducen a amplitud de miras y de horizontes en el hombre maduro; y el exceso de dichas cualidades contrarias conduce a un exceso del efecto contrario en la vejez, la cual –reducida a no poder racionalmente esperar más que un brevísimo resto de vida–, también ante la dimensión de estas perspectivas, supera con mucho a las demás edades del hombre.

El anciano, por esta causa –por la debilidad de su cuerpo y de su ánimo, por el desengaño de los bienes humanos ya probados, y por la languidez del amor propio, que va a la par casi con la reducción y enfriamiento de su vida–, no es capaz sino de débiles deseos, y, por tanto, se contenta con considerarlos como un lejano fin, y así renuncia a ellos, y sus deseos se contentan con mantenerse así.

A causa de la eterna experiencia producida por la vanidad y el miserable resultado de las esperanzas, casi con una estratagema, las dirige a objetivos tan lejanos que no pueden –si no es bastante tarde o nunca, aproximándose a aquéllos y alcanzándolos– desaparecer. Y ello es así por la falta de resolución propia de su edad, remitiendo cada acción para más tarde y obligando a desplazar además, y casi a diferir sus esperanzas, los objetos de sus deseos, cuanto se propone conseguir o aquello con lo que se complace; por decirlo mejor: por divagar, y por el hábito de la tardanza y la lentitud en el obrar, a los cuales la gravedad y la impotencia de la edad lo obligan, y por la pereza, negligencia y torpeza de ánimo que de ello deriva y también ocasiona.

Además, sus deseos y sus esperanzas se tornan tardíos, perezosos y lentos, y casi descuidados (aunque siempre lo suficientemente vivos para mantenerlo y nutrirlo, de aquella manera que a la vida humana le es indispensable), y llega a convencerse a sí mismo no con el intelecto, sino con la imaginación y con la no razonada costumbre de otras facultades de su espíritu, pues el tiempo y la naturaleza, y las cosas, han llegado a ser tan lentas y perezosas como fue necesario.

Compasión, Ayuda – Educación. Enseñanza – Memorias de mi vida

Según cuanto yo observo⁵⁷ y se podrá explicar con razones por mí expuestas en otros

lugares, el hábito de compadecer, de beneficiar o de obrar en modo alguno en favor de los demás (y faltando incluso la facultad, la tendencia a la ayuda y al esforzarse en pro de los demás) siempre está (supuesta la paridad de las demás circunstancias de carácter, índole, educación, cultura espiritual, tosquedad y otras similares) en razón directa con la fuerza, con la felicidad, con la poca o ninguna necesidad que el individuo posee de la obra o de la ayuda de los demás, y, en proporción inversa, con la debilidad, con la infelicidad, con la experiencia de las desventuras y de los males, sean éstos pasados o en un mayor grado presentes, de la necesidad que el hombre tiene de las demás ayudas y actos.

Cuanto más el hombre se halla en un estado de sometimiento a la compasión, o de anhelarla, o de exigirla, y cuanto más la anhela o la exige, incluso como algo ofensivo, y se persuade de merecerla, tanto menos él compadece; aunque entonces dirija hacia sí mismo toda su capacidad natural y toda la costumbre que, acaso con antelación, él tenía de compadecer.

Cuanta mayor necesidad posee el hombre de la ayuda de los demás, tanto menos él es, no por benéfico sino por mostrarse inclinado a beneficiar; y tanto menos no sólo ejerce sino que ama en sí aquella ayuda que él desea o pretende de los demás, y cree ofensivo o tiene razón de merecerla, o de necesitarla.

El hombre débil, y siempre deseoso de aquellas ayudas, mayores o menores, que se reciben o se entregan en la sociedad (y que son el principal objeto al que la sociedad está destinada, o aquel al que principalmente debiera servir la recíproca comunidad de los hombres), poquísimo o nada se inclina a prestar su esfuerzo a los demás, y raramente —o nunca, o bien escasamente— la presta, incluso a los hombres más débiles y más necesitados. Aunque pueda.

El hombre habituado a las desventuras, y máxime aquellos en los que su vida es sinónimo y compañera del padecimiento, nada se conmueve —o en absoluto se muestra ineficaz— a la vista o ante el pensamiento de los demás males, tormentos y dolores. El amor propio en un ser infeliz se halla demasiado ocupado para que él pueda dividir su interés entre su ser y el de sus semejantes. Bastante tiene que esforzarse, cuando él padece sus propias desventuras, aunque sean éstas mucho menores de aquellas que él cree ver, en cualquier modo, en los demás.

Si las propias desventuras se presentan, la compasión —como he dicho, dirigida y empleada completamente hacia sí— se consume en sí misma, y de nada le sirve a los

demás. Si han pasado –en el supuesto incluso de que fueran pequeñísimas–, el recuerdo de ellas hace que el hombre no encuentre nada de extraordinario, ni de terrible, en los padecimientos y desastres de los demás; nada que merezca considerarlo, como renunciar a su amor propio para emplearlo en beneficio de los otros.

Como persona ya habituada al sufrir, él se contenta con aconsejar calladamente y para sí mismo a los infelices que se resignan a su suerte, y se cree en el derecho de exigirlo; casi como si él mismo hubiese dado ejemplo de ello. Sin embargo cada uno, de algún modo, se persuade de haber tolerado o de tolerar sus desgracias y sus penas virilmente hasta donde le ha sido posible, y con mayor constancia que los demás; o que al menos, en su caso, la mayoría de los hombres no harían o no habrían hecho; de la misma manera que cada uno supone estar por encima de los demás o haber sido indigno de los males que soporta o sostiene.

Además de que no es fácil desprenderse del hábito de insensibilidad mostrada hacia las desgracias de los demás, contraído en el tiempo en que fue desventurado; sea porque está demasiado conforme con su amor propio y de acuerdo con la naturaleza del hombre, sea porque es grande y profunda la impresión que causa en el mortal la desventura, y por tanto es perdurable el efecto que produce y deja, y que es, con frecuencia, decisivo para su carácter toda la vida: perpetuo.

Yo observo (y no sólo encuentro en mí un único ejemplo) que los jóvenes que no son pobres, o no se han envilecido por la pobreza –los sanos y robustos de cuerpo, los valerosos, activos, capaces de satisfacerse a sí mismos sus necesidades, y poco o nada necesitados, o poco o nada deseosos de las ayudas de los demás y de sus obras físicas o morales, al menos habitualmente–, aún no les afecta la desventura; o más bien (ya que ¿cuál es el hombre que ha nacido y que no ha sufrido?) que les afecta en modo tal que ellos, a causa de la fortaleza de su edad y complexión, y por la juventud de sus fuerzas de ánimo, la arrojan de sí, y de ella hacen poco caso.

Tales jóvenes, digo, aunque por una parte sean intolerantes ante la más mínima injuria, e incluso proclives a la ira, inclinados a burlarse de los presentes y de los ausentes aún más que los demás, en realidad no lo son; no son opresores, sea de palabra, sea incluso de obra (ver pp. 3.282⁵⁸ y 3.942⁵⁹); aunque por otra parte abandonados por todos y quizá por aquellos mismos que deberían tener el más sagrado deber de cuidarlos; aunque experimentados en cuanto se refiere a la ingratitud de los hombres y dándose cuenta, por haberlo probado, de la nula utilidad y gracia, y además del daño que con frecuencia

resulta del hacer el bien; aunque dispuestos y perspicaces en el ingenio, y no ignorantes del mundo, y sabedores de cuánto la costumbre de los hombres estimula el beneficiar y el compadecer, y además cuánto sus opiniones los alejan, y cuánto los hombres son generalmente indignos de que los demás cuiden de ellos. Con todo, éstos están dispuestísimos a compadecer, dispuestísimos a socorrer a los demás en sus males, inclinadísimos a beneficiar, a prestar su ayuda a quien lo requiere, aunque sea indigno de ella, a ofrecerla también espontáneamente, superando la repugnancia de aceptarla de los otros y conociendo la de buscarla; dispuestos, sin reserva y sin ceremonias, a las necesidades y a procurarse las ayudas de los amigos; y, en efecto, están casi continuamente ocupados más con los demás que consigo mismos. Las más de las veces en pequeños, pero fatigosos, aburridos, difíciles apoyos y servicios, cuya multiplicidad, si no otra cosa, compensa la pequeñez de cada uno; además, a veces, incluso en asuntos grandes o señalados que requieren grandes y notables cuidados, fatigas e incluso sacrificios.

Y actuando así, no exigen a los demás un gran precio por sus servicios, ni hacia sí mismos ni hacia los beneficiados; ni los tienen en gran cuenta, ni de ellos alardean con gran mérito (por esta causa, fueron cegados y dispersados por Júpiter, como dice Homero de Glauco, cuando él cambió sus armas de oro con las de Tidida, que eran de cobre⁶⁰). Poca o ninguna gratitud exigen, como si hubieran estado dispuestos a hacer el bien, o nada les hubiese costado a ellos el beneficio; nunca se creen en el derecho de repetir la ayuda u obligados a hacerlo lo hacen con grandísima reserva y sin pretensión alguna, y recuperando también una parte, o solicitada o espontánea, si tienen como obligados a quienes las ayudas por ellos prestadas escasamente remuneró.

Todo esto, o parte de ello, he podido apreciarlo, más o menos, en los jóvenes con las cualidades arriba descritas, y no sólo en los que (por inexperiencia del mundo, y amabilidad de la naturaleza, con plenitud de corazón y buena fe y simplemente) han sido trasportados hacia la virtud, la generosidad, la magnanimidad, fijando su mayor placer y deseo en hacer el bien y los actos heroicos, así como en negar, renunciar y sacrificarse a sí mismos. Pero además en desengañarse del mundo y situarse en aquellas circunstancias que arriba he subrayado, en algunas de ellas o en otras semejantes. Cuanto digo lo he visto suceder en muchos jóvenes, mientras ellos gozan y sienten las ventajas de la juventud, de la salud, del vigor, y se encuentran en la situación de bastarse a sí mismos.

Pero con la edad o antes de la edad (sobreviniéndoles a ellos las incomodidades, los

incidentes, los sucesos, los desastres físicos o morales de la naturaleza o de la fortuna, que les coartan el bastarse a sí mismos y que habitualmente o con frecuencia les vuelven necesitados de las obras y de la ayuda de los demás, que disminuyen en ellos o destruyen el vigor de su cuerpo y con ello el de su ánimo), estos tales, como también he visto por experiencia, de misericordiosos y benéficos se convierten poco a poco –en proporción al ya señalado cambio de circunstancias– en insensibles a los males de los demás, o necesitados, cómodos o solícitos solamente de los propios, cerrados a la compasión, olvidados de hacer el bien y enteramente en lo que a la una o a la otra se refiere, transformados y vueltos del revés sea por sus costumbres, sea por la disposición de su ánimo.

Y no sólo poco a poco sino además rápidamente y en un momento, y en la misma flor de la juventud, yo he visto darse tal cambio en las personas a las que inesperadamente les ha sobrevenido o una rápida calamidad en el cuerpo, o en el ánimo, o en su suerte; de tal manera que su ánimo se ha visto aterrorizado o abatido súbitamente o en el plazo de una hora, y con ello hundido y rendido ante la situación de inseguridad, al tiempo que su vida se veía sometida a las incomodidades, a la triste necesidad de la ayuda de los demás, con la salud alterada y el cuerpo debilitado, y demás situaciones contrarias a su estado primero.

En suma, al rápido y súbito cambio de las circunstancias arriba señaladas también debo añadir que he visto cambio, con la misma espontaneidad y rapidez, en el carácter y costumbre de tales personas en lo que al compadecer se refiere, así como al beneficiarse y al ser utilizados de cualquier modo por los demás.

Y aquellos que, por su naturaleza o por cualquier otra causa, desde su infancia o desde la primera juventud y su primer contacto con la sociedad de los humanos, son tales como llegaron a ser los que arriba hemos ejemplificado; es decir, débiles de cuerpo y de espíritu, tímidos, irresolutos, envilecidos por la pobreza o por cualquier otra causa física o moral, extrínseca o intrínseca, sea en ellos natural o accidental y advenediza; siempre o con frecuencia deseosos de la actuación de los demás, acostumbrados desde el principio a sufrir, a dar mal remate a sus propias iniciativas o a sus deseos, y, por tanto, a verse obligados a desconfiar siempre de las cosas, y de la vida, y de los acontecimientos, y privados de confianza en sí mismos, así como más acostumbrados al temor, a la triste expectación, que a la esperanza.

Estas personas y aquellos que se les asemejan en todo o en parte están, más o menos,

desde el principio de su vida o hasta que entran en sociedad, alienados por el hábito y los actos propios de la compasión y de la beneficencia, así como de la tendencia o disposición de esta virtud; sólo interesados en sí mismos, poco o nada capaces de interesarse por los demás, por los más desventurados o necesitados, o dignos o indignos que sean de la ayuda de los otros; incluso menos capaces de obrar en favor de quien sea; actos poco o nada, en consecuencia, para la verdadera, eficaz y laboriosa amistad, simuladores de ésta para obtener de los demás las ayudas o la piedad que tienen por norma, y hábiles para disponerla sólo en sus propias ventajas; simuladores y disimuladores además, generalmente, en cualquier otra situación.

Y estas cualidades acaban siendo en ellos características, de modo que el amor propio jamás es para ellos otra cosa que no sea egoísmo, y es el egoísmo quien principalmente define su carácter; pero no por su culpa sino más bien por la necesidad que la naturaleza les impone; y ni siquiera por la naturaleza que, por su propia mano, haya podido disponer este pésimo defecto en los ánimos de ellos más que en los de los demás –sino a causa de las circunstancias en las que, o por causas naturales o por accidente, se han encontrado desde un principio–, nace natural y necesariamente este defecto, acaso más necesario e inevitablemente mayor que por alguna otra causa⁶¹.

Pensamientos filosóficos aislados – Valor – Dolor – Memorias de mi vida

Por muchas causas, incluso leves, el hombre se lanza al peligro, incluso al de la muerte; además, se sacrifica de forma terminante a sí mismo, sus dineros, sus objetos, comodidades, esperanzas, etc. Pero bien pocos hay que, por razones incluso graves, por vivir sus pasiones, por un amor ardiente, etc., se someten, o sean capaces de someterse, a un dolor corporal, aunque éste no sea grande. Se da, con frecuencia y facilidad, voluntariamente y, a ojos vistas, incluso el peligro de la muerte, y ellos no son capaces de encontrar de manera voluntaria y expertamente un dolor corporal seguro.

El hombre es más inclinado – Cometas – Religión. Culto – Esperanzas y temores

Que el temor le resulte al hombre, como he afirmado en otro lugar, más natural que la esperanza, y que el hombre tienda más a aquél que a ésta, véase en el caso en que los hombres ignoran las causas de los efectos, ya sean naturales o artificiales, y que de

ordinario los temen. Y ello es así casi tanto –para los ignorantes sobre todo, para los primitivos y los salvajes y los niños– el efecto tanto de una causa oculta cuanto de un efecto espantoso.

Ahora bien, ¿cuándo la esperanza es así de temeraria? Por lo demás, si la ignorancia, la superstición, etc., condujeron antiguamente y hoy en día conducen a tomar cualquier efecto nuevo o desconocido como un presagio del porvenir –o por un signo de cuanto en el presente es desconocido–, obsérvese que, en general, estos presagios y estos signos fueron tomados como siniestros.

Dejo a un lado la valoración de los eclipses, los cuales pueden parecer algo espantoso y natural a quien ignora su causa, o a quien nunca los ha visto, etc.; y de este primitivo espanto bien puede haber nacido la opinión del mal augurio que a ellos se les atribuye, y que, durante largo tiempo, las naciones los han considerado como algo espantoso; incluso hasta el día de hoy, aunque ya se supiese, o se sepa, que el oscurecimiento que los provocaba no iba a durar mucho y que era algo pasajero, etc.

Pero los cometas ¿qué tienen de espantoso en sí mismos, qué más que otros seres celestes, o que la misma Vía Láctea? ¿Y por qué no se toman por signos o presagios benéficos? No se encontrará nación en la que ellos fueran o sean valorados como anuncios de algo que no sea un mal. Lo que los antiguos reconocían como monstruos, es decir, como algo extraordinario, aunque nada temibles materialmente en sí mismos, era considerado como malos augurios. Tal sucede con las víctimas con falta del corazón, si es que es cierto que ello acaeciese en alguna ocasión, tal como los antiguos nos narran, o que así pareciese por error de quien *inspiciebat* [escrutaba] las vísceras, etc. Todas éstas son señales a las que el hombre es más fácil y proclive a temer que a esperar, y que esto es raramente tan irracional y precipitado como aquello, o más que raro. Así sucede mayormente, en la naturaleza, en los niños, en los ignorantes y en los hombres naturales.

Valor – Tímidos – Temor – Hombres de gran talento – Memorias de mi vida – Teoría de las artes. Parte práctica

Muchos son tímidos, pero al mismo tiempo valerosísimos. Quiero decir que muchos se desaniman en la sociedad, los cuales ni huyen, ni temen y, también voluntariamente, encuentran los peligros, los daños, las fatigas y los sufrimientos, etc; y no mantienen las

miradas o las palabras amistosas o indiferentes de aquellos que mantuvieran fácilmente un aspecto amenazador, o las armas enemigas en batalla o en duelo.

La timidez incumbe, por así decirlo, a los males del ánimo, mientras que el valor a los del cuerpo. Una teme los daños y las penas interiores; el otro se estimula ante los daños y sufrimientos exteriores. Una se moverá en torno a lo espiritual; el otro, a lo material. Y tan alejada está la idea de que la timidez excluya el valor que, es más, ella sobre todo lo favorece; de lo que se puede deducir con verosimilitud que el hombre que es afectuoso es valeroso. No obstante, la timidez es señal de temer la vergüenza, la cual, bastante fácil y frecuentemente encuentra a quien teme y huye de los peligros.

De lo que se deduce que el temer la vergüenza, que es un defecto, por así decirlo, interior y del ánimo –ya que en nada daña al cuerpo ni a las cosas exteriores, y sólo influye sobre el pensamiento, además de no aburrir a los sentidos–, hace que el hombre no tema los daños externos, y de ellos no huya; y necesitándolos afronte el peligro y, además, la certeza del sufrirlos, anteponiendo los males o los peligros externos y materiales a los internos y espirituales, y el alma, por así decir, al cuerpo; queriendo sufrir con los sentidos, con los asuntos, etc., más que con el espíritu, y morir más bien que padecer la pena de la vergüenza.

Que en esto, y no en otra cosa, consiste aquel valor que proviene del sentimiento del honor y de los efectos del mismo. Dicho valor tiene su origen y fundamento; es más, él mismo es una especie de timidez, o en verdad una especie de cualidad contraria a la insolencia, a lo impúdico y a la desvergüenza⁶².

***Cristianismo – Deseo – Felicidad que el hombre desea – Felicidad futura – Placer
(Teoría del) – Esperanza – Espíritu – Memorias de mi vida***

Las esperanzas que le da al hombre el Cristianismo son, por desgracia, poco adecuadas para consolar al infeliz y al atormentado en este mundo, para dar descanso al ánimo de quien se encuentra aquí abajo con sus deseos impedidos, rechazado por el mundo, perseguido o despreciado por los hombres, privado del acceso a los placeres, a las comodidades, a lo útil, a los honores temporales, enemistado con la suerte. La promesa y la expectativa de una felicidad grandísima y suma sería completa sino fuese porque: 1.º) el hombre no puede comprender, ni imaginar, ni siquiera concebir o conjeturar en modo alguno, de qué naturaleza se trate, ni siquiera por aproximación; 2.º)

que él sabe bien que nunca podrá concebir, ni imaginar, ni poseer idea alguna al respecto mientras le dure esta vida; 3.º) que él, expresamente, sabe ser de hecho de naturaleza diversa y ajena a aquella que este mundo desea, de aquella que aquí abajo le es negada, de aquella cuyo deseo y privación adquiere la materia y la causa de su infelicidad.

Una tal promesa, digo, y una tal expectativa es muy poco suficiente para consolar en esta vida al infeliz y al desafortunado, para aplacar o refrenar sus deseos y para compensar en este mundo sus privaciones.

La felicidad que el hombre desea es naturalmente una felicidad temporal, una felicidad material, que debe ser experimentada por los sentidos, o por nuestro ánimo, en la medida en que él está presente y nosotros lo sentimos; una felicidad, en suma, de esta vida y de esta existencia, no de otra vida y de una existencia que nosotros sabemos debe ser diversa absolutamente de ésta, y que, en modo alguno, no sabemos concebir cuál pueda ser su valor.

La felicidad es la perfección y el fin de la existencia. Nosotros deseamos ser felices, aunque existamos. De esta manera, cualquiera desea vivir. Es claro, por tanto, que nosotros deseamos ser felices, no a cualquier precio, sino felices de acuerdo con el modo en el cual de hecho existamos. El hombre no desea la felicidad absolutamente, sino la felicidad humana (así sucede con los animales); ni la felicidad de cualquier tipo, sino que, aunque no sea definible, sea verdadera felicidad.

Él la desea suma e infinita, pero en su condición de humana, no infinita en ese sentido que puede tener la felicidad de un buey, de una planta, del Ángel y cualquier tipo de felicidades. Infinita es realmente la sola felicidad de Dios. En lo que a la infinitud se refiere, el hombre desea una felicidad como la divina, pero en lo que se refiere a la calidad y al género de esa felicidad, el hombre ya no podría desear la felicidad de Dios verdaderamente.

El hombre que envidia a su semejante por un vestido, por un alimento, por un palacio, jamás se siente afectado ni por la envidia, ni por el deseo de la inmensa y plena felicidad de Dios, sino sólo en la medida en que ésta es inmensa y en cuanto es plena y perfecta. Está claro que nuestra existencia persigue su perfección y su fin, no ya en otra existencia para él inconcebible.

Nuestra existencia desea pues su propia felicidad, la cual, deseando otra existencia – aunque en ella ésta después tuviese que mutarse –, desearía, se puede decir, una felicidad que no es la propia de los demás, y que habría tenido un último y verdadero fin en sí

misma, sino ajena, lo que es esencialmente imposible para cualquier Ser en cualquier situación, o tendencia, o pensamiento, etc. Por todo ello, la felicidad que el hombre desea es necesariamente una felicidad conveniente y acorde con su modo de existir, y de la cual sea capaz su existencia presente.

Ni él puede dejar de desear esta felicidad por ninguna razón, ni por ninguna razón puede jamás desear otra felicidad que no sea ésta. Y ya no es posible que el hombre mortal desee verdaderamente la felicidad de los Beatos, como el caballo desearía la del hombre, o la planta la del animal; de aquella que el animal herbívoro envidiaría en el carnívoro, o en su naturaleza; o de la carne de la cual lo ve alimentarse, o en el hombre del placer de los estudios y del conocimiento; placer que el animal no puede concebir, ni siquiera saber qué cosa es el placer, ni cómo a él se accede, o qué tipo de placer sea, y demás razones.

Bien cierto es que ni el hombre, ni quizás el animal, ni ningún otro ser, se puede definir con exactitud a sí mismo ni a los demás, sea cual sea la absoluta y general la felicidad que él desea; aunque acaso ninguno la ha probado nunca, ni la probará, y porque otros infinitos conceptos nuestros, aunque muy comunes y diarios, resultan para nosotros indefinibles. Máxime en aquellos que más poseen la sensación que la idea de ella; que más nacen de la inclinación y del apetito que del intelecto, de la razón, de la ciencia, y que son más materiales que espirituales.

Por lo demás, las ideas son definibles, pero los sentimientos casi nunca; aquéllas se pueden bien claramente distinguir y aceptar, y precisar mediante el pensamiento; por el contrario éstos raramente se pueden, o nunca. No obstante esto, sí el animal, que el hombre sabe o comprende –o en verdad siente– que la felicidad que él desea es asunto terreno. Aquel mismo infinito hacia el que tiende nuestro espíritu (y de qué modo y por qué se ha explicado en otro lugar) no es sino un infinito terrenal, aunque no pueda darse aquí abajo, si no es confusamente por medio de la imaginación y del pensamiento, o por el simple deseo y apetito de los seres vivos.

Más allá de esto, no hay ninguno que viva sin algún deseo determinado y claro, muy definido, ya sea negativo o positivo, en la consecución del cual, o de más de uno de ellos, él restaura –siempre de manera expresa o confusa, aunque casi siempre de manera errónea– su felicidad y su bienestar.

Costumbre – Valor – Cualidades humanas – Razón – Reflexión – Irreflexión – Temor

Superioridad de la naturaleza sobre la razón, de la costumbre (que es una segunda naturaleza) sobre la reflexión. Mi pánico y temor ante cualquier tipo de estallidos, no sólo los peligrosos (como los truenos, etc.), sino ante los que no poseen sombra de peligro (como los disparos en los días de fiesta, etc.). Se trata de un temor que, de manera extraña e invencible, me afectaba no ya desde la infancia, sino en la adolescencia, cuando yo estaba ya en buen grado de reflexionar y de razonar; y de hecho esto era lo que yo hacía, pero inútil me era librarme de aquel temor, aunque cualquier tipo de razonamiento me demostrase que éste era del todo algo irrazonable.

Yo no creía que en ello hubiese peligro, y sabía que no había peligro, ni nada que temer; pero temía, nada desposeído de que hubiese sabido, o creído, o pensado lo contrario⁶³.

Ni las razones ni las reflexiones podían liberarme de aquel temor absolutamente irracional, porque éste me lo había causado la naturaleza. Tampoco yo era de aquellos estúpidos o irreflexivos, ni de los que no viven de acuerdo con la razón, y que ni siquiera sienten la fuerza de ella, pues no son dados a razonar, y más ciegamente siguen el instinto y las disposiciones naturales. De lo que se deduce que, en modo alguno, no pudiendo la razón y la reflexión contra la naturaleza, lo puede en mí la misma naturaleza y la costumbre; lo puede contra la misma razón y contra la reflexión.

Sin embargo, con el paso del tiempo —es más en un breve espacio de éste—, habiendo yo sido forzado en cierta ocasión a sentir bastante de cerca y muy seguidos tales estallidos, perdí aquel innato y obstinadísimo temor; de tal manera que no sólo encontraba placer en aquello que, tiempo atrás, me había causado, sin razón, un grandísimo odio y espanto, sino que incluso dejé de temer y tendí a amar cuanto, racionalmente, debería haber temido. Ni siquiera la razón y la reflexión, que en tiempos no pudieron librarme de ese temor natural, pudieron después, ni pueden todavía, hacerme temer o no amar cuanto a causa de la costumbre y de la naturaleza, irracionalmente, yo amo y temo. (Ni tampoco me cuento yo, como he dicho, entre los más irreflexivos, ni me privo de reflexionar aún con este propósito y en tal ocasión, y me resulta vano concebir un temor que en mí ya no es natural.)

Cuanto digo de mí, sé que ha acaecido y acaece todos los días a miles de personas, ya se trate de una o de las dos partes solamente, o de ambas. Aquello que en modo alguno puede alcanzar la reflexión lo puede lograr la irreflexión⁶⁴.

Valor – Memorias de mi vida

En el momento de la llegada del peligro, reír, tornarse alegre más de lo usual, o más de cuanto antes se era, o de la melancolía pasar a estar contento; convertirse en locuaz siendo por naturaleza taciturno, o romper el silencio que, por cualquier razón que sea, hasta entonces se había mantenido; bromear, saltar, cantar, y hacer similares cosas, ya no son señales de valor, como algunos estiman, sino, por el contrario, señales de temor.

Por ello estos comportamientos demuestran que el hombre tiene necesidad de distraerse con la idea del peligro, y, en concreto, con arrojarla de sí, dando a entender que no existe peligro, o que éste no es grave. Y esto es cuanto el hombre procura hacer al mostrar señales extraordinarias de alegría en tales ocasiones: engañarse a sí mismo demostrándose no tener nada que temer, aunque haga cosas contrarias a las que el temor suele ocasionar de inmediato.

Con tal de no temer, el hombre procura persuadirse de que no teme; de lo que él deduce que no existen razones suficientes o necesarias para temer. Se trata de un efecto muy común de esta pasión el inducir al hombre a cosas contrarias a las que de inmediato él debería verse inducido; pero aquéllas y éstas son por igual efectos del verdadero temor. Y aquéllas son, en gran parte o bajo cierto aspecto, fingidas, mientras que éstas lo son veraces.

El temor mueve al hombre a hacer casi una pantomima de sí mismo. Por eso, en las soledades y tinieblas, en lugares, caminos o situaciones peligrosos, o que tal nos parecen, el ponerse a cantar es una respuesta común del hombre; no tanto con el fin de figurarse o de fingir que se halla en compañía, o de hacerse (como se suele decir) compañía a sí mismo, sino porque el cantar parece una actitud propia de quien no teme absolutamente. Precisamente por ello, el que teme canta. (Véase al respecto un pasaje muy oportuno de Magalotti, por mí señalado en las primeras páginas de estos pensamientos, perteneciente a principios, si no me equivoco, de 1819.)

De las mismas causas (más que de la necesidad de la distracción) nace el hecho de que, ante un peligro común o como tal considerado, o verdadero o absolutamente imaginario, gusta, conforta, alegra el oír el canto de los demás, el verlos distraídos con sus ocupaciones habituales, el darse cuenta o el creer que ellos no estiman que se encuentren ante un peligro o que, por su causa, abandonen o muten su comportamiento

habitual, o de lo que a fin de cuentas ellos hacían entonces y que, sin la presencia del peligro, habrían hecho; o que no lo teman y se muestren como intrépidos, etc.

El valor visto o creído en los demás –o la opinión de que no exista peligro vista y creída en ellos– llena de valor al individuo que teme. Del mismo modo, el demostrarse a sí mismo que no se teme es una prueba de valor; o persuadiéndose de que el peligro no existe, o dándose a sí mismo y ante sí mismo un ejemplo de valor y de no temer dicho peligro, por más que exista.

Ahora bien, quien tenga la necesidad de que se le insuffle valor (y tener ante el mismo peligro una muestra de valor, y por otro lado temer) no es ciertamente valeroso, o en tales ocasiones no posee valor. Y quien posee la necesidad de no temer, de creer que no exista el peligro, es decir, razón de temer –sea pequeña, o menor o más ligera de cuanto es, y que por lo demás teme–, no es valiente porque ninguno teme cuanto él cree no temer, y ninguno teme fuera de la situación de peligro, sea ésta verdadera o falsa, por mínima que ella sea, o no razonada, siendo casi una pasión o un instinto.

***Armonía de la naturaleza – Compasión – Debilidad – Delicadeza de las formas –
Mujeres – Niños – Gracia – Placer (Teoría del) – De la naturaleza – Memorias de mi
vida – Teórica de las artes. Parte especulativa***

He hecho saber en otro lugar que la debilidad es, en sí misma, algo agradable. Siempre que no desagrade a la naturaleza del sujeto en el que ella se encuentra; o, más bien, al modo en que nosotros estemos habituados a ver y a considerar la respectiva especie de los sujetos; o, sin embargo, desagradando, no destruya la sustancia de su naturaleza, y no desagrade tanto: en suma, cuando convenga al sujeto, según la idea que nosotros nos formamos de la perfección de esto, y concordes con otras cualidades del mismo sujeto, según la misma idea (como en los niños y en las mujeres).

O no conviniendo, o estando en concordancia, no destruya sin embargo el aspecto de la conveniencia de mantenernos en nuestra idea, sino que permanezca dentro de los términos de aquella inoportunidad que se llama gracia (de acuerdo con mi teoría de la gracia), como puede darse en los hombres o en las mujeres, en el caso de que exceda de la proporción común, etc.

La debilidad, de ordinario, gusta y es amable y bella en lo bello. Ni siquiera puede placer y ser amable y bella en la fealdad; no en cuanto a lo feo, sino en cuanto a la

debilidad (y a veces lo es), con tal de que ella misma no sea la causa de la fealdad, en todo o en parte.

Ahora bien, el ser la debilidad en sí misma –y si, al margen de ella, nada se opone– naturalmente amable es una exquisita providencia de la naturaleza, la cual, habiendo puesto en cada criatura el amor propio por encima de cualquier otra disposición (y, siendo, como en otro lugar he demostrado, una necesaria y propia consecuencia del amor propio –en cada una de las criaturas– el odio hacia las demás), de ello se deduciría que los seres débiles serían, con demasiada frecuencia, víctimas de los fuertes. Pero la debilidad, siendo por otra parte naturalmente amable y grata en sí misma, conduce a que otros amen al ser en que ella reside, y lo amen por amor propio; es decir, porque de él reciben deleite.

Compasión – Drama

Refiriéndonos necesariamente, como ya he mostrado, al poeta épico (y de igual manera al dramático, al novelista, etc., e incluso al historiador), de que él se muestre amable, en cualquier modo y por cualquier causa (y sobre todo amable con el que él quiera ser interesante, y mucho más amable con el que haya de ser sumamente interesante), debe considerarse que, a tal efecto, ayuda enormemente la desventura, la cual acrecienta y duplica la amabilidad allá donde la encuentra, y se vuelve amable, en no pocas ocasiones, quien no lo es, incluso cuando sea merecedor de las desgracias; mucho más en el caso de que sea inmerecida.

Luego el hombre muy agradable, que sea indignamente muy desventurado, es la cosa más agradable que se pueda concebir. El hombre merecidamente amable es, siempre, más querido, compadecido e interesante que el no amable e inmerecidamente desventurado, el cual puede no ser nada compadecido y para nada interesar (y así sucede con muchísima frecuencia), cuando además las propias desgracias son extremadas, y aquellas de los demás mínimas; en cuyo caso todavía aquél no puede dejar de ser compadecido y resultar más agradable de lo ordinario.

Pero no entremos en tantas sutilezas y distinciones. La infelicidad, en el principal Héroe de la trama –que es el propio sujeto del poema–, no puede tener lugar sino como algo accidental, y desembocando, en último extremo, en felicidad, según cuanto ya he explicado y demostrado.

Por tanto, estas observaciones confirman enormemente mi reflexión sobre la necesidad de redoblar el interés en el poema épico, para que tal poema logre ser sumamente interesante y produzca un grandísimo efecto; y así de hecho justifican este asunto en la *Iliada* de Homero.

Sin embargo, no dándose un sumo interés sin una suma amabilidad (y siendo la desventura, principalmente, fuente de amabilidad, y casi la perfección extremada de ella), y no pudiendo darse en el héroe una muy grande, plena y definitiva infelicidad, resta como necesario lograr que el poema sea sumamente interesante, redoblando con ello formalmente el interés, y diversificando un interés a partir del otro, introduciendo otro Héroe que sea extremadamente amable y desventurado, de cuya desgracia final sea el resultado; y gire en torno a ella, y hacia ella siempre tienda y se vea empujado; y que el poema, en vista de ella y en todo momento, se logre de acuerdo con el interés a que nos referimos, y que haga de dicho poema algo interesante y capaz de despertar ese mismo interés en el ánimo de los lectores, y –durante un buen tiempo– después de la lectura, etc.

Esto es lo que Homero hizo en la *Iliada*, en la cual Héctor es, por sus propias cualidades y acciones, y por su extremada, plena y final desgracia, sumamente amable y, por tanto, sumamente interesante. En lo que a Aquiles se refiere, que es el otro protagonista y el Héroe de la trama (así lo llamaremos para expresarnos con brevedad), Homero no podía hacerlo desafortunado e infeliz, máxime teniendo en cuenta la naturaleza y las opiniones de aquellos tiempos que perseguían la suma valía de los hombres en lo que a la suerte se refiere, e incluso razonando (en el modo que atrás he dicho) partiendo de la suerte buena o mala, argumentaban la maldad o la bondad, el mérito o el demérito de cada uno, no estimando que ni la desgracia ni la buena suerte pudiesen afectar a los que no poseían méritos.

Homero, en la medida en la que le fue posible, no evitó la búsqueda de conciliar a Aquiles con otros aspectos más favorables, incluso con el dulcísimo de la piedad, madre y sustentadora del amor. Es decir, no sólo con la desgracia accidental de la muerte de su amigo Patroclo y con la de otros, sino mostrando además, como en la lejanía, la desventura final y el infeliz destino del diestro Aquiles, el cual, a causa del inmutable decreto del hado, había de morir en la más bella flor de la edad; y éste fue el precio que tuvo su gloria, que él, consciente y libremente, había elegido y antepuesto –junto con una muerte prematura– a una vida larga y sin honor.

Sublime fragmento que perfecciona el poético y épico carácter de Aquiles, así como su virtud, valor, grandeza de ánimo, etc., y que acabó convirtiéndolo en un personaje sumamente agradable y lleno de interés.

Compasión

Él [Tasso] ni siquiera tuvo la precaución de crearlo [en el caso de Rinaldo, su personaje], reo absolutamente de un grave, aunque perdonable, delito causado por una pasión propia y digna de un hombre, y casi exigible en un joven; y más en un joven de ánimo noble y dispuesto de corazón y de ánimo. Me refiero a la ira desatada a causa de las injurias.

Pasión que, máxime ante dichas circunstancias, suele ser gratísima, a pesar de los tristes efectos que ella puede causar, y de que solía además ser reprobada (aunque una cosa es el reprobar y otra el odiar), y que los filósofos o los educadores procuran arrancarla del ánimo o refrenarla. Y, en verdad, es en un joven algo muy común y más amable que la paciencia. Y ello es algo que se aprecia en la vida hasta el día de hoy.

Sin embargo, el carácter de Rinaldo es mucho más semejante al de Aquiles, y mucho más poético, amable, e interesante que lo era el de Eneas. O en verdad se puede decir, sin más, que Rinaldo es mucho más agradable que Eneas, de cuanto Eneas lo fuera de Godofredo. Por lo demás, Eneas ha pasado y pasa muchos infortunios antes de alcanzar un estado feliz. Pero la compasión que ellos causan no es grande, porque recae sobre una persona que el poeta se ha creído en el deber de hacer más estimable que amable; porque además, ante el infortunio, no se compadece mucho con él; y, ante el mal, casi no muestra sufrimiento.

Antiguos – Civilización. Falta de civilización – Opiniones (Diversidad de las) – Placer (Teoría del) – Placeres – Anhelos

Cuánto influye siempre la imaginación, la opinión, la prevención, etc., sobre el amor – incluso sobre el físico, sobre los sentimientos que un hombre siente en particular hacia una mujer, o una mujer hacia un hombre–, es algo conocidísimo. Y, en concreto, posee influencia sobre el amor; no sólo sobre el platónico o sentimental, sino además en el físico en determinados individuos, con todo lo que tiene de misterioso y que sirve para

que el objeto de dicho amor se torne en poco notable para el amante, y por tanto para dar rienda suelta a su imaginación de ensoñar, por así decirlo, en torno a esa persona.

Por ello, contribuye muchísimo al amor y al deseo, incluso al físico, todo lo que tiene relación con las estimaciones o de todas las formas con las cualidades amables del ánimo en la persona amable, y, en particular, cuando se da un cierto carácter profundo, melancólico, sentimental; o un alarde de contener en sí mismo más de cuanto se muestra fuera.

Sin embargo, el ánimo y sus cualidades, y especialmente las que he especificado, son materias ocultas, y desconocidas para las demás personas, y dan lugar en éstas a la divagación, a conceptos imprecisos e indeterminados; y dichos conceptos e imaginaciones –conectándose al deseo natural que conduce al individuo de un sexo hacia el del otro– procuran un infinito relieve a este deseo, acrecentando exageradamente el placer que se prueba en satisfacerlo.

Las ideas misteriosas y naturalmente indeterminadas que tienen relación con el ánimo de la persona amada, que nacen de la calidad y de las partes aparentes de su espíritu, y sobre todo si es de cualidades que tengan que ver con lo profundo, lo escondido y lo incierto, y que prometan o demuestren otros de sus aspectos o cualidades ocultas y amables, etc. Estas ideas, digo, uniéndose a las ideas claras y determinadas que tienen relación con la materia de la persona amada, y comunicando a ellos lo misterioso y lo impreciso, las vuelven infinitamente más bellas, y el cuerpo de la persona amada o amable, infinitamente más amable, valioso, deseable; y querido cuando se alcance.

Una de las grandes causas que generalmente desencadenan lo sentimental, el amor espiritual, etc. –además de aquella valorada por el pensamiento al que éste se refiere–, es que los hombres, al civilizarse cada vez más, y adquiriendo siempre con la misma proporción y aumentando en ella la consistencia, la eficacia, el valor, la importancia, la extensión, la actividad, la influencia, fuerza y poder, la facultad, la parte espiritual e interna del hombre, se han venido a reconocer en primer lugar y a suponer en éste una parte escondida e invisible, que los primitivos en absoluto o muy ligeramente suponían, y muy poco distinta de la parte visible y sensible; considérese entre tanto cuanto se refiera a la parte exterior.

Después más que ésta, y poco a poco tanto más que ya nunca en el hombre y en cada individuo humano si la naturaleza no resultase desagradable (la cual, en último extremo, jamás puede ser totalmente ni agotada ni superada) casi no se consideraría sino en lo

interior, y para el hombre no se entendería en ningún otro sentido que en el de su espíritu.

Ahora, proporcionalmente a esta espiritualidad de las cosas y de las ideas del hombre, así como del hombre mismo, ha comenzado a acrecentarse aquella espiritualidad del amor, la cual lo transforma en el campo y en la fuente de las ideas más anhelantes y de los sentimientos más indefinidos; acaso porque con ellos no despierta ninguna otra pasión; no obstante que ello –en su origen e incluso hoy día en lo que a su fin se refiere– acaso sea al mismo tiempo la más real y la más determinada de las pasiones, común en cuanto se refiere a su naturaleza, a las bestias, a los hombres más brutales y estúpidos, etc., y que son los que menos participan del espíritu.

Hasta el punto de que, una vez alcanzado en estos últimos tiempos la más extremada espiritualidad en los asuntos humanos, ha nacido, así puede decirse, de nuestra memoria; o ciertamente se ha vuelto común –por vez primera, en estos últimos años– aquel amor que –con un nuevo nombre, a la vez que se ha considerado como algo nuevo– se ha llamado sentimental; aquel amor del que los antiguos apenas tuvieron idea, o que bajo el nombre de platónico –apareciendo a veces en algún raro espíritu o siendo motivo de diálogo entre filósofos y escolásticos– ha sido hasta ahora considerado o una ficción y una ideación de la razón, algo quimérico, o un milagro; algo desagradable para el conjunto de la naturaleza, o un imposible, o algo muy extraordinario, o una palabra vacía de sentido y una idea confusa.

Y verdaderamente ella ha sido hasta ahora –si así se puede decir– confusísima y más bien nombrada por los filósofos que comprendida. Así como ha sido escarnecida y valorada por muchos sabios como incapaz de llegar a ser jamás algo claro. Esta excesiva y moderna espiritualidad del amor –la cual con mis propias palabras he definido como amor sentimental– responde a una suprema espiritualidad de las cosas humanas, que en estos últimos tiempos tuvo y tiene lugar.

Y cómo de la espiritualidad de las cosas humanas ha nacido y ha debido nacer, y crecer siempre consigo mismo en una exacta proporción (y finalmente alcanzar la cima de la espiritualidad del amor, y por tanto del anhelo y de lo indefinido, que ahora es algo propio de esta pasión y de los sentimientos de un sexo hacia el otro), es algo manifiesto y fácil de explicar con cuanto he antedicho.

El hombre desde el principio –tanto en él mismo como en los demás hombres, naturalmente también en la mujer, y viceversa, la mujer en el hombre– no consideraba

sino el aspecto exterior. Pero con el comienzo de la civilización, al nacer la idea del espíritu a causa de la fuerza y acción que el mundo interior comenzaba a adquirir y a desarrollar, y poco a poco, como este mundo exterior, así la idea del espíritu y la del cuerpo (en primer lugar confrontándose y luego, despacio, imponiéndose exageradamente), el individuo de un sexo sobre el del otro debía necesariamente comenzar a tener antes en cuenta también al espíritu; y, a continuación, valorarlo igual que el cuerpo, y finalmente más que al mismo cuerpo, al menos en un cierto sentido y modo.

De tal manera que la finalidad agradable para un sexo fue para el individuo del otro no ya una finalidad simplemente material, como lo era al principio, sino una finalidad compuesta de espíritu y cuerpo, de parte oculta y de parte manifiesta; y después, poco a poco, una finalidad más espiritual que material, más oculta e imaginable que manifiesta y sensible, más interior que exterior.

Y como las ideas que tienen relación con la parte interior y oculta del hombre son naturalmente vagorosas e inciertas, por tanto la idea del objeto amable, considerado en dicho modo, comenzó necesariamente a tener algo de misterioso, uniéndose en esa idea la consideración del espíritu y la del cuerpo; y adquiriendo importancia progresivamente la primera consideración sobre la segunda, siempre más misteriosa debía resultar la idea de la persona amada, hasta llegar a tener finalmente más de mística, de incierta y de vagorosa, que de clara y determinada.

Así, los sentimientos y las ideas que pertenecen a la pasión del amor siempre participaron más de lo indefinido de acuerdo con la civilización (y, por tanto, esa pasión llegó a ser, no hay duda alguna, incomparablemente más deleitosa); tanto que, cualquiera que sea el principio del amor, fue igual y necesariamente hoy como lo fue en los primitivos, como lo es en los salvajes, como es y fue siempre en las bestias; esa pasión, además de material y animal, en no menor medida, al reunir en sí lo espiritual con lo material, ha llegado a ser tan diversa de aquélla que en verdad el amor propio y sentimental no parece tener nada que ver ni con el amor de los salvajes, ni con el de las bestias, sino ser, de hecho, de naturaleza, principio y origen diverso y distinto.

Hoy en día, incluso el amor menos platónico y más sensual tiene también necesariamente en sus ideas y en sus sentimientos muchísimo de espiritual, y por tanto de imaginativo, de vagoroso y de indefinido. Y en el objeto amado, o gozado, o amable – incluso la persona más brutal –, siempre tiene en consideración y en algún modo una

parte oculta de ese objeto que acompaña y anima, y al que estrechamente pertenece, abraza y está unida a aquella parte y a aquellos miembros que él desea, o que goza, o que contempla como amables y deseables; porque, de hecho, esa parte existe y tiene muchísimo que ver con pertenecer a aquel objeto, y lo interior es una porción muy grande de esto, por brutal o insensato que sea; y habitualmente el amante lo ve bastante bien. Me refiero a las personas amadas y a los amantes, los cuales, a pesar de que sean brutales, incultos y poco valorables para el espíritu, son civilizados.

Valor – Reflexión. Irreflexión

Existen dos tipos de valor muy contrarios entre ellos. Uno, que nace directamente de la reflexión; el otro, de la irreflexión. Ello es siempre así a pesar de cualquier esfuerzo débil, incierto, breve, y que poco se fundamentaría ya sea en los otros, ya sea en aquello en que él se encuentra, etc.

Comunicar a los demás los placeres

Acallar un gran placer (es decir, si él es acallado) *no es un placer completo*. Maquiavelo, *Asno de oro*, cap. 4, vv. 86-87.

Compasión – Ayuda – Memorias de mi vida

Los hombres de naturaleza, costumbre, circunstancia y ocasión alegres están generalmente dispuestos a servir, ayudar y compadecer; y los melancólicos, por el contrario, en menor medida. De ello y de manera equivalente he escrito en otro lugar por extenso.

Amor propio – Educación. Enseñanza – Formación moral – Maquiavelismo de la sociedad – Tímidos – Hombres de gran talento – Vitalidad, Sensibilidad – Memorias de mi vida

Parecería que los hombres desenvueltos, francos en el conversar, y sobre todo los desdeñosos, tuviesen más amor propio que los demás y más estima de sí mismos; mientras que los tímidos, menos. Por el contrario, los tímidos, por un exceso de amor

propio y por el excesivo aprecio que tienen de sí mismos –temiendo siempre alterar y perder la estima de los demás, o deseando excesivamente adquirirla y figurar–, siempre tienen delante de sus ojos el riesgo del propio honor, de la propia opinión, del propio amor y, ocupados y unidos en este pensamiento, no poseen valor, y nunca se atreven a hacer nada.

Cristianismo – Educación. Enseñanza – Jóvenes sensibles – Juventud – Inclinação del hombre – Monjes – Placer (Teoría del) – Sacrificios de sí mismo – Memorias de mi vida

Il est aisé de voir la prodigieuse révolution que cette époque (celle du Christianisme) dut produire dans les mœurs. Les femmes, presque toutes d'une imagination vive et d'une âme ardente, se livrèrent à des vertus qui les flattoient d'autant plus, qu'elles étoient pénibles. Il est presque égal pour le bonheur de satisfaire des grandes passions, ou de les vaincre. L'âme est heureuse par ses efforts; et pourvu qu'elle s'exerce, peu lui importe d'exercer son activité contre elle-même, Thomas, *Essai sur les femmes. Œuvres*, Amsterdam 1774, t. 4, p. 340⁶⁵.

Compasión, Ayuda – Interés por los demás – Mortificación – Hombres sensibles – Memorias de mi vida

La infelicidad habitual, así como también el estar normalmente privado de placeres y de cosas que halagan al amor propio, extingue a la larga en el alma la más exquisita imaginación, cada virtud del sentimiento, cada vida y actividad y fuerza, y casi cada facultad. La causa es que un alma tal –después de la primera e inútil desesperación, del contraste feroz o doloroso con la necesidad y reduciéndose al fin a un estado tranquilo– no posee otro recurso para vivir, ni otro efecto provoca en él la naturaleza misma y el tiempo, que la costumbre de tener continuamente reprimido y acallado el amor propio, para que la infelicidad sea menos ofensiva, y sea tolerable y compatible con la calma.

Por tanto, nos referimos a una indiferencia y a una insensibilidad hacia sí mismo mayor de lo debido. Con lo que ésta acaba siendo una perfecta muerte del ánimo y de sus facultades. El hombre que no se interesa por sí mismo no es capaz de interesarse por

nada, porque nada le puede interesar al hombre que no esté en relación consigo mismo más o menos cerca, de manera evidente y de cualquier forma que sea.

Las bellezas de la naturaleza, la música, los poemas más bellos, los acontecimientos del mundo felices o trágicos, las desventuras o fortunas de los demás, incluso las de sus propios seres allegados, no producen en él ninguna impresión viva, no lo despiertan, no lo encienden, no provocan en él imágenes, sentimiento, interés alguno; no le producen ni placer ni dolor, si bien pocos años antes lo llenaban de entusiasmo y lo estimulaban con mil muestras de creatividad.

Él se asombra, absurdamente, de su esterilidad, de su inmovilidad y frialdad. Se ha vuelto incapaz de todo, inútil para sí y para los demás, de tan capaz como era. La vida se ha acabado cuando el amor propio ha perdido su *ressort*. Cada potencia del alma se extingue con la esperanza. Es decir, con la plácida desesperación, porque, arrebatada, está llenísima de esperanza, o al menos de deseo, y anhela desasosegadamente la felicidad en el acto mismo con el que hace uso del puñal o del veneno contra sí misma.

Pero el deseo tanto más se extingue cuanto es posible en un alma acostumbrada a verlos siempre como contrariados, y reducida —o a causa de la reflexión o de la costumbre, o por ambas— a calmarla y a oprimirla. El hombre que no busca el bien para sí mismo y que no se ama no es bueno para con los demás. Todos los placeres, los dolores, los sentimientos y las acciones que le inspiran las situaciones a que arriba hemos aludido —es decir, las de la naturaleza y las demás— se referían, de una u otra manera, a sí mismo, y su vivacidad consistía en un vivo regreso a sí mismo.

Por otra parte, incluso sacrificándose por los demás, él no disponía de la fuerza que le proporcionaba este regreso y vuelco sobre sí mismo. Ahora bien, sin ninguna ferocidad, ni misantropía, ni rencor, ni resentimiento, sin tan siquiera egoísmo, aquella alma, poco antes tan tierna, es insensible a las lágrimas, inaccesible a la compasión. Se disponía incluso a socorrer, pero no a compadecer. Beneficiará o socorrerá, pero a causa de una fría idea del deber, o más bien de la costumbre, sin un sentimiento que lo estimule o un placer que sienta. La verdadera y pacífica negligencia hacia sí mismo es negligencia hacia todo, y, por tanto, incapacidad de todo, y aniquilamiento del alma que, por naturaleza, es la más grande y fértil.

Este mismo efecto que provoca la infelicidad lo produce, como he dicho, el hábito de no probar o de no verse ante una situación con apariencia alguna de infelicidad, de algún

dulce futuro, de algún placer grande o pequeño, de alguna suerte a lo largo del día o perdurable, de alguna caricia o lisonja por parte de los hombres o de las cosas.

El amor propio que jamás es halagado se aparta inevitablemente de las cosas y de los hombres (por más que sea sumamente filantrópico o tierno), y el hombre, habituándose a no ver en la vida y en el mundo nada que a él le esté destinado, se habitúa a no interesarse por ello, y todo le resulta indiferente; de tal manera que el más grande genio se torna estéril y también incapaz de aquello de lo que son capacísimos los animales más pobres por naturaleza, estériles, más desposeídos e inútiles. Además de privarle cada vez más de cualquier ilusión o éxito a su amor propio, siempre confirma en él el hábito de la negligencia, de la ineptitud y del desagrado.

Triste condición es la del genio, tanto la de caer en este estado (que, en verdad, no es estrictamente propio sino de él), cuanto que, desde el principio, su amor propio es más vivo, y por tanto más ávido y deseoso de halagos, placeres y esperanzas, y menos dispuesto a apreciar y a satisfacerse con aquellas o aquellos que a los demás les bastan, así como más sensible ante las ofensas o agresiones que la gente vulgar no siente⁶⁶.

La compasión debe ceder – Compasión – Memorias de mi vida

La compasión, que nace de la belleza, es sentida incluso hacia quien, por muchas razones, no la merece, también perpetuada en la posteridad y la cual siempre es estimada como un juez justo. (Véase Thomas, ob. cit., cap. 26, pp. 46-47).

Maquiavelismo social – Tiberio (Carácter de) – Manual de filosofía práctica – Memorias de mi vida

La conducta de Tiberio durante el Imperio no fue desde el inicio nada agradable, benigna, moderada, pero a la vez humilde; en suma, otra cosa que *civilis* (ver Suetonio, *Tiberio*, c. 26, pp. 24-33); sus reservas para aceptar el Imperio, etc., parangonadas con la conducta tiránica que siguió, se atribuyeron a una política profunda, a disimulo y a simulación.

Yo no logro ver en ello nada de fingido, ni de artificial. Tiberio era ciertamente, a diferencia de César, de naturaleza tímida. Luego, también se diferencia de César, que desde muy joven fue progresando de manera continua, y habituando sucesivamente su

ánimo y su carácter a grandezas cada vez mayores; y de Augusto, el cual también desde muy joven se vio a la cabeza de los asuntos de Estado; Tiberio, particular que vivió la juventud y la madurez bajo la sospecha de Augusto y de los parientes de éste, e incluso en un no pequeño peligro (pasó ocho años retirado en Rodas para alejarlo y hacerle de menos), no poseía ni el ánimo ni el carácter con que el poder forma, cuando la fortuna llegó a sus manos.

Sin embargo al principio fue modesto; es más, tímido y humilde, incluso después de haberse librado de cualquier temor, como nos dice expresamente Suetonio (cap. 26⁶⁷); no que en él hubiera disimulo. Yo no veo sino un hombre habituado a someterse, acostumbrado a temer y a evitar la ofensa; reducido a estar por encima, mantiene todavía la costumbre de tal temor y de tal prevención. Él pierde este comportamiento con el paso del tiempo y con su continua experiencia del poder y del sometimiento; es más, de la abyección de los demás.

Esto no es desenmascararse; esto es cambiar de carácter y de naturaleza, a causa de la mutación de las circunstancias. Tiberio era ciertamente malo, por vil y débil⁶⁸. Ésta fue la causa de que el poder lo transformase en un tirano, porque su naturaleza era tal que la influencia del principado debía hacer del suyo un carácter de príncipe malo. Pero aquí nada tiene que ver la simulación⁶⁹.

***Valor – Infancia – Padres. Casa paterna – Juventud – Tendencia del hombre –
Religión. Culto – Memorias de mi vida***

Es consustancial al hombre débil, mísero, sometido a tantos peligros, infortunios y temores, el suponer, el figurarse, el fingir también gratuitamente una sensatez, una sagacidad y una prudencia, un entendimiento y discernimiento, una perspicacia, una experiencia superior a la propia, en cualquier persona, a la cual –atendiendo luego a cada dura oportunidad suya– se reconforta o se asusta, según que vea a aquélla o alegre o triste, azorada o valerosa, y que se sustenta sobre su autoridad sin otra razón.

Además, con mucha frecuencia, ante los más graves peligros y los más míseros sucesos, se consuela y entenece, sólo a causa de la buena esperanza y opinión, por más que sea manifiestamente falsa y sin ninguna apariencia razonable, que él ve o se imagina que reside en aquella persona; o sólo también por un aspecto alegre y determinado que él

ve en aquélla. Así se comportan bastante a menudo los hijos hacia sus padres, máxime en su más tierna edad.

Así me he comportado yo también en una edad consolidada y madura hacia mi padre; de tal manera que, en cada mala ocasión o temor, me he visto acostumbrado a mostrar, si no otra cosa, el grado de mi aflicción o de mi propio temor, de esperar ver o de conjeturar el suyo, y la opinión y el juicio que él poseía del asunto; ni más ni menos como si yo fuese incapaz de juzgarme a mí mismo; y viéndolo, verdaderamente o en apariencia sin turbarse, mi ánimo normalmente se reconfortaba sobremanera, con una absoluta y ciega sumisión a su autoridad, o confianza en su providencia.

Y encontrándome lejos de él, he experimentado frecuentísimas veces un sensible, aunque no reflexivo, deseo de hallar tal amparo. Y se ha observado y visto mil veces la prueba de esto en los militares, incluso en los muy experimentados y veteranos, los cuales solían someterse ante los peligros, en los momentos difíciles, en las calamidades de la guerra, de las opiniones, de las palabras, de los actos, del aspecto de cualquier capitán, aunque fuese éste joven e inmaduro, pero que se había ganado su confianza; y según cuanto vean o crean ver que él hace, esperar o temer, dolerse o consolarse, adquirir ánimo o perder el valor. Por lo que suele ser tan útil en el Capitán la firmeza de ánimo, el disimulo del dolor o del temor en los casos en los que extremadamente uno debe temer o dolerse.

Y esta cualidad del hombre todavía es una de las razones por las cuales tan universalmente y de tan buena gana se ha abrazado (y tenido, como aún se tiene) la opinión de un Dios providencial; es decir, de un ente superior a nosotros en juicio e intelecto, el cual disponga sobre cada uno de nuestros sucesos, y dirija cada afán nuestro, y en cuya providencia podamos reponernos del éxito de nuestras cosas.

Nos referimos a la creencia en un ser más sabio sin medida y más consciente que nosotros, el cual dispone y conduce de continuo todos los acontecimientos (y todos dirigidos al bien), además de aquellos que para nosotros más parecen males, y que vela por nuestra suerte; y todo esto con razones y maneras desconocidas para nosotros y que no podemos, de manera alguna, descubrir ni entender y por lo que no debemos insistir en pensar sobre ello. Esta creencia es para los hombres, universalmente, y sobre todo para los débiles y los infelices, un consuelo mayor que cualquier otro posible; consuelo que no de otra causa procede, ni en otra consiste, que en un reposo, una quietud y una confianza ciegos en la autoridad, en el juicio y en la prevención de los demás.

Costumbre – Compasión, Ayuda – Intermittencia moral – Memorias de mi vida

Intermittencia moral. Pasiones y cualidades morales intermitentes. Añadiré que esta odiosa pasión (la avaricia), teniendo con frecuencia su origen en la debilidad de nuestra constitución, ocurre que las enfermedades corporales a veces la desarrollan.

Una dama que, durante seis meses al año estaba sometida a vapores y a la melancolía, poseía también durante ese tiempo una sórdida parsimonia; pero como apenas las funciones corporales reanimaban su armonía, ella se hacía adorar por su gran generosidad (Alibert, *Physiologie des passions*, en *Nuovo Ricoglitore*⁷⁰ de Milán, cuaderno 23, p. 788).

Esta observación se puede, en suma, ampliar. Cada uno de nosotros, si se observa cuidadosamente, encontrará en sí mismo esta evidente intermitencia. Yo, que tiendo al egoísmo, porque soy débil y enfermo, mil veces más egoísta en el invierno que con el buen tiempo, en la enfermedad que con buena salud y en la confianza en el provenir; más abierto a la compasión y fácil para interesarme por los demás, y recibir de ellos ayuda, cuando cualquier suceso me ha hecho confidente de mí mismo, o alegre, que cuando me siento envilecido o melancólico.

¡Cuántas cosas luego no se podrían decir sobre esta misma intermitencia, considerada no en la cualidad sino en las facultades intelectuales y sociales, ya sean congénitas o adquiridas!

Infancia y Jóvenes – Memorias de mi vida

Parece como si la infancia y la juventud hayan generado de manera natural una inclinación a destruir; y la edad madura y avanzada, a conservar. No quiero deducir esto del ver que los jóvenes escogen el despilfarrar y el llevar a mal fin el patrimonio, cuando los previsores lo acumulan, conservan y acrecientan («Desconsideración y despreocupación ante el futuro»); lo cual fácilmente se explica y nace porque los jóvenes son confiados y reflexionan poco, no piensan en el porvenir, al contrario de los ancianos, que son tímidos, cautos y siempre solícitos con el futuro.

Pero véase cuanto he dicho además en asuntos en los que no ha lugar ni el temor o la confianza, ni la providencia o la imprevisión ante el porvenir. Un niño y un joven

encontrarán numerosas veces el placer de matar a una mosca o a otro animalillo, cazándolo incluso con esfuerzo, sin otra razón ni otro fin que el de darse un gusto con ello; rarísimas veces se complacerá o pasará por su cabeza salvar a animal alguno, si es que lo ve en peligro y puede salvarlo sin esforzarse lo más mínimo.

Un hombre maduro, o un anciano, rara vez encontrará placer en el matar; lo frecuente es que se complazca en salvar tales criaturas, viéndolas ante el peligro de perderse y sobre todo pudiendo socorrerlas sin sentirse a disgusto. Y de esta forma se comportarán unos y otros, instintivamente y sin pararse a pensarlo. Luego es algo manifiesto de qué manera los jóvenes tienden a la novedad, y no sólo porque se muestren deseosos en su afán de innovar, sino además simplemente por acabar con lo antiguo, o de ver cómo se extingue, mientras que las personas con experiencia se muestran, por el contrario, celosas de la conservación de las cosas existentes. De ello se podría deducir que la naturaleza, siempre atenta y experta en conservar y en crear, y no en destruir, hubiese estimulado y encargado a aquellos que acaban de venir al mundo y crecen el afán de destruir, casi para hacerse notar; mientras que a aquellos que consuman su vida y se disponen a abandonarla aman conservar y producir, casi por dejar lleno su vacío, para dejar cosas que permanezcan ante la situación de cambio, para cubrir el puesto que ellos están a punto de dejar.

Compasión – Debilidad – Drama – Epopeya – Interés por la poesía – Tasso y Dante – Memorias de mi vida – Teórica de las artes. Parte práctica

De nuestros máximos poetas, dos de ellos han sido muy desgraciados: Dante y Tasso. De ambos hemos visitado sus sepulcros. Pero yo, que he llorado sobre el de Tasso, no he tenido ningún gesto de ternura ante el de Dante, y esto creo que es algo que generalmente acaece. No por ello falta en mí, ni en los demás, una altísima estima, es más, admiración hacia Dante, en mayor medida quizá (y razonablemente) que hacia el otro.

Por lo demás, las desgracias de aquél fueron, sin duda, reales y grandes; de éste al menos no estamos seguros de que no hayan sido –al menos en gran parte– imaginarias; tanta es la escasez y oscuridad de las noticias que tenemos sobre este particular, tan confuso y lleno de contradicciones en la manera de escribir del propio Tasso.

Pero nosotros vemos en Dante a un hombre de ánimo fuerte, suficiente para controlar

y aguantar la mala suerte; además de ser un hombre que se opone y combate con ella, con la inevitabilidad del hado. Algo en verdad más admirable, pero menos grato y digno de conmiseración. En Tasso hemos visto a alguien que ha sido vencido por la propia miseria, que no lucha, aterrorizado, que ha cedido ante la adversidad, que continuamente sufre y padece de otro modo. Ya sean incluso completamente imaginarias o vanas sus calamidades. Su infelicidad es ciertamente real. Es más, sin error alguno, pues si bien fue menos desafortunado que Dante, fue más infeliz. (Se puede aplicar esto a la epopeya y al drama, etc.)

***Educación – Enseñanza – Franceses – Formación moral – Ingleses – Italia –
Españoles – Soberbia nacional – Alemanes – Memorias de mi vida***

Todos nos sentimos naturalmente inclinados a valorarnos a nosotros mismos iguales a quien es superior a nosotros, superiores a los iguales y mayores, sin comparación con quienes son inferiores. En suma, tendemos a enaltecer el propio mérito sobre el de los demás y al margen de cualquier modo o razón.

Es éste un comportamiento de naturaleza universal y proviene de un manantial común a todos. Pero existe otro manantial de orgullo y de desprecio hacia los demás, desconocido de hecho para nosotros. Así ha llegado a ser causa de la costumbre adquirida desde la infancia como algo natural y propio. Me refiero a la estima que los Franceses y los Ingleses⁷¹ poseen de la propia nación.

De esta manera, el más humano y bien educado, y desprovisto de prejuicios, Francés o Inglés, jamás puede admitir que, encontrándose con forasteros, no se crea, cordial y sinceramente, que se encuentra ante un inferior a sí (cualquiera que sean el resto de las circunstancias), y que no desprecie, en mayor o menor medida, a las demás naciones sorprendidas en defecto; y que, de cualquier modo, en mayor o en menor medida, no demuestre externamente esta opinión suya de superioridad.

Se trata de una ofensa muy distinta de esa fuente de orgullo, de estima de sí mismo en perjuicio o humillación de los demás, de la cual ningún otro entre los pueblos civilizados, a no ser los hombres de dichas naciones, puede tener o formarse una idea justa.

Los Alemanes, que podrían con el mismo derecho tener el mismo sentimiento, se ven impedidos, por la división que se da entre ellos, al no sentirse como nación alemana. Los Rusos se consideran que son medio bárbaros. Los Suecos, los Daneses, los Holandeses,

de ser demasiado pequeños y de tener poco poder. Los Españoles del tiempo de Carlos V y de Felipe II tuvieron ese mismo sentimiento, como lo observamos en la Historia, no menos que los Franceses y los Ingleses de hoy, y con igual derecho; acaso, sin derecho alguno, también lo tienen hoy.

Lo mismo sucede con los Portugueses. Pero ¿quién tiene hoy en cuenta a los Españoles y a los Portugueses, si nos referimos a pueblos civilizados? Los Italianos quizá tuvieron ese orgullo (y parece que con fundamento) en los siglos XV y XVI, y parte del precedente, y del que siguió a éstos; y fue así a causa de su civilización, que fue superior a la del resto de Europa. De los Italianos de hoy, no hablo; ni siquiera sé bien si existen.

Este sentimiento de ver como inferiores a los forasteros, este mirarlos o tratarlos como de arriba abajo, es, a causa de la costumbre, algo natural e inherente en los Franceses e Ingleses. Lo mismo sucede en un hombre que ha nacido noble y rico en el hablar y en el tratar con los pobres y con los plebeyos como con gente que, por naturaleza, es inferior. Incluso el hombre del mejor corazón del mundo, o el más sabio, poseyendo dicha condición, los tratará de tal manera, si es que no atenderá o se esforzará a este propósito para actuar de otra forma; porque esa opinión de su superioridad sobre tales personas no depende en él del raciocinio sino de la voluntad.

Muy útil puede ser y sin error esta opinión que tienen los Franceses y los Ingleses de sí mismos. Le sería útil incluso a quienes la tuviesen sin razón alguna. El poseer una gran estima de sí mismo es el primer fundamento sea de la moralidad, sea de las miras y acciones nobles y honradas.

También es así porque el reconocer en otros una opinión sobre la propia inferioridad, y un cierto desprecio de sí mismo ante cualquier otra cosa, siempre es desagradable. No cabe duda de que el ver este orgullo nacional en los Franceses e Ingleses no resulta en modo alguno desagradable u odioso para los forasteros. Y como la civilización y la crianza son las que mandan (y, sobre todo, el que se esconda el sentimiento de la propia superioridad y el desprecio de aquellos con los que tratamos, por razonable y fundado que éste sea), es la causa por la que Franceses e Ingleses deberían ocultar ese sentimiento suyo entre los forasteros. Los Ingleses no alardean de buena crianza, sino de no tenerla; es decir, más bien de mala crianza. Sin embargo, no nos asombramos de ello.

Los Franceses no sólo alardean de ello, sino que quieren ser, creen ser, y en verdad lo son, la gente mejor educada del mundo. Es más, en ello fundamentan mayormente esa opinión suya de superioridad. Por ello, parece extraño que el mejor educado de los

Franceses no arriesgue —o no pase por su mente el considerarse—, al hablar o al escribir a los forasteros, a darles a entender, de alguna manera (pero con claridad), que se comportan así sin afán de controversia o por hacerse de menos. Mucho menos sucede esto en los escritos que publican.

Aun así, parece algo extraño, si consideramos la gran sensibilidad y miedo que los Franceses tienen de hacer el ridículo. Porque si aquella pretensión suya resulta ridícula a quien la estima justa, y por otra parte útil y digna de alabanza, como la considero yo, ¿cuánto no le deberá parecer a aquellos que piensan de otra manera, o que estiman absolutamente ese comportamiento como vano, exagerado, etc.?

***Animales. Hacen uso de la totalidad – Desesperación – Niños – Reflexión.
Irreflexión – Esperanza – Memorias de mi vida***

Un hombre indefenso ante las arremetidas de una bestia de cuerpo y de fuerza iguales a los de él, por ejemplo un perro grande, difícilmente quedará como superior ante dicha situación y verosímilmente resultará vencido. Para que él venza, le será necesario que haga uso de un arma que le proporcione alguna fuerza no natural, una superioridad segura.

La razón de ello es que el perro utiliza y pone todo de su parte, hace incluso más de lo que puede, de lo que se deduce que el hombre siempre conserva una parte de sí mismo al margen del grupo, y se esfuerza menos de lo que puede. El perro no atiende al peligro, ni lo tiene en consideración; no hace uso de la prudencia. El hombre, por el contrario, no se muestra de hecho desesperado, estado al cual llega él con dificultad, aunque posea una razón absoluta para desesperarse.

Él siempre se muestra precavido porque siempre espera; y así, precaviéndose, no obtiene cuanto su esperanza le promete; o no huye de aquello de lo que esperaba huir; aquello que, si no lo esperase, obtendría o huiría. Que ésta sea verdaderamente la razón de ello se puede observar en un niño, el cual, de manera bastante más fácil que un hombre, resultará emparejado o superior en una refriega con un animal de fuerzas iguales a las suyas; pelea que él mismo, a veces, abordará de manera voluntaria.

El muchacho, y más el niño, luchará por sí mismo como un animal, o poco menos. Y, en este sentido, yo no encuentro nada inverosímil en la fábula de Hércules niño, estrangulador de dos serpientes. Y la tendré por más fácilmente verdadera que la del

mismo Hércules adulto, descuartizador del león nemeo⁷², sin otras armas que sus brazos, como en el otro enfrentamiento, es decir, el que tuvo con las serpientes.

***Compasión hacia los muertos – Consuelo – Inmortalidad del alma – Muerte –
Memorias de mi vida***

El común de los hombres está a favor de la inmortalidad del alma. A mí me parece que puedo alegar este mismo concepto, pero al contrario, y con tanta más razón cuanto que el sentimiento a que estoy a punto de aludir es tan sólo un efecto de la naturaleza, y no de las opiniones, de razonamientos, de tradiciones. Me refiero a que se trata de un puro sentimiento y no de una opinión.

Si el hombre es inmortal, ¿por qué lloramos a los muertos? Todos se ven impulsados por la naturaleza a llorar la muerte de sus seres queridos, y llorándolos más atienden a sí mismos que al muerto. Ante ningún tipo de llanto tiene menos razón el egoísmo que ante éste. Aquellos mismos que ante la muerte de alguien reciben un grandísimo daño, si no poseen otra causa que la de dolerse de esa muerte, no lloran; y si lloran, no piensan, no se acuerdan nada de ese daño, mientras dura su llanto.

Nosotros nos enternecemos verdaderamente con los difuntos, y, también naturalmente, sin razonar, antes de llevar a cabo cualquier razonamiento y a pesar de la razón. Los estimamos como infelices, los tenemos por dignos de compasión, nos parece miserable su caso y su muerte una catástrofe. Tal sucedía en tiempos de los antiguos, entre los cuales se tenía precisamente como inhumano el hablar mal de los muertos y el ofender su memoria; y establecían los sabios que no se injuriase a los muertos y a los infelices, considerando a los míseros y a los muertos como semejantes a nosotros. Y lo mismo creían los modernos y los demás hombres. Y así siempre fue y será.

Pero ¿por qué tener compasión de los muertos, por qué considerarlos como infelices, si las almas son inmortales? Quien llora a un muerto no se siente ya movido por el pensamiento de que éste se encuentre en un lugar o ante una situación de peligro. En tal caso, no podría llorarlo: lo odiaría porque lo consideraría un reo. Al menos, su dolor sería una mezcla de horror y de aversión; y cada uno sabe, por experiencia, que el dolor que se siente ante los muertos no es una mezcla de horror y de aversión, ni tiene su origen en tal causa o situación en modo alguno.

De aquí proviene, pues, la compasión que sentimos hacia los muertos, si no es del

creer –siguiendo un sentimiento íntimo e irracional– que ellos hayan perdido la vida y su ser; y que tales cosas –sin razón alguna y a despecho de la razón– ¿no son consideradas por nosotros, naturalmente, como un bien, y su pérdida como un mal? Por tanto, nosotros no creemos con naturalidad en la inmortalidad del alma; es más, creemos que los muertos están verdaderamente muertos, y no vivos; y el que está muerto ya no existe.

Pero si creemos de tal manera, ¿por qué los lloramos?, ¿qué compasión puede tenerse con alguien que ya no existe? Nosotros lloramos a los muertos no como a muertos, sino como a seres vivos; lloramos a aquella persona que estuvo viva y que, viviendo, nos resultó querida; y la lloramos porque ha dejado de vivir, porque ahora ni vive ni existe. Nos duele no que ella sufra ahora por algo, sino que haya sufrido esta última e irreparable desgracia (en nuestra opinión) de haberse visto privada de la vida y del ser. Esta desgracia que le ha *acaecido* es la causa y sujeto de nuestra compasión y de nuestro llanto. En cuanto se refiere al momento presente, nosotros lloramos su memoria, no a ella.

Educación. Enseñanza – Niños – Maquiavelismo social – Odio hacia nuestros semejantes – Memorias de mi vida

El verse ante un espejo, y el imaginar que puede haber otra criatura semejante a sí mismo, provoca en los animales un furor, un desasosiego, un dolor extremos. Observarlo en la simia del relato de Pougens, titulado *Joco (Nuovo Ricoglitore*, Milán, marzo de 1827, pp. 215-216). Lo mismo sucede con nuestros niños. (Véase en Roberti, *Carta a un niño de 16 meses*. ¡¡Éste es el gran amor que concede la naturaleza a nuestros semejantes!!⁷³)

Fisonomía. Ojos – Juventud – Inspirar – Vejez – Memorias de mi vida

Bien triste es aquella edad en la cual el hombre siente que ya no produce inspiración alguna. El gran deseo del hombre, el gran móvil de sus actos, de sus palabras, de sus miradas, de su gravedad hasta la vejez, se basa en el deseo de inspirar, de comunicar algo de sí mismo a los espectadores y oyentes.

***Formación moral – Maquiavelismo social – Modestia – Estima de sí mismo –
Memorias de mi vida***

El amor y la estima que un literato aporta a la literatura o un científico a la ciencia se encuentran, las más de las veces, en razón inversa al amor y a la estima que el literato o el científico tiene de sí mismo.

***Placer (Teoría del) – Recuerdos – Anhelo – Manual de filosofía práctica – Memorias
de mi vida***

Memorias de mi vida. Habiendo cambiado frecuentemente y en varias ocasiones el lugar de mi residencia, y deteniéndome en ella más o menos, meses o años, me di cuenta de que jamás me encontraba contento, nunca centrado, nunca instalado de manera natural en lugar alguno, por más que éste fuese óptimo; y ello sucedía así en tanto que yo no poseía recuerdos de sentirme unido a un determinado lugar, a las habitaciones en las que yo moraba, a las calles y a las casas que frecuentaba.

Dichos recuerdos no consistían en otra cosa que en decirme a mí mismo: aquí estuve hace tanto tiempo; aquí hace tantos meses que estuve, hice, vi, oí tal cosa; circunstancia que, por lo demás, no se había dado en momento alguno, pero el recuerdo, el poderme acordar de ella, me la hacía ver como importante y dulce.

Es algo manifiesto que esta facultad y serie de los recuerdos, unidas a los lugares por mí habitados, yo no podía tenerlas sino con el sucederse del tiempo, y con el tiempo no me podían faltar. Pero siempre me sentía triste en cualquier lugar durante los primeros meses, y, con el transcurrir del tiempo, me encontraba con que siempre acababa contento y aficionado a cualquier lugar. Con el recuerdo, dicho lugar casi se convertía en mi lugar nativo.

***Compasión – Compasión, Ayuda – Educación. Enseñanza – Juventud – Infelicidad
humana (Pruebas de la) – Vejez Memorias de mi vida***

Verdadera y perfectamente no se pueden encontrar entre los humanos pruebas dignas de compasión. Los jóvenes serían, al respecto, más capaces, cuando no sufren nada que los demás, por hallarse en la flor de la edad, cuando a ellos todo les sonríe de cada cosa,

cuando nada sufren, porque, aun en el caso de que tengan una causa para sufrir, no la sienten.

Pero los jóvenes nunca han padecido nada, no poseen una idea suficiente de las infelicidades humanas; casi las consideran como ilusiones, o como desgracias propias de otro mundo, porque ellos no tienen en sus ojos sino la felicidad.

Quien padece no está dispuesto a compadecer. Perfectamente más apto para ello podrían ser otros que el que hubiese padecido, o no padeciese nada y estuviese plenamente provisto del vigor corporal y de cualidades extrínsecas. Pero no ha lugar a que el joven (que no ha padecido), encontrándose en plenitud de sus facultades, nunca padezca.

De no ser así, el mismo declinar de la juventud es una desventura para cada hombre, la cual tanto más se siente cuanto uno es, por otra parte, menos desgraciado. Pasados los veinticinco años, cada hombre es consciente por sí mismo de alguna desgracia amarguísima: de la decadencia de su cuerpo, del marchitarse de la flor de sus días, de la huida y de la pérdida irrecuperable de su querida juventud.

Compasión, Ayuda – Educación. Enseñanza – Interés por los demás – Sacrificios de sí mismo – Memorias de mi vida

El primer fundamento del sacrificarse o actuar en favor de los demás es la estima de sí mismo y el tenerse en consideración. De ello se deduce que el primer fundamento del interesarse por los demás es el contemplarse a uno mismo esperanzadamente.

Epílogo

Las personas habituadas a la prueba de leer y de traducir a Giacomo Leopardi (Recanati, 1798-Nápoles, 1837), y particularmente a trabajar sobre su lenguaje –en ocasiones claro, en otras con una fuerte influencia clásica y neoclásica, muy complejo–, se encontrarán en este volumen de *Las pasiones* con nuevas pruebas de dificultad y, a la vez, en lo que al contenido se refiere, con marcadas muestras de lo que se ha dado en llamar la «filosofía del pesimismo leopardiano». También hallará aquí desarrolladas algunas de sus ideas en torno al «hombre natural» y al «hombre moderno», «los antiguos», el «amor propio», la dualidad entre el bien el mal, entre lo bello y lo feo, los héroes clásicos, etc.

Además de ese lenguaje expresado en frases dilatadísimas, llenas de arcaísmos, retruécanos y ausentes de verbos, el lector hallará en este texto una muestra extremada de aquellas obras que Leopardi consideró como esbozos o redacciones provisionales de obras futuras. (Algo parecido podemos apreciar en los sabrosos *Recuerdos de infancia y de adolescencia* o, aunque de forma mucho más acabada y modernizada, en su *Diario del primer amor*, un texto de cuya original modernidad creativa me habló con fervor el novelista Juan Benet, tras leer mi traducción.)

En *Las pasiones*, lector y traductor se encontrarán también con una prosa escrita a vuelapluma, provisional, en la que, en todo momento –sin dejar de atender a lo esencial–, el autor está pensando *sintéticamente* (a pesar de las dilatadísimas exposiciones de sus frases), a la espera de desarrollar más adelante, en su plenitud, dichas frases o ideas. De ahí esos continuos y reiterativos *etcéteras* que pone al final o en medio de sus frases y que hemos deseado mantener para que se observe, en puridad, el carácter de ejercicio creativo de este texto. Pero, al mismo tiempo, hemos aligerado el estilo pensando en el lector común, modernizando sobre todo la puntuación.

En sus noches de insomnio –sentado, como nos recuerda su hermano Carlo, ya desde

niño, junto a su *tavolino*, escribiendo a la luz de una vela–, a Leopardi le desbordaban lecturas, ideas y proyectos. Este urgente, fecundísimo y tumultuoso afán de creación se transparenta muy bien en el texto que ahora hemos traducido. Ello conduce a veces, a lector y a traductor, a dudas innumerables que hemos procurado ir resolviendo de la mejor manera.

Ante todo, flexibilizando el estilo fuertemente neoclásico del texto, pero también, como acabamos de decir, la puntuación –acelerada, ausente o incluso en alguna ocasión incorrecta– del texto original. También siendo pródigos en el uso de guiones y paréntesis, que clarifican lo dilatado de las frases y nos permiten seguir mejor el sutil hilo de sus ideas. Diccionarios y enciclopedias italianos ejemplifican determinadas palabras suyas – hoy poco usadas, o inexistentes desde los tiempos de Petrarca–, citándolas precisamente como arcaísmos, en numerosos pasajes de las obras de Giacomo Leopardi. De ellas aparecen no pocas en este texto, que en otras ocasiones es muy fluido a causa de las enumeraciones, pero siempre extremadamente lúcido, amargo, provocador y perturbador.

Para estos términos –para la repetición, a veces obsesiva, de palabras y expresiones, de superlativos–, hemos procurado ir buscando también la flexibilidad, sin que se viera afectado, hasta donde nos ha sido posible, el contenido del mensaje. Suavizar adverbios y superlativos, rescatar o intuir verbos, acortar las frases o los párrafos, son otras prácticas que hemos llevado a cabo con el fin de hacer más comprensible un texto que tiende al hermetismo por su condición –como bien afirma Fabiana Cacciapuoti en la Introducción– de *studio formalmente inconcluso*.

Creo también que no es fácil aproximarse a este texto, y por extensión a la gigantesca obra originaria, de la que está extraído –el *Zibaldone di pensieri*–, sin tener un mínimo conocimiento de la vida y de la obra del autor de los *Cantos*. Sólo por esta razón, me permito recordar aquí algunos trabajos míos en los que el lector podrá encontrar una información más general para la completa comprensión del texto y de alguna nota puntual que he añadido. Uno atañe a la vida (*Hacia el infinito naufragio. Una biografía de Giacomo Leopardi*, Tusquets, Barcelona 1988); otros, a la obra: *Poesía y prosa* («Diario del primer amor», «Cantos», «Diálogos», «Pensamientos», Alfaguara, Madrid 1979), y, sobre todo, a la profundamente revisada edición *Cantos y Pensamientos* (Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, Barcelona 2006) o a la más asequible edición de estas versiones (DeBolsillo/Mondadori, Madrid 2008).

Como se puede apreciar en los títulos de los capitulillos de *Las pasiones*, las alusiones

constantes a las «Memorias de mi vida» nos hacen ver que, debajo de los oscuros, lúcidos y pesimistas pensamientos, siempre está presente, *late*, la vida de Giacomo Leopardi. Quien conozca ésta entenderá mejor muchas de las claves que en este libro se nos dan del pensar y del sentir del genial autor.

Su corta vida –39 años– le llevó sin embargo a crear una obra que todavía hoy resulta inconmensurable para estudiosos y lectores, a la vez que nos dejó redactado un amplio listado de sus obras futuras. Entre ellas, se encuentra este libro que prácticamente completó: un buen ejemplo para apreciar el proceso creativo del autor y de qué manera reparó en la necesidad de proporcionarles unidad y sentido monográfico a algunos de los innumerables temas por él tratados en los campos de la poesía, la filosofía, la crítica literaria y filológica, la historia, el mundo de la Antigüedad clásica o la psicología, por aludir sólo a unos pocos. *Las pasiones* son uno de ellos y en él sintetizó su sensible y ávido afán de conocimiento.

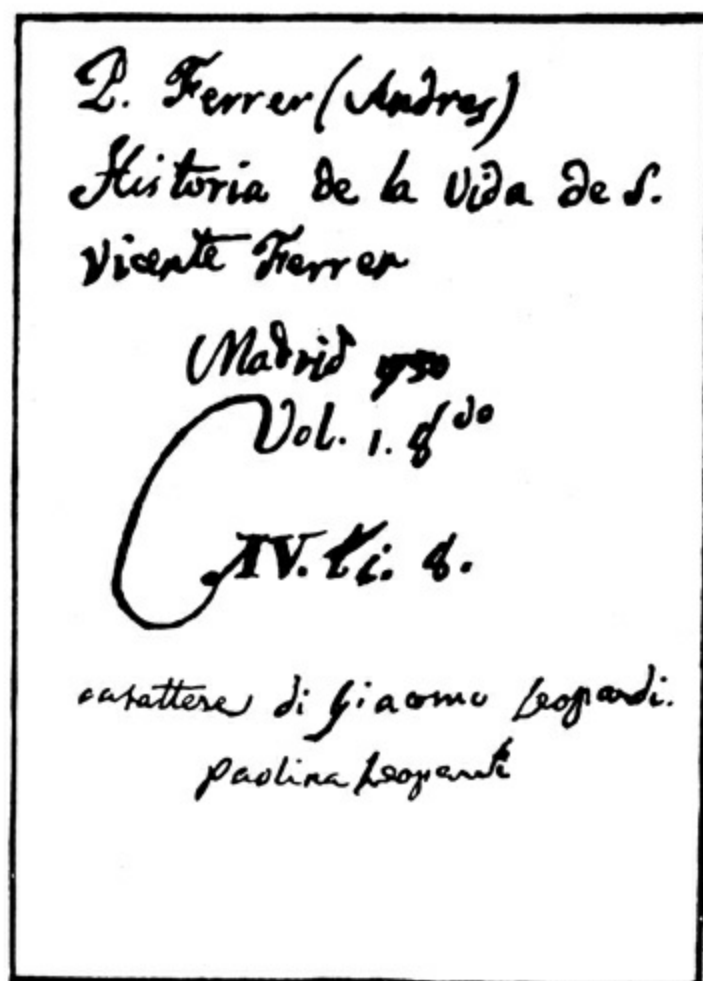
Antonio Colinas

Salamanca, febrero de 2012

Apéndice*

* En lo que se refiere a la relación de Giacomo Leopardi y su obra con los poetas españoles es muy completo el libro de Pedro Luis Ladrón de Guevara, *Leopardi en los poetas españoles*, Huerga & Fierro Editores, Madrid 2005.





Facsimil de una cédula bibliográfica de un volumen español del siglo XVIII, escrita por Leopardi adolescente (hacia 1810), para el catálogo de la biblioteca familiar de Recanati. Al final tiene dos líneas autógrafas de Paulina Leopardi, la hermana del poeta.

El original se conserva en la biblioteca de Miguel Romero Martínez.

XXXIII.

Il tramonto della luna.

Quale in notte solinga,
Sovra campagne inargentate ed acque,
Là 've zefiro aleggia,
E mille vaghi aspetti
E ingannevoli obbietti
Fingon l'ombre lontane
Sopra l'onde tranquille
E rami e siepi e collinette e ville;
Giunta al confin del cielo,
Dietro Apennino od Alpe, o del Tirreno
nell'infinito seno
Scende la luna; e si scolora il mondo;
Spariscono l'ombre, ed una

Il tramonto della Luna, fragmento manuscrito del canto XXXIII de Leopardi, Nápoles 1836.

Dittico
 Alla Luna e la Ricordanza

O graziosa Luna, io mi rammento
 Che ^{si soffre} ~~si soffre~~ ^{un anno} ~~un anno~~, io sopra questo poggio
 Venia, ch'io d'angoscia a ommirarti.
 E tu fendei alor sopra ~~questo poggio~~ ^{ricordo} ~~in quella selva~~
~~com'io fai~~, che tutta la rischiari.
 Men nebuloso e tremulo del pianto
 Che mi sorgea sul ciglio, ~~ed a la mia luce~~ ^{il tuo bel viso a la mia luce}
~~Il tuo viso appariva~~ ^{il tuo volto appariva} ~~perché dolente che travagliosa~~
 Era mia vita: ed è, nè ^{sanctia} ~~sanctia~~ stit,
 O mia diletta Luna. E più mi giova
 La ^{coro} ~~ricordanza~~, e 'l mover l'etate
 Del mio dolore. Oh ^{come} ~~quanto~~ ^{grato} ~~grato~~ muore
 Il correnir de le ~~grasate~~ cose.
 Amor che triste, e amor che il pianto duri!

(come "grato")

Alla Luna, poema autógrafo de Leopardi, Recanati, 1819.

El más grande poeta lírico de nuestro siglo.

J. Valera

Es el poeta más sincero y verídico de cuantos han cantado en lengua humana.

J. A. Galiano

Lo que tiene mejor Leopardi no es su filosofía desesperada, hija del siglo y del carácter del poeta, sino la forma purísima, de la cual es deudor a los griegos.

M. Menéndez Pelayo

Hace mucho tiempo que no he leído versos españoles que me hayan satisfecho tanto el entendimiento y el oído... Éste es el camino, amigo Estelrich, y al fin lo has aprendido gracias a nuestro Leopardi.

M. Menéndez Pelayo

Contemplando a Eufrasia y oyendo su gracioso divagar de política, pude repetir para mis adentros el verso de Leopardi: *E il naufragar m'è dolce in questo mare*.

B. Pérez Galdós

... mientras mis torpes manos sostenían
un libro que adorara por entonces:
el libro de los *Cantos* de Leopardi.
Él inspiró, como siniestra Musa,
tanta desolación, iras tan locas,
en mis ánimos tristes, conturbados
por la lucha sin tregua, de la Vida.

C. Fernández-Shaw

[Leopardi] se consoló cantando su desconsuelo.

Yo le dije a la luna:

*...Ma sola
ha questa luna in ciel, che da nessuno,
cader fu vista mai se non in sogno.*

Platero la miraba fijamente y sacudía, con duro ruido blando, una oreja. Me miraba absorto y sacudía la otra...

J. R. Jiménez

A Leopardi

La desesperación, la musa fiera
coronada de sierpes, delirante,
clavó en tu labio un ósculo vibrante
y en tu pecho su garra de pantera.

Desde entonces, la virgen primavera
fue a tus ojos impúdica bacante:
antorcha funeral el sol radiante;
sepulcro inmenso la celeste esfera.

Sin fe ni amores, ciego por el llanto
y henchido el corazón de penas hondas,
abominas del mundo y de tu suerte;
y das al viento tu sublime canto,
cristalino raudal de amargas ondas
que refleja al espectro de la muerte.

Manuel Reina

Leopardi

Es su bella y grandiosa poesía
la adoración a la belleza plástica;
el nigro escepticismo; los clamores
de su alma en triste cárcel encerrada;
la sed de lo infinito; los contornos
de una mujer que en los espacios vaga;
la desesperación; el sentimiento;
el hastío, la muerte suspirada;
amor, inmenso amor; la amarga queja
que el pájaro cautivo al viento lanza,
y nuevo Prometeo, encadenado
a la roca fatal de la desgracia.

Manuel Reina

La ciudad conmovedora

Desde aquí se contempla la hermosura
De un espacio tan vasto que es ya el mar,
Mar de colinas hacia un horizonte
Marino. Se concibe el infinito,
Infinito que aquí se apoya y pesa.
Este «ermo colle» que le fue tan caro,
Este «borgo natal» donde una torre
Será ya para siempre la del Pájaro,
«Passero» en soledad como el poeta:
Así cantaba hasta el morir del día.

Y frente a la mansión del natalicio,
He aquí la plazuela acogedora
De aquel «lieto rumore», tardes, sábados.
Tal ciudad es un solo monumento.
Entre sol y retama se consume
La gloria que han soñado los poetas.

Recanati, Luglio 1960

Jorge Guillén

Admiración de las apariencias

(Recanati)

El gran árbol, altísimo
Verdeoscuro el ramaje,
—¿Abeto? No sé. ¿Cedro?
Perdonadme, lo ignoro —
Apunta ya a las nubes,
Clara la noche arriba
Bajo el cuarto creciente,
Y extendiendo su amparo
Crea una profusión
De grises blanquecinos,
Ramas, sí, relajadas,
Laxas, horizontales,
Que son y no son nubes,
Instantes de apariencias
Sin engañar bellísimas,
Una fluctuación
En un quid fugitivo,

Árbol de nube y luna.
Y en la noche mis ojos
Encantados, mortales.

Jorge Guillén

Canto XXVII

(Leopardi)

Olvidaba el dolor y salía a la noche.
Alcor, Mizar, estrellas clavadas en los huesos,
guijarros de la luz en sombrías praderas,
los infinitos hielos, destrozados, flotando
en el inmenso mar de la más negra pez.
¿Y yo qué soy?, pregunta en el centro del Todo
un cuerpo que recuerda a la nada, materia
deforme en ese curso de un dolor que corrompe.
Estrellas, mis estrellas: un invisible fluido
conduce hacia vosotras mi música, y la vuestra
en mis venas revierte su fogosa crecida.
Quiere el hombre subir allá arriba la roca
de su dolor, lanzar desesperada flecha
al mismo corazón de lo oscuro remoto,
grita en lo alto de un monte y ve cómo le caen
en el rostro los bosques petrificados, lluvias
de piedras negras, luces como cardos u ortigas.
Estrellas, mis estrellas: tantas vidas están
partidas, trituradas en vosotras; sois polvo
disperso entre la nada y el vacío, o acaso
añicos de un espejo en que un dios se miró.
Aun así, se os siente como inmensa marea

de intensísima música, sonido que nos hiere
y, al herir, dulcifica misterioso a ese ser
que se siente una parte del infinito cosmos.
Por eso, la pregunta del hombre, *¿Y yo qué soy?*,
con la noche profunda se funde y es palabra
arrojada y perdida en un pozo de música.

Antonio Colinas, *Noche más allá de la noche*, 1983.

L' infinito

*Sempre caro mi fu quest'ermo colle,
e questa siepe, che da tanta parte
dell'ultimo orizzonte il guardo esclude.
Ma sedendo e mirando, interminati
spazi di là da quella, e sovrumani
silenzi, e profondissima quiete
io nel pensier mi fingo; ove per poco
il cor non si spaura. E come il vento
odo stormir tra queste piante, io quello
infinito silenzio a questa voce
vo comparando: e mi sovvien l'eterno,
e le morte stagioni, e la presente
e viva, e il suon di lei. Così tra questa
immensità s'annega il pensier mio:
e il naufragar m'è dolce in questo mare.*

Giacomo Leopardi, *Canti*, Piatti, Florencia 1831.

El infinito

Siempre caro me fue este yermo cerro
y este seto, que priva a la mirada
de tanto espacio del último horizonte.
Mas sentado y contemplando, interminables
espacios más allá de aquéllos, y sobrehumanos
silencios, y una quietud hondísima
en mi mente imagino; tanta que casi
el corazón se estremece. Y como oigo
el viento susurrar en la espesura,
voy comparando ese infinito silencio
con esta voz: y me acuerdo de lo eterno,
y de las estaciones muertas, y de la presente
y viva, y de su música. Así, entre esta
inmensidad se anega el pensamiento:
y naufragar me es dulce en este mar.

Traducción de Antonio Colinas.

GIACOMO LEOPARDI nació en 1798 en Recanati (Italia), hijo del conde Monaldo Leopardi y de la marquesa Adelaida Antici. Su padre había llegado a formar una importante biblioteca donde Giacomo pasaría años de estudio «loco y desesperadísimo». Durante su infancia y su adolescencia, vio comprometida su salud: la experiencia del dolor físico fue fundamental para afinar extremadamente una sensibilidad atenta a todas las formas humanas del «padecer». Políglota desde su primera infancia, aprende tempranamente el latín y el español y, a los 15 años, el griego «por sí mismo» y el hebreo, además de otras lenguas modernas. A los 18 años escribe odas griegas y de

erudición histórica y filológica, así como libros de carácter enciclopédico, como su *Historia de la Astronomía*. Entre 1815 y 1816 redacta sus primeras composiciones poéticas y, en 1817, anota los primeros pensamientos para el que habría de ser una especie de voluminoso diario, el *Zibaldone*. En 1818 escribe su primer manifiesto poético, el *Discurso de un italiano sobre la poesía romántica*. En 1819 madura su «conversión filosófica» y tiene lugar el paso de la poesía a la filosofía que caracterizará a su obra, convirtiéndolo en un poeta-filósofo. Su pensamiento se ahondó en libros como las *Obras morales* y en sus *Pensamientos*. Tras un fallido intento de fuga de su casa, en 1823 viaja al fin a Roma, ciudad que le decepciona y, de regreso en Recanati, permanece allí dos años. Residirá después de forma intermitente en Milán, Bolonia, Florencia y Pisa. En 1831 ve la luz en Florencia la edición de los *Cantos*. Es también muy valioso su *Epistolario*, fruto de su tempranísima correspondencia con los principales intelectuales de su tiempo. En 1833 viaja a Nápoles. En 1836, para huir de la amenaza del cólera, se refugia en la casita de La Ginestra, en las laderas del Vesubio. El 14 de junio de 1837 muere a la edad de 39 años.

NOTAS

1 Continuamente, en este joven o en otros ejemplos que el autor pone en el libro, reconoceremos las vicisitudes del propio Giacomo Leopardi. Unas veces, de manera clara, los encontraremos en otro de sus trabajos esbozados, las *Memorie della mia vita*; en otras, de manera más simulada, como en las páginas del *Zibaldone* o en sus poemas. (*N. del T.*)

2 Con seguridad se refiere a Pierfrancesco Leopardi, el menor de los hermanos de Giacomo. (*N. del T.*)

3 «Ordenaba que el hombre fuerte de cuerpo fuese dulce en sus maneras, a fin de [...] inspirar en los otros más reverencia que temor.»

4 De la misma manera que el ser odioso se vuelve amable; y es precisamente por ello, por ser decididamente odioso, por lo que se convierte en un ser extraordinario. [En la edición italiana se diferencian las notas a pie de página con asterisco o con arábigos. En esta edición se ha decidido unificarlas, numerándolas todas, a excepción de las que van dentro de otra nota, que aparecen con asterisco. (*N. del T.*)]

5 Mirad por detrás a dos, tres o más personas, de las cuales una de ellas habla; pero si no la veis, por más que estéis a la misma distancia, no distinguiréis su voz, en el caso de que no la conozcáis o debido a otra circunstancia, etc. Esto me ha acaecido a mí que, al no verla, no podía distinguirla después tras la primera mirada que yo le arrojara por detrás. Tan cierto es que el hablar, incluso el de las personas más modestas (como era ésta), siempre va acompañado de movimientos corporales.

6 «Aconsejaba [...] no halagar a la mujer, ni discutir con ella en presencia de extraños, porque aquello es muestra de estulticia; esto es, de locura.» «[Aconsejaba] no reírse de quien fuera objeto de escarnio, porque de ello derivaría el odio». «Aconsejaba [...] no agitar las manos al hablar, teniendo esto por un comportamiento alocado.»

7 «Y si ellas (las francesas) tienen un amante, se cuidan mucho de mostrar al afortunado mortal señales de su predilección en público; de la misma manera que un inglés de buen gusto no parece enamorado de su mujer cuando se encuentra en compañía de los demás.»

8 Dejo a un lado el temor y el espanto propio de aquella edad (por falta de experiencia y saber, y por influencia de la imaginación) aún virgen y nueva: temor a los peligros de cualquier tipo, temor a las vanidades y a las quimeras propias de esa edad y de ninguna otra. Temor a los gusanos, a los sueños, a los cadáveres, a los ruidos nocturnos, a las imágenes reales, pero espantosas en esa edad e indiferentes más tarde, como sucede con las máscaras, etc., etc. (Véase mi *Ensayo sobre los errores populares de los antiguos*.)

Este último temor era tan terrible en aquellos tiempos que ninguna desventura, ningún espanto, ningún peligro, por más extremado que fuera, posee tanta influencia en otra edad; pues produce en nosotros angustias, desasosiego, horrores, espasmos, aflicción, en suma, parangonables al de dichos temores infantiles. La idea de los espectros, el temor espiritual, sobrenatural, sagrado, propio de otro mundo que nos asaltaba frecuentemente

en aquel tiempo, tenía un no sé qué de formidable y desasosegante, que no puede ser parangonado con ningún otro sentimiento desagradable del hombre.

Ni siquiera el temor al infierno en un moribundo creo que pueda ser tan íntimamente terrible. Porque la razón y la experiencia vuelven inaccesible a cualquier tipo de pensamiento esa última y profundísima parte y raíz del ánimo y de nuestro corazón, a la cual llegan y penetran, y a la que conmueven e invaden las sensaciones infantiles o primitivas, y en especial dicho temor.

9 Esto se puede observar incluso en los síntomas físicos o externos de dichas sensaciones internas, sean relativas a la salud, sean al ejercicio, a los gestos, a las resoluciones y acciones a las cuales persiguen los niños y los primitivos; y se produce de manera tan irresistible, y con tal infalible violencia, como en verdad no se da en ninguna otra sensación interna, en otras edades y condiciones, sino únicamente en algunas exteriores y físicas. Tanta es la imaginación o las sensaciones internas que se poseen en la infancia y en el estado natural; la misma o similar fuerza y certeza que poseen las sensaciones y fuerzas externas y físicas en ésta y en otras edades o condiciones.

10 Cuanto he dicho en las páginas 266-268 [el autor se refiere a la paginación del *Zibaldone*] debe servir de regla a los escritores dramáticos a la hora de expresar y fijar los caracteres de los diversos actos.

11 Si tú solicitas complacencia a uno que no te la pueda proporcionar, sin que en él repercuta el odio de otro, difícilmente (en igualdad de condiciones) la obtendrás, por más que seas amiguísimo de él. Aun así, con ese odio se adquiriría o se acrecentaría vuestro amor, quizá grandísimo, de tal manera que la contienda parece que quedaría igualada. Pero, de hecho, tiene más peso el odio que el amor de los hombres, siendo el primero más activo.

Ante este asunto, se detendrían los psicólogos modernos, dejando de pensar en el principio de esta diferencia, que es evidentísimo, es decir, el amor propio. Ya que el que es fiel a su odio se favorece a sí mismo y no el amor por los demás; quien se venga se ayuda a sí mismo; quien ayuda beneficia a los demás. Jamás nadie se enciende por desear el bien de los demás y no el de sí mismo.

12 «Una resistencia inútil a las desventuras retrasa la costumbre que esa (alma) debería contraer con su propio estado. Es necesario ceder a las desgracias. Dirigirlas hacia la paciencia; sólo a ella le compete dulcificarlas.» La misma, *ibid.*

13 «Decía que a los hombres soberbios le era necesario desprenderse de la altivez y abandonar el orgullo.»

14 Pero observad que muchísimas veces esta impaciencia perjudica al fin. Porque tú, deseando el éxito de cualquier manera, para librarte del temor de no obtener tu fin, pierdes lo que habrías conseguido de no darte el temor, y por tanto, si te hubieses comportado con mayor quietud, con menor confusión, etc., en suma, si te hubieses mantenido esperando a que el asunto fuese como debía, y en el tiempo conveniente, etc.

En suma, con mucha frecuencia, en los asuntos dudosos, aunque éstos no sean de extremada importancia, buscando apresuradamente el éxito, no tanto por la inquietud de conseguirlo cuanto por la impaciencia del dudar, perdemos nuestro intento: y esto nos sucede también en las mínimas, diarias y materiales operaciones de la vida.

Reparad en aquellas palabras *no tanto por inquietud*, etc., en las cuales consiste la novedad propia de este pensamiento, porque dicho síntoma de la impaciencia es comúnmente apreciado, pero se atribuye a la impaciencia *en lograrlo...*

15 «Rogó a los dioses que si alguno de ellos envidiaba sus acciones y su fortuna se irritase contra él más bien que contra el Estado.»

16 Angelo Mai (Bérgamo, 1782-Albano, 1854). Cardenal y gran filólogo y polígrafo. Una de las personas que más influyeron en los años formativos de Leopardi. Ambos mantuvieron una rica correspondencia. El poeta le

dedicó en los *Cantos* su poema «A Angelo Mai, cuando encontró los libros de *La República* de Cicerón». (N. del T.)

17 *Hic sive invidia deum, sive fato, rapidissimus procurrentis imperii cursus parumper Gallorum Senonum incursione subprimitur*, Floro, I, 13, al principio, comenzando a narrar la primera guerra gálica. («A este respecto sea por envidia divina, sea por deseo del hado, el rapidísimo avance del Imperio fue interrumpido, en cierta medida, por la invasión de los Galli Senoni.»)

18 «Así suceden las cosas que, mayormente, cuando un Dios decide trastocar la fortuna de un hombre, altera las razones y lo hace de manera –he aquí el aspecto más penoso– que todo lo que acaece parece haberle ocurrido justamente, y que la desventura se muta en culpa.»

19 No solamente lo bello sino quizá la mayor parte de las cosas y de las verdades que creemos absolutas y generales son relativas y particulares. La costumbre es una segunda naturaleza y se introduce casi sin que nos demos cuenta, y lleva consigo o destruye cualidades innumerables, que adquiridas o perdidas nos persuaden muy pronto de no poder tener, o de no poder no tener, y que atribuimos a leyes eternas e inmutables, al sistema natural, a la Providencia, etc.

Añadid a la costumbre las opiniones, estados de ánimo y temperamentos corporales o espirituales, y persuadíos de que no pocas verdades son absolutas e inherentes al sistema de las cosas. Además de a la autonomía de estas verdades, que pueden encontrarse en otra serie de cosas.

20 Cuando las sensaciones de entusiasmo, etc., que probamos no son muy profundas, entonces procuramos tener un compañero con el que comunicarlas, y nos gusta poder reflexionar sobre ellas en ese momento (según aquella observación de Marmontel^{*1}, el cual viendo un hermoso campo decía que no nos sentíamos contentos si no lográbamos decir: ¡Qué hermoso campo!), porque, en cierto modo, esperamos acrecentar el deleite de este sentimiento e incluso el sentimiento mismo con el de los demás.

Pero cuando la impresión es profunda, acaece lo contrario porque tememos, y así es, disminuirla y difuminarla al comunicarla a los demás, y al extraerla del interior de nuestros ánimos para exponerla a su comentario. Además, ella nos complace de tal manera que, ocupando toda nuestra atención, no nos permite pensar en otra cosa, ni hay modo de expresarla procurándole una cierta atención que nos distraería, cuando la distracción nos resulta no solamente inoportuna sino imposible.

21 Parece como si ella nos hubiese encargado a todos con firmeza proveer, por nuestra cuenta, a la conservación de *todo lo que es bueno* (observar estas palabras, las cuales podrían ampliar mucho el sentido de este pensamiento; por ejemplo, al campo de lo moral, al de lo bello en todos los aspectos, al de lo inmaterial, etc.), y con ello impedir la destrucción, y que ésta dañe por su cuenta a cada uno. Bajo este aspecto quizá se podría referir a la larga al amor propio, o quizá no.

22 «Por el contrario, es señal de un ánimo grande esperar siempre.»

23 «¿Qué existe más dulce que el tener a alguien con el que tú veas que puedes hablar de todo como lo harías contigo mismo? ¿Y qué gran don sería, en los momentos de buena suerte, si no tuvieses a alguien que, como tú, sintiese alegría?»

24 «Ya que los habitantes del Sur temen mucho la muerte, nos maravilla encontrarnos con instituciones que, hasta este punto, la reclaman; pero es natural librarse de la idea de aquellos que la temen. Hay una sensación embriagante de tristeza que proporciona placer al alma, colmándola por completo.»

25 «La curiosidad es el inicio de un conocimiento que os conduce más lejos y más velozmente por el camino de la vida.»

26 Efectivamente, la curiosidad natural conduce al hombre, al niño, etc., a querer ver, sentir, etc., una cosa

como bella o extraordinaria, o notable, en lo que al individuo se refiere. Pero en nada lo estimula y no lo atormenta con el fin de saber la razón de ver aquello que le ha gustado ver u oír, etc. Es más, comúnmente, el hombre natural, se mantiene en cuanto le maravilla, goza del placer que de ella se deriva, y con ella se contenta. De tal manera que la curiosidad primitiva no conduce al hombre de manera natural, sino que le lleva a decidir y a procurarse el conocimiento de las cosas que son fáciles de conocer (y el hombre natural desea conocerlas hasta un punto en que no resultan fáciles), y que, por tanto, no han sido ocultadas por la naturaleza.

Su conocimiento no perjudica al orden primitivo, no altera al hombre, no desinteresa a su naturaleza, no perjudica a su felicidad y perfección, no interviniendo en ello ese tipo de asuntos en el orden de las cosas que la naturaleza ha deseado que fueran desconocidas e ignoradas. Lo mismo se puede observar también en los animales.

27 «Las mujeres aprenden de buena gana el Italiano, algo que me parece peligroso, pues es la lengua del Amor. Los Autores Italianos son poco moderados; reina en sus obras un juego de palabras, una imaginación sin medida, que se opone a la lucidez mental» (Mme. De Lambert, ob. cit., pp. 73-74).

28 «Examinad vuestro carácter y haced un uso provechoso de vuestros defectos; no habrá alguno en que no se encuentre virtud, y que no la favorezcan. La Moral no tiene por finalidad destruir la naturaleza, sino perfeccionarla» (Mme. De Lambert, *Avis d'une mère à sa fille*, p. 84) [...]. «No existe debilidad de la que, si lo deseáis, no se pueda extraer alguna utilidad» (p. cit.).

29 «El orgullo nos aparta de la sociedad: nuestro amor propio nos proporciona un rango propio, que siempre nos resulta polémico, pues la excesiva estima de sí mismos casi siempre es castigada con el desprecio universal» (Madame De Lambert, *Avis d'une mère à sa fille*, en sus *Obras completas*, ob. cit., p. 633, p. 99).

30 Resulta curioso observar cómo este *sí mismo* leopardiano es un concepto contrario al *sí-mismo* que, más de un siglo después, fijaría en sus teorías psicoanalíticas Carl Gustav Jung. Para éste, el *sí mismo* leopardiano no sería sino sinónimo del *ego*, mientras que el jungiano alude más a un proceso intrínseco del ser. (*N. del T.*)

31 Dice Floro (IV, 12, hacia el final de la página): *Hic finis Augusto bellicorum certaminum fuit: idem rebellandi finis Hispaniae. Certa mox fides et aeterna pax; CUM IPSORUM INGENIO IN PACIS PARTES PROMPTIORE: tum consilio Caesaris* *2. Después de haber leído todo cuanto Floro dice de las virtudes guerreras de los españoles (II, 17-18, y III, 22) y en aquel mismo capítulo citado, en los asuntos que preceden inmediatamente al referido pasaje (observad que Floro se cree, por conjeturas de los estudiosos, oriundo de España), al tener en cuenta el famosísimo asedio de Sagunto y acordándose de aquella afirmación de Velejo, en la que, entre otras muchas cosas del valor español, llega a decirnos que España *in tantum Sertorium armis extulit, ut per quinquennium dijudicari non potuerit, Hispanis Romanisne in armis plus esset roboris, et uter populus alteri pariturus foret* **1.

Después, digo (II, 90, s. 3.), de todas estas pruebas y de otras infinitas que se poseen del singular valor de los españoles de la antigüedad y de los modernos, nos maravilla que Floro reconozca el carácter y el ingenio de los Españoles como *promptius in pacis partes*. Pero ésta es precisamente la propiedad de los pueblos meridionales, famosa entre los escritores y filósofos modernos, sobre todo entre los extranjeros.

Y teniendo la misma disposición para la actividad como para el reposo, por igual dispuestos para guerrear valerosa y desesperadamente, y a la vez sentir como placentera y querida la paz, e incluso, abusando de ella, entregándose a la molición y a la inercia. Tantos son los recursos que estos pueblos hallan en su imaginación, en su clima, en su naturaleza, pues la suya es una vida internamente comprometida –aunque sea perezosa– y nada inclinada hacia lo exterior. *Leur vie n'est qu'un rêve*, dice la Staël.

Tanta es la actividad de su alma que, como ésta es muy capaz de guiarlos hacia una extremada actividad

corporal (es más, la única verdadera actividad hacia el exterior, porque es la sola que tiene su origen en la actividad interior, como se puede apreciar al parangonar los soldados meridionales y los septentrionales, los cuales son, más bien, laboriosos como obedientes máquinas ante cada impulso, que como seres vivos), así también los dispensa de la actividad corporal y les compensa cada vez que ésta falta, encontrando ellos bastante vida interior, en sí mismos.

Es más, esta propiedad perjudica con frecuencia la actividad exterior, y, a causa de una sobreabundancia de vida interior, el hombre meridional se torna *rêveur*, indolente, *insouciant* (por más que, presentada la ocasión, la actividad del cuerpo, que es efecto del entusiasmo y de la imaginación, o que es fuerte y viva, cuando proviene de estos principios irrumpe vivamente; excepto si la costumbre no ha entorpecido demasiado a ciertos pueblos, como el italiano). *Ailleurs, c'est la vie qui, telle qu'elle est, ne suffit pas aux facultés de l'âme; ici* (habla de los alrededores de Nápoles) *ce sont les facultés de l'âme qui ne suffisent pas à la vie, et la surabondance des sensations inspire une rêveuse indolence dont on se rend à peine compte en l'éprouvant*^{*3} (Staël, *Corinne*, l. II, cap. I, París 1812, 5.^a ed., t. 2, p. 176).

De hecho, así hemos visto que ha acaecido en los terribles italianos de la antigüedad, y también modernamente en la guerra, ociosísimos y muy negligentes, y nada preocupados de las novedades o de la causa de la paz. Por el contrario, esto no sucede en los españoles, pueblo enteramente pacífico en el último siglo, muy guerrero y beligerante en los dos precedentes; pueblo belicosísimo en la antigüedad, en verdad muy valeroso en el defenderse frente a Augusto. Y de entonces acá, eternamente pacífico y fiel, como nos dice Floro; y similarmente al principio de este siglo, el cual pasó en un instante de un largo y profundísimo reposo a una espontánea guerra; en verdad, nacional y muy viva, general y muy atroz. No así en los franceses, valerosos en la guerra y afeminados y blandos en la paz.

Igualmente sucede lo mismo en los niños, ya que también este efecto deriva de las mismas causas, las cuales, si bien son naturalmente muy activas, aun así, obligados por las circunstancias, ante la inanición externa, la suplen y compensan y ocupan completamente con una muy viva acción interna. Y entiendo por acción interna, si –tanto en los niños como en dichos pueblos–, también la que se demuestra desde fuera, pero que se dispersa en bagatelas y en nulidades, y en esto encuentra alimento y vida para su alma; y, en consecuencia, no deriva, no se funde, no es suficiente para el hombre, si no es como causa de la energía, de la imaginación, de las facultades en suma, y de la vida interna.

Lo opuesto sucede con los Septentrionales, deseosos de actividad, de movimiento, de novedad y de variedad externas, si quieren vivir, ya que otra vida no tienen al faltarles la interior. Y por ello, en apariencia, son mucho más activos que los otros pueblos, si vencen la natural tendencia a la apatía, pero, en realidad, son muy torpes.

Los orientales pueden, creo yo, situarse al lado de los meridionales en este asunto.

³² «La victoria... se obtiene hoy con la regularidad y la precisión de las tácticas, con frecuencia sin que se llegue al enfrentamiento. Nuestras guerras no se deciden sino en la distancia, a golpe de cañón y de fusil; de tal manera que nuestros timoratos infantes –sin armas defensivas, espantados por el ruido y el efecto de las armas de fuego– no osan en modo alguno abordar al enemigo. Los combates con arma blanca son ya muy raros.» Tal como afirma el Barón Rogniat en sus *Consideraciones sobre el Arte de la guerra*, París, Imprenta de Firmin Didot, 1817, Introducción, p. I.

³³ Lorenzo Magalotti (1637-1712): miembro de la Curia Romana y escritor; autor de numerosas obras de erudición y divulgación, pero conocido por sus «Cartas familiares contra los ateos» (*Contro l'ateismo*, Milán 1825). (*N. del T.*)

³⁴ Las fuentes y lecturas de Leopardi fueron de lo más complejas. Aquí, probablemente, se refiera a Heladio,

trágico griego del siglo V, y a un personaje, Meursio, y no, como pudiera creerse, al humanista holandés Jean van Meurs (Meursio), 1579-1639. (*N. del T.*)

35 El *Diccionario* (1612) de la Academia de la Crusca, más tarde fusionada con la Academia Florentina. (*N. del T.*)

36 Ya he escrito en otra ocasión sobre una mujer estéril que apaleaba a una yegua preñada diciéndole: ¿*Tú estás embarazada, y yo no?* Creo que un padre lisiado difícilmente puede ver con complacencia a sus hijos sanos, y no sentirse estimulado odiándolos, o no ver una dificultad en el amarlos, que fácilmente se convertirá en odio y que después recibirá estúpidamente el nombre de antipatía; como si fuese una pasión innata y sin causa moral. De hecho, se podrían extraer infinitos ejemplos de ello, como el odio de las madres feas hacia las hijas bellas, y de las persecuciones que, con tanta frecuencia, se llevan a cabo por tal razón a jóvenes inocentísimas; sin que ni éstas ni las mismas madres sepan bien el porqué. Lo mismo acaece con padres de poco ingenio, o en alguna medida desafortunados, hacia hijos con mucho ingenio, o que de algún modo los aventajan a ellos. Así (y esto es algo muy común) sucede con los ancianos hacia los jóvenes (aunque éstos sean también sus hijos, es más, lo sienten de una manera excesiva en similares casos), ya sea en mujeres o en hombres, etc. También cuando los ancianos no han renunciado a los deseos juveniles y cada vez que los jóvenes, aunque muy inocentes y valiosos, no se comportan como ancianos. Lo mismo sucede entre hermanos y hermanas, etc. De tan natural manera, el amor propio es algo inseparable de los seres vivos; produce y casi se transforma en odio hacia los otros, incluso hacia aquellos que la naturaleza nos ha situado cerca de nuestro mismo amor propio y nos los hace más queridos.

37 Telesila o Telesilla: poetisa y heroína griega natural de Argos (VI-Va. C.). En el verano-otoño de 1819, Leopardi escribió un largo poema dialogado titulado con el mismo nombre. Una vez escrito el largo poema dialogado, el poeta le añadió un extenso comentario (*Abbozzo del seguito della Telesilla*). El texto, estudiado por Angelo Monteverdi, está recogido en la obra completa en el apartado *Abbozzi di poesie*. (*N. del T.*)

38 La misoginia no es infrecuente en algunos comportamientos y momentos de la vida y de la obra de Leopardi. No es posible comprenderla en su más honda y lamentable significación sin tener en cuenta su propia vida, su deformación física, su inadaptación social, la influencia materna o sus sucesivos fracasos amorosos. (*N. del T.*)

39 Charles Pinot Duclos: polifacético escritor e historiador francés (1704- 1772). El título completo de la obra citada por Leopardi es *Memorias secretas sobre el reinado de Luis XIV, la Regencia y el reinado de Luis XV*. Sin embargo, su obra más conocida es *Consideraciones sobre las costumbres de este siglo* (1751). (*N. del T.*)

40 De ello resulta que el hombre, tal como lo creó la naturaleza, no gustaría al hombre de hoy día, ni le parecería bello; que las ideas naturales (es decir, las derivadas de la naturaleza) acerca de lo bello humano (que es también lo menos sujeto a disparidades) están sumamente en desacuerdo con las nuestras; aunque luego sobre todo a la mujer –tal como ella era bella en origen, y la más bella que se pueda imaginar– no le gustaría nada al hombre moderno. Ya que el fundamento de la belleza humana es la fortaleza, la cual, por su naturaleza, disgustaría a las mujeres modernas más por lo excesivo que por lo escaso. Pero siendo la delicadeza el fundamento de la belleza femenina, ésta pecaría para nosotros en el estado natural de demasiado escasa. Y siendo más propia del hombre que de la mujer natural la que consideramos rusticidad, ésta sería menos conveniente (según nuestras opiniones) al hombre que a la mujer, porque en ella está más presente, y en aquél menos alejada de las cualidades fundamentales de su belleza, etc., etc., etc.

41 Quizá esta idea es clave en la infelicidad de Leopardi. Su afán de mirar hacia el mundo, de integrarse inútilmente en él, le privó de la salida de la vida interior; algo que, por otra parte, fue imposible, si tenemos en cuenta su inclinación al trabajo *matto e disperatissimo* («loco y desesperadísimo») y a su dependencia del

oprimiente ambiente familiar. Son estas dos razones, y no propiamente una vida interior, las que le apartaron del equilibrio. (N. del T.)

42 No creemos que Leopardi se refiera aquí a lo que él reconocía como el *immaginare* poético, del cual brotaron sus poemas más plenos, los de la parte central de los *Cantos*. Esa plenitud del *immaginare*, del contemplar, la encontramos en el momento clave en que escribe su poema «El infinito», en sus serenas contemplaciones desde el cerro del mismo nombre. (N. del T.)

43 «Moriré sin ser vengada, pero, aunque muera –dice–, es tan, tan bello descender entre las sombras.»

44 Todo cuanto se ha acabado, cuanto tiene un final, siempre despierta en el hombre *naturalmente* un sentimiento de dolor y de melancolía. Al mismo tiempo, provoca un sentimiento placentero, y placentero incluso ante el mismo dolor; y ello a causa de la infinitud de la idea que contienen estas palabras: *infinito*, *último*, etc. (las cuales, sin embargo, son por su naturaleza, y siempre lo serán, extremadamente poéticas, por usuales y vulgares que sean, en cualquier *lengua y estilo*. Y tales son también en *cualquier lengua*, etc., las demás palabras e ideas que yo he valorado en varios momentos como poéticas en sí mismas y a causa del sentido de infinitud que esencialmente contienen).

45 «Y sus héroes prefirieron más bien ser fulminados que hacer algo mezquino, y su valor es más inflexible que la ley fatal de la necesidad.»

46 Jean-Jacques Barthélemy: abad y escritor francés (1716-1795), conocido sobre todo por su *Viaje del joven Anacarsis a Grecia*, 1788. (N. del T.)

47 Níobe: hija de Tántalo y esposa de Anfión. Tuvo seis hijos y seis hijas. Por haberse comparado con la diosa Leto, Apolo le mató a aquéllos y Ártemis a éstas. Homero la recuerda en su *Iliada*. (N. del T.)

48 «Considerando los propios Estados de las ciudades privadas, pero manteniendo a Grecia como patria común.»

49 «Nos empujaron a todos a tal grado de crueldad, que mientras antes, a causa de nuestra prosperidad, cada uno de nosotros –incluso ante las pequeñas desgracias – encontraba a muchos que lo habrían compadecido, bajo su gobierno por la abundancia de nuestros males personales, cesamos de tener piedad los unos de los otros, porque ellos no dejaron a ninguno tiempo para compartir los dolores de los demás.»

50 «En otro momento he dicho que el temor es la más egoísta de las pasiones. De ahí el que se haya observado que en tiempos de pestes o de infortunio público –cuando cada uno teme su propio mal– los peligros y las muertes de nuestros seres más queridos no provoca en nosotros ningún, o casi ningún, sentimiento.»

51 Es necesario distinguir entre egoísmo y amor propio. El primero no es sino una variante del segundo. El egoísmo se da cuando el hombre vuelve a situar su amor propio no pensando sino en sí mismo y a actuar de inmediato en su favor, rechazando las obras por los demás con una intención alejada y no bien distinta del obrar; aunque real, solidísima y continua, al dirigir aquellas mismas acciones hacia sí mismo como hacia un último, único y verdadero fin; algo que el amor propio bien puede hacer, y hace. En otro lugar he escrito que el amor propio es tanto mayor en el hombre cuanto mayor es en él la vida o la vitalidad; y ésta es mayor cuanto mayor es la fuerza y la actividad del ánimo, e incluso del cuerpo.

Pero esto que digo del amor propio, y que es ciertísimo, no es ni se debe entender como egoísmo. De otra manera, los ancianos, los modernos, los hombres poco sensibles y poco imaginativos serían menos egoístas que los niños y los jóvenes, que los amigos y los hombres sensibles y de vigorosa imaginación. Lo que resulta ser precisamente lo contrario; pero no sólo en cuanto se refiere al amor propio.

Sin embargo, el amor propio es verdaderamente mayor en los niños y en los jóvenes que en los maduros y en los ancianos; mayor en los hombres sensibles e imaginativos que en los perezosos. (Que el amor propio sea

mayor en los niños y en los jóvenes que en los de otras edades es señal de infinita y sensibilísima ternura hacia sí mismos; y con esa sensibilidad y susceptibilidad y delicadeza hacia sí mismos, que con el paso de los años y con la experiencia de la vida va menguando proporcionalmente hasta perderse al final.) Los niños, los jóvenes, los hombres sensibles, son bastante más tiernos consigo mismos que con los demás.

En el mismo sentido, reflexiónese sobre los débiles respecto a los fuertes y semejantes. Así, en general, fueron también los antiguos respecto a los modernos, y los salvajes respecto a los civilizados, porque eran más fuertes de cuerpo y más fuertes y activos y vivos de ánimo y de imaginación (ya fuese por circunstancias físicas, ya por las morales); menos desengañados y, en suma y sobre todo, más intensamente vitales. (De lo que se deduciría que los antiguos han sido más infelices generalmente que los modernos, en la medida en que la felicidad se halla en proporción directa con un mayor amor propio, como ya he demostrado.

Pero las ocupaciones y el uso de las propias fuerzas, las distracciones y cosas semejantes, han sido infinitamente más grandes en tiempos pasados que hoy día. Y del mayor grado de vida exterior, habiendo sido en la antigüedad más proporcionado que el mayor grado de vida interior, se deduce –como ya en muchísimos momentos he probado– que los antiguos fueron mil veces menos infelices que los modernos; piénsese igualmente de los salvajes y de los civilizados, no así de los jóvenes y de los viejos de hoy día, porque a los jóvenes les tienen prohibido en el presente un uso suficiente de las propias fuerzas y de la vida externa; de la misma manera que al viejo y al joven de hoy. Por ésta y por otras causas ya señaladas por mí, mayor es la infelicidad del joven que la del viejo, como también he señalado).

El sacrificio de sí mismo y del amor propio, cualquiera que sea este sacrificio, no pudiendo ser llevado a cabo (como ninguna otra obra humana) sino por el mismo amor propio, y, por otra parte, siendo obra extraordinaria, por encima de la naturaleza y más que en el animal (en verdad en ningún otro animal o ente se ve este ejemplo a no ser en el hombre), es más, al ser incluso más humana, tiene necesidad de una grandísima y extraordinaria fuerza y abundancia de amor propio.

Es lógico, pues, que donde mayormente abunda el amor propio y donde posee mayor fuerza, allí mismo son más frecuentes y mayores los sacrificios de sí mismo, la compasión, la costumbre, la inclinación hacia los actos benéficos. De lo que se deduce que todo esto debe darse, y de hecho se da, con mayor frecuencia en los jóvenes, en los antiguos, en los hombres sensibles y de ánimo dispuesto; y, en definitiva, en los hombres, los cuales tienen –hablando en general– mayor cantidad y fuerza de amor propio que egoísmo en los maduros, en los viejos y en los modernos (excepto en lo que a la compasión se refiere, como ya he dicho en otros lugares arriba citados; porque los antiguos no se sacrificaban de manera especial sino por la patria), en los perezosos, insensibles y duros, y de ánimo lento y apagado, y por fin en las mujeres. Todos ellos en general poseen una mayor cantidad y fuerza con su egoísmo, y un menor amor propio.

Resumiendo mi reflexión, deduzco en primer lugar que el egoísmo se da en proporción directa con el amor propio y que éste lo es en proporción inversa; lo que es signo y efecto o de la penuria y la pasividad primitivas, o de la estupidez y debilidad del amor propio. Éste abunda y es mayor en los siglos, en los pueblos, en el sexo, en los individuos y en las diversas edades, cuando la vida es menor y por tanto el amor propio más escaso, más débil y frío.

En segundo lugar, deduzco que los viejos y los maduros, los modernos, los insensibles, las mujeres, poseen un mayor egoísmo y un menor y menos vivo amor propio que los niños y los jóvenes, los antiguos, los sensibles, los hombres (aunque aquéllos tengan menos vida o vitalidad, y el egoísmo sea una cualidad o pasión muerta, o con la menor de las vitalidades).

(De estas teorías se deduce que las bestias –viviendo menos que el hombre, aunque tengan menos *espíritu* y

sean más materialistas de cuanto existe y no vive etc.— deben tener menos amor propio y más egoísmo; y así es de hecho, ya que entre ellos la especie menos viva, como el pólipo o el caracol etc., debe ser la más egoísta; y descendiendo a los vegetales, y por tanto por toda la cadena de las criaturas, se puede decir que cuanto más mengua la vida, más crece el egoísmo, con lo que el ser más desorganizado será en cierto modo el más egoísta de los seres, etc.)

Y por esta causa están naturalmente menos dispuestos y acostumbrados a sacrificarse por quien sea o por lo que sea, a compadecer eficaz o ineficazmente, a beneficiar o esforzarse por los demás, algo que se aprecia efectivamente y que no puede negarse. (Dígame otro tanto de los débiles y de los fuertes, de quienes habitualmente son infelices y de quienes son afortunados, y de casos semejantes. Todas estas cualidades a las cuales corresponde y de las cuales nace en unos una mayor, en otros una menor vitalidad, así como la costumbre de una mayor o menor actividad y vida.)

(También los climas y las estaciones —como influyen más o menos sobre la vida o la vitalidad, sobre la actividad interna o externa, etc.— deben igualmente influir más o menos sobre el amor propio y, por tanto, también sobre el egoísmo; e incluso sobre la disposición natural a la misericordia y a la benevolencia, etc.)

Podrá, sin embargo, hacerse una excepción en favor de las mujeres en lo que a la compasión se refiere. Sin embargo, en este caso, como ya he dicho atrás en otros momentos, se exige o aprovecha no sólo una mayor vida, y por tanto una mayor cantidad y fuerza de amor propio, sino además la mayor finura y delicadeza en ese amor propio y en el ánimo; en cuyas propiedades acaso son las mujeres —o con seguridad tienen la fama de serlo— generalmente superiores, en igualdad de circunstancias, que los hombres.

De la misma manera, piénsese de los modernos respecto a los antiguos.

En todo lo que la compasión o la beneficencia requieren más bien delicadeza, finura y casi habilidad y artificio en el amor propio que vivacidad, energía, fuerza y duplicidad de sí mismo y que abundancia o intensidad de vida; en todo cuanto digo y en lo que a ello se refiere, las mujeres, los modernos y aquellos que en las antedichas cualidades de delicadeza son análogos, superan, normalmente hablando, a los hombres, a los antiguos, a los salvajes, a los villanos y demás seres, en este sentido y precisamente conforme con cuanto se ha escrito en las páginas arriba citadas.

De lo que se deduce que las mujeres, en cuanto más débiles y necesitadas de los demás, resultan ser menos misericordiosas y benéficas que los hombres; en la medida en que son más delicadas, por el contrario, de cuerpo y ánimo pero en estas cualidades; es decir, creo que la debilidad y la necesidad prevalecen en general y son de mayor o más notable efecto que éstas; me refiero a la delicadeza y a características semejantes. Por lo cual, y valorado en su conjunto, las mujeres son en verdad, generalmente y por naturaleza, más egoístas y por tanto menos misericordiosas (máxime en cuanto se refiere a la compasión eficaz) y menos benéficas que los hombres.

Sin embargo, una parte mayor posee en la beneficencia, en la disposición y en el acto de sacrificarse a sí mismo, así como en la exclusión del egoísmo, en la intensidad, la fuerza, la vida desbordada, y por tanto en el amor propio, que la delicadeza y finura del ánimo aparta de la fuerza, energía, actividad interna y vida vivaz del mismo. Y esto no se refiere a los hombres respecto a las mujeres sino generalmente en cualquiera que sea, o respecto a quien sea. (Según estas reflexiones una mujer anciana, máxime si ha vivido en la gran sociedad, debe ser la persona humana más egoísta por naturaleza, normalmente hablando, que pueda concebirse.)

52 Conocí a un anciano repulsivamente egoísta complacerse hablando de ciertos pequeñísimos y voluntarios sacrificios y padecimientos suyos (ya fuesen verdaderos o falsos, y, en verdad, voluntarios o no); y lo hacía con un cierto pudor que demostraba —máxime a quien conociese el carácter de su persona— que él estaba persuadido de mantener actitudes heroicas, y que esos sacrificios y padecimientos demostraban en él una gran superioridad

de ánimo, de renuncia a sí mismo y a su amor propio. Él tenía por cierto que así debía parecerle esto a los demás, y, en este sentido, hablaba de ellos, pero dando a entender bien que tal era de hecho su propia opinión.

Tanto pesaba en un ánimo el más radical, sincero y completo egoísmo intolerante ante la más mínima incomodidad y capaz de sacrificar a quien fuese o a lo que fuese con tal de alcanzar su mínima comodidad. Tanto pesaba, digo, en un ánimo como era de hecho el suyo –por lo demás totalmente inerte, solitario y apartado absolutamente de la sociedad– el deseo de aparecer ante los ojos de los demás e incluso de los propios como capaz de grandes sacrificios, superior al amor propio, contrario al egoísmo y en suma como un héroe.

Y es esto tan verdadero que casi podemos decir que no se encuentra un hombre imprudente y perfectamente egoísta que no desee, en gran medida, compararse al menos consigo mismo, y no se persuada efectivamente de ello, y no se complazca sumamente con la opinión de ser un héroe. Sin embargo, a todos les es grato mostrar estima de sí mismos; y si es cierto que todos, de un modo o de otro, se estiman grandemente, y tan de continuo como se aman, lo cual sin embargo quiere decir sin medida alguna, aunque la estima de sí mismo (como el amor incluso, según ya he demostrado) posea en un mismo individuo ora lo más, ora lo menos malo, según sean las diversas circunstancias y razones.

Cuanto digo de los viejos egoístas se puede aplicar a los niños, egoístas en extremo, todavía ignorantes de lo que es el egoísmo porque ninguno les ha hablado de él y ni siquiera anhelantes de muchas de las pequeñas glorias, como el sentirse mal o hacerlo creer para que de ellos se hable en la familia; y también por mostrar cierta semejanza con los adultos a los cuales aspiran a parecerse, general y continuamente en mil cosas, sólo por vanidad, es decir, por ambición, etc. (Ver lo que Alfieri^{*4} dice de sí mismo, cuando de pequeño hacía ejercicios militares.)

53 El egoísta halaga su amor propio incluso autoconvenciéndose de no ser egoísta y de amar además a quienes no son él, y creyendo con esto someterse a sí mismo a una prueba. Por consiguiente, para los ánimos refinados es incluso más dulce la compasión hacia los enemigos que hacia los amigos o los indiferentes; en primer lugar, porque de manera fácil y vivamente el hombre se persuade de que ese sentimiento que él entonces prueba está despejado y puro de cualquier mezcla o influencia de egoísmo.

Luego, porque tanto mayor sea el concepto que él tenga de la grandeza y generosidad y nobleza de su propio ánimo, y tanto más se engrandezca ante sus ojos (considerando la compasión que él concede incluso a los mismos enemigos), del efecto de cuya compasión ya he hablado. De lo cual fue suma y verdaderamente expresión el arte, exquisitísimo, la intención y el fin, y de manera suprema el bello resultado de la poesía de Homero, el cual muestra principalmente a los enemigos la compasión que traspasa todo su poema y a la cual – como persiguiendo uno de los principales fines de éste– él aspira.

54 Palante: personaje de la *Eneida* de Virgilio, hijo de Evandro, aliado de Eneas. (N. del T.)

55 El interés de Leopardi por Homero fue muy grande; especialmente, como lector, por la *Iliada*. Sin embargo, tradujo el primero de los cantos de la *Odisea* y parafraseó el poema pseudohomérico de la *Batracomiomaquia* en su extenso y amargo poema en octavas reales *Paralipomeni* (París 1842). En no pocos pasajes del *Zibaldone* hay también abundantes valoraciones del poeta griego. (N. del T.)

56 Torquato Tasso (1544-1595). Otro de los autores por los que Leopardi sintió una fervorosa admiración en su primera juventud. En 1822, cuando hace su primer viaje a Roma, visitará llorando la tumba de Tasso: «Fui a visitar el sepulcro de Tasso y allí me puse a llorar. Es el primer y único placer que he probado en Roma», le escribirá en una carta a su hermano Carlo, tres meses después de su llegada. (N. del T.)

57 Hay un aspecto de la debilidad que les resulta agradable y amable principalmente a los fuertes, sean de la misma especie o diversa (quizá por aquellas inclinaciones que la naturaleza ha impuesto, como se dice, en

los contrarios hacia los contrarios). Por tanto, la debilidad en una mujer le resulta más amable al hombre que al resto de las mujeres, a un niño más amable que a los adultos y que a otros niños. Y la mujer es más agradable al hombre que a las demás mujeres también por un cierto respeto hacia la debilidad, etc. Y al hombre, tanto más en la medida en que él es más fuerte, no sólo por otras causas sino por ésta, pues el aspecto de debilidad le resulta tanto más agradable en la medida en que ésta se halla fijada en un objeto, agradable en sí mismo, etc. También por esta causa los militares y las naciones militarizadas están generalmente más inclinadas hacia las mujeres, o hacia τὰ παιδικά, etc. (Véase al respecto: Aristóteles, *Política*, 2, ed. Floro, 1576, p. 142.)

Cuanto se dice de la debilidad se puede decir también de la timidez. Place ver la timidez en el aspecto de un objeto por lo demás amable, y siempre que ella misma no sea inconveniente. Gusta, por ejemplo, observarlo en las liebres y en los conejos. Place en grado sumo a los fuertes, o absolutamente o por respeto a tales seres. Place a los más valientes, y esto se refiere incluso a cuanto he dicho de los militares. El ver que uno teme y tiene razón en el temer, y que no se puede defender, es algo grato, y estimula a los fuertes y a los valientes –sean de la misma especie o de otra– a evitar tales fines; a no ser que exista otra causa contraria, como sucede en el lobo respecto a la oveja, etc. Causas independientes de la timidez o del valor.

Y de ello, al menos en parte, deriva que los individuos y las naciones poderosas y aguerridas suelen ser naturalmente las más benignas. Por el contrario, se puede observar que tanto los individuos como los pueblos más humildes y débiles, suelen ser los más crueles hacia quienes son más débiles que ellos, hacia sus mismos individuos más débiles, etc. Y es propósito constante y general que la timidez, la cobardía y la debilidad aman más el verse acompañados de la crueldad, la inclemencia, la falta de piedad o la dureza en las costumbres y en las acciones, etc.

(Que el temor sea cruel por naturaleza, porque es sumamente egoísta, y lo mismo sucede con la vileza, etc., lo he apreciado en muchos lugares.)

Esto no sólo se observa en los hombres, sino además en los animales. Y con mucha verosimilitud –o incluso con mucha verdad– se atribuye al león la generosidad hacia los animales más débiles o medrosos que él, etc., siempre que la naturaleza, es decir, una hostilidad natural, o el hambre, etc., no lo empuje o lo acose, etc.; o a veces lo impulse, aunque no en este caso, cuando la naturaleza no les haya impulsado particularmente a ello por razones de alimentación; en este caso, será muy difícil que él se abstenga, o que se abstenga por otra razón que no sea por saciedad.

Apliquense estas observaciones a las que ya he hecho acerca de la compasión natural en los fuertes y a la natural misericordia y dureza de los débiles, etc., y de ésta respecto a aquella. Se suele decir –y no faltan ejemplos en la historia– que las mujeres que han acabado siendo poderosas de alguna manera han sido en general y son como más astutas y tristes, y por ello más crueles y menos compasivas hacia sus enemigos, etc., y en general de aquello que han sido y son, que habrían sido o serían, los hombres en igualdad de circunstancias. Y bien conocido es que los Príncipes, más débiles y viles, siempre han sido los más crueles en proporción con las diversas cualidades y espíritu de los tiempos en los que han vivido o viven, y con las varias circunstancias en las que, respectivamente, se han encontrado o se encuentran, y según las diversas épocas y sucesos de la vida de cada uno, etc.

⁵⁸ Es más, en la medida en que éstos son francos, valientes, no tímidos ante la presencia y las conversaciones de los demás, sinceros, abiertos, libres en el hablar, en las maneras, en el obrar, intolerantes ante el disimular o el mentir (incluso, a veces, excesivamente); y en cuanto son vengativos ante las injurias, orgullosos con quienes les ofende, insulta, desprecia o daña, menos flojos y acomodaticios ante los enemigos, los envidiosos, los detractores, los maledicentes, los ultrajadores, a quienes ofendan en cualquier modo; y, además, en cuanto más

tienden a una cierta tiranía en las palabras o en los hechos, hacia quien no es ni digno de compasión ni está necesitado, ya sea amigo, o indiferente, o enemigo; proclives o fáciles a la ira, incluso en el mantenerla.

Por el contrario, se comportan tan misericordiosos y benéficos hacia los amigos o los indiferentes (dándose en ellos la ocurrencia y la disposición, etc., y en éstos la necesidad o la utilidad, etc.); o hacia los mismos enemigos y hacia los que les ofenden, por más vencidos que estén, hayan sido castigados, o hayan pedido excusa o perdón, o reparado que hayan la ofensa; o incluso, sin más, caídos en una grave desgracia o necesidad, o envilecidos, etc. (Tal sucedió con Julio César, como nos lo recuerda Suetonio.) El caso contrario se da en los hombres de cualidad contraria: lo contrario, sí, digo, en cuanto se refiere al compadecer o beneficiar a quien sea, o al restablecer u olvidar las injurias. Y de cualidades contrarias son los hombres tímidos, bloqueados por sus maneras, débiles de cuerpo y de ánimo, etc. [La numeración que precede a esta nota es la del original del *Zibaldone*. (N. del T.).]

59 Es más, muchos de éstos aman más el tener enemigos que amigos; se sienten más contentos de ser odiados que amados, y, de buena gana, se unen a quien sea; no por sensibilidad, ni siquiera por misantropía, o por sentir odio natural hacia los demás, etc., sino porque su estado natural es el de la contienda, y más aman el combatir que el estar en paz y descansados, más la vida inquieta que la tranquila. Y se comportan así, simplemente, sin malignidad, sin tener un carácter o pasiones turbias u odiosas. De hecho, ellos son muy abiertos, sincerísimos, muy compasivos, y más benéficos que los demás.

Pero las mismas personas que ellos compadecen o benefician más los amarían si los tuviesen que combatir y odiar. Y de semejante manera se comportan con los demás hombres, los cuales se guardan mucho de tenerlos más por contrarios que encariñados o indiferentes. Y, sin embargo, en todo momento, sin pasión alguna –o aunque ésta sea ligera y por encima de las mínimas fruslerías–, los incitan, y provocan, y ofenden, bien sea con palabras o con hechos, por el único placer de combatirlos y de estar en guerra con ellos.

Y como, de ordinario, cada uno se imagina lo que desea, también ellos se complacen habitualmente en pensar que los demás desean su mal, y en alterar cada mínima palabra o acción de los demás hacia ellos con mala y hostil intención; escogen con cualquier motivo la ocasión para entrar en liza con quien sea, incluso con quienes les resultan más familiares, cercanos, compañeros y amigos.

Digo de nuevo que todo esto se lleva a cabo con una grandísima naturalidad, e incluso con nobleza, no con doblez y vileza de carácter, y sin humor lúgubre o melancólico (es más, estos seres son, por lo general, alegrísimos o tienden a la alegría), no poseyendo un carácter atrabiliario, ni aquella que reconocemos como *δυσκολία* y *morositas*, un carácter acre, etc., índole o costumbre; es más, todos éstos son hábitos propios de los hombres débiles y desafortunados (y, en consecuencia, se suelen atribuir a los ancianos en particular y, en grado máximo, a las mujeres), sin que exista incontinencia, malhumor, descontento, sin humor opresivamente encendido y colérico.

La fuerza del cuerpo y de la edad, y la prosperidad de las circunstancias, les proporciona a éstos tal grado de confianza en sí mismos que no es que busquen o procuren el favor de los demás, sino que se sienten más satisfechos de tenerlos como contrarios, al tiempo que gozan con mirar a los demás más bien como enemigos que como amigos o indiferentes; e incluso con tenerlos, más o menos, como enemigos, según sea la condición de las situaciones y la fuerza física de ellos.

Su conversación y compañía, su intimidad, máxime a la larga, es en verdad muy difícil y desagradable, por más que ellos sean incapaces de traicionar, y se muestren serviciales, benéficos, compasivos y generosos. Ellos son, a pesar de esto, poco capaces de amar, y poco dispuestos para tener amigos; pero, a la vez, son por lo demás más capaces y deseosos de tener enemigos que dispuestos a hacerlos, porque están más dispuestos a la

vida que al odio, a combatir que a odiar, a vengarse que a perseguir. Es más, se sienten incapaces de odiar y, además, cuando sienten la ira, la prueban muy débil y pasajera, acaso por ser en ellos frecuentísima.

60 Glauco y Diomedes Tidida: dos de los personajes de la *Iliada* de Homero. Leopardi hace referencia aquí a uno de los pasajes cruciales y conocidos de este libro, cuya lectura tanto le influyó (canto VI, vv. 145 y ss.). (*N. del T.*)

61 La suma y la fuerza de este pensamiento se basan en que la compasión, la ayuda, la sensibilidad, etc., de todos (y, en particular, en Rousseau), consideradas como propias generalmente de los jóvenes (máxime entre los hombres), y la sensibilidad, la dureza, etc., consideradas como propias de los maduros y, es más, de los ancianos (sobre todo las mujeres), no derivan tanto de la inocencia, la inexperiencia y del poco conocimiento del mundo de los unos, y de la experiencia y ciencia mundana, del desengaño moral, etc., de los otros, como se cree y se dice comúnmente, cuanto de las otras causas, sean éstas físicas o morales señaladas en esta reflexión, o con seguridad incluso de ellas en gran parte, o quizá principalmente; en realidad, de cada una de ellas, parangonada en sí misma con la susodicha, es en verdad grandísima, y de la que depende la diferencia de las virtudes y modos, etc., entre los antiguos y los modernos, al menos de la suma de ellas.

De hecho, de un hombre y de una mujer, igualmente jóvenes e inexpertos y en paridad con cualquier otro tipo de cualidad y circunstancia, en aquél, porque siendo más fuerte, etc., es naturalmente más que en la otra compasivo, benéfico, etc., y más inclinado a la compasión, al interesarse por los demás, etc. Así, en el caso de dos jóvenes, semejantes en otra situación o circunstancia, el más fuerte está más dispuesto a socorrer a los demás, a compadecer, al bien obrar, etc., etc.

62 Los tímidos (es decir, los medrosos ante la vergüenza, los sometidos a la *δυσωπία*, *mauvaise honte*) no sólo son capaces de no temer ni huir del peligro, del daño, del sacrificio, sino que además lo buscan, lo desean, lo aman, y anhelan la muerte hasta el punto de causársela con sus propias manos.

Las mismas cualidades morales o físicas que conducen con frecuencia a la timidez (éstas son, entre otras, la reflexión, la delicadeza, y la profundidad del espíritu, etc., a causa de las cuales Rousseau, era invencible y trastornadamente tímido) llevan aun al tedio de la vida, al desengaño, a la infelicidad y también a la desesperación.

Es verdaderamente sorprendente y mezquino, y no menos cierto, un hombre que no sólo no teme, ni huye sino que desea en grado sumo la muerte; un hombre desesperado de sí mismo, que tiene ya a la vida y a las cosas humanas en nada, un hombre dispuesto además a morir, que tema sin embargo, incluso el aspecto de los hombres, pierda su valor en sociedad, se asuste ante el riesgo de hacer el ridículo (riesgo que él tiene siempre ante sus ojos, al ser su pensamiento y su temor los que le hacen tímido), y no tenga el valor de tomar ninguna iniciativa para mejorar o hacer menos penosa su situación; y ello es así por no empeorar aquella vida a la cual él no presta atención alguna, de la que se desespera y que no puede parecerle posible que sea peor, odiándola él hasta el punto de desear en grado sumo ser liberado, o de querer determinadamente arrojarla de sí.

Es admirable que un hombre deseoso o resuelto a morir, un hombre que basa lo mejor de él en el no ser, que no encuentra nada mejor que renunciar a cada cosa, estime todavía tener algo que perder, algo tan importante que teme perderlo en grado sumo, y que esta opinión y este temor hagan en él imposible la franqueza y el apartarse desesperadamente de una vida que en nada estima; que ame renunciar mejor y decididamente a cada cosa, y a perder cada cosa, que a exponerse, como él mismo cree, al peligro de perder dicha cosa; es decir, aquella reputación y estima hacia los demás que el hombre tímido teme a cada momento perder al conversar en sociedad, y que sin embargo sabe bien no tenerla, o perderla, cuando se muestra tímido; pero con todo esto el temor continuo de perder lo hace incapaz de ser franco, y el continuo y afanoso cuidado de conservar cuanto cree no

poseer, lo que él se da cuenta o de perder necesariamente o de jamás poder adquirir, si no es prescindiendo de aquel continuo y excesivo temor, de aquel continuo y excesivo cuidado.

Estas miséras y extrañas contradicciones, y estos incidentes, tienen lugar (proporcionadamente más o menos, etc.) en las personas tímidas y más en las que son de espíritu delicado, etc.; delicadeza que con frecuencia es la única o principal causa de la timidez.

Pero en cuanto se refiere al temer aún la vergüenza deseando la muerte, o estando dispuesto a causársela, se explica viendo cómo el valor –el cual no nace de causas físicas, ni de acto o costumbre natural, o adquirida por irreflexión, sino que por el contrario nace de la reflexión acompañada por el sentimiento del honor y por la delicadeza del ánimo (no por la rudeza, como en aquel otro)– prefiere efectivamente la muerte a la vergüenza; y tanto pavor siente de ésta como de aquella que, consciente y deliberadamente, de hecho elige la primera antes que la segunda, y antepone el no vivir a la pena de vivir avergonzándose.

63 Hay quien siente la necesidad de poseer valor y de mostrarlo, en el mismo momento de peligro, pues de otro modo se siente temeroso, no se comporta ciertamente como valeroso, o en tal ocasión no tiene valor. También existe el que, para no temer, siente la necesidad de creer que no existe el peligro; es decir, razón alguna para temer, o apocarse ante la idea de peligro, y creer que este peligro, esta razón, sea pequeña, o menor, o más leve de cuanto ella no lo es, e igualmente siente temor. No es valiente porque ninguno teme aquello que él cree que debe temerse, y ninguno teme al margen de la opinión que se posea sobre el peligro; sea ésta verdadera o falsa, o incluso por mínima que sea, o no razonada, sino como un instinto o pasión.

64 Y, con frecuencia, la irreflexión en los niños, en los ignorantes, en los inexpertos, etc., produce lo mismo, y tan perfectamente, o bastante mejor aún, de lo que lo pueda hacer la reflexión, la prudencia, la providencia, la sagacidad, la habilidad, la prontitud, etc.; así como la presencia del espíritu adquirida a fuerza de práctica, etc., encuentra los mismos fines que podría alcanzar, después de una reflexión madurísima, el hombre más reflexivo, y donde se precisa de la rapidez con la misma y mayor inmediatez la encuentra y consigue, de la misma manera que pudiera lograrlo el método de la reflexión.

65 «Es fácil ver la revolución prodigiosa que esta época (la del Cristianismo) ha producido en las costumbres. Las mujeres, casi todas ellas con una imaginación viva y un alma ardorosa, concebían como virtud que tanto más se alababan cuanto más penosas eran. Para ser felices, casi es igual satisfacer a las pasiones que vencerlas. El alma es feliz con sus inquietudes, y aunque ella las ejerza, le importa poco ejercer la propia actividad contra sí misma», Thomas, *Essai sur les femmes*, en *Œuvres*, Amsterdam 1774, t. 4, p. 340.

66 C'est ainsi que les grands Hommes découvrent, comme par inspiration, des vérités que les hommes ordinaires n'entendent quelquefois qu'au bout de cent ans de pratique et d'étude; et celui qui démontre ces vérités après eux, acquiert encore une gloire immortelle. (Thomas, ob. atrás citada, p.37). Sa géometrie étoit si fort au dessus de son siècle, qu'il n'y avoit réellement que très peu d'hommes en état de l'entendre. C'est ce qui arriva depuis à Newton; c'est ce qui arrive à presque tous les grands hommes. Il faut que leur siècle coure après eux pour les atteindre^{*5}, ob. cit., n. 22, p. 143.

67 El cual, mientras tanto, atribuye a la política y a la simulación su moderación al principio de su gobierno (cap. 57).

68 Teodoro Gadareno, su maestro de retórica en la infancia, *subinde in obiurgando appellabat eum πηλὸν αἶματι πεφυραμένον*^{*6}.

69 Suetonio, cap. 57. Suetonio mismo llama a su carácter *saeva ac lenta natura* (ob. cit., inic.).

70 Se trata de la revista milanese dirigida por el editor Antonio Fortunato Stella, amigo y protector de Leopardi.

Éste lo visitará en 1825, durante su primer viaje a la capital de la Lombardía y le llevará el manuscrito de sus *Operette morali*. Fueron varios los trabajos que publicó en la revista de Stella.

Éste le ofreció también traducir obras de Platón y Cicerón, que el poeta no pudo abordar sino parcialmente. Stella lo acogió en su casa, donde el poeta se encontró, nos dijo, *très à mon aise*. (N. del T.)

71 Dentro de la provisionalidad de la que hizo uso en la redacción de este texto, Leopardi escribe en este apartado los nombres de los habitantes de los distintos países europeos unas veces con mayúscula y otras con minúscula. Hemos optado por mantener las mayúsculas. (N. del T.)

72 Hace alusión al territorio de Nemea, valle griego de la Argólida, en el Peloponeso. Hércules mató allí a un león que asolaba el país. (N. del T.)

73 Yo mismo he visto en casa un pequeño canario mansísimo, el cual –apenas se le situaba frente a un espejo– se enfurruñaba con su propia imagen, y se arrojaba hacia ella con las alas extendidas y el pico en alto.

*1 Jean-François Marmontel (1723-1799): escritor e historiador francés. Uno de los más reputados representantes de la Ilustración y redactor de la *Enciclopedia*. Obsérvese cómo, muy tempranamente, Leopardi va saltando en sus lecturas de los autores más avanzados de su tiempo a los más clásicos o clericales. La clave de esta variedad de lecturas se hallaba en la rica biblioteca paterna. (N. del T.)

*2 «Éste fue el fin de las campañas militares de Augusto y, en su conjunto, de la rebelión española. A continuación, reinaron una sólida fidelidad y una paz duraderas, ya sea por el carácter de aquéllos (los españoles), inclinados a las soluciones pacíficas, ya sea por la sagacidad de César.»

**1 Se encumbró tanto Sertorio en las armas que, a lo largo de cinco años, no se puede juzgar si prevaleció la fuerza militar romana o la española, y cuál de los dos pueblos estuvo sometido al otro.»

*3 «Por otra parte, es la vida la que, tal como es, no es suficiente para las facultades del alma; aquí (habla de los alrededores de Nápoles), son las facultades del alma las que no le bastan a la vida. Y la sobreabundancia de las sensaciones inspira una indolencia ensoñadora, de la cual uno se da cuenta en cuanto se somete a prueba.»

*4 Vittorio Alfieri (1749-1803): autor italiano de numerosas obras trágicas y de unos melancólicos *Giornali*, fue uno de los autores preferidos y más influyentes en la primera etapa formativa de Leopardi, aunque fuera su *Vita* (1803) la obra que marcó notablemente a nuestro autor. A Alfieri le dedicaría también uno de sus poemas juveniles –«Letta la vita dell’Alfieri»– escrito a los 19 años. (N. del T.)

*5 «Por ello los grandes hombres descubren, como por inspiración, verdades que los hombres ordinarios no comprenden a veces sino después de cien años de prácticas y de estudio; y el que le muestra a ellos esta verdad adquiere incluso una gloria inmortal. (Thomas, en pasaje atrás citado, p. 37.) Su geometría estaba de tal manera por encima de su siglo que no existían realmente sino pocos hombres capaces de comprenderla. Es cuanto después le acaeció a Newton; y lo que sucede a casi todos los grandes hombres. Es necesario que el propio siglo corra al lado de ellos para alcanzarlos.»

*6 «Fango empapado de sangre.»

Título original: *Le passioni*

Edición en formato digital: mayo de 2013

En cubierta: *Retrato de Leopardi*, de Luigi Lolli, Bolonia 1825

This book was originally published in Italy by Donzelli Editore under the title *Le passioni*. © Donzelli editore , Roma 2010

© De la traducción y el epílogo, Antonio Colinas

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-69-0

Conversión a formato digital: Década Soft, S. L. www.decadasoft.com

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Introducción Fabiana Cacciapuoti	4
LAS PASIONES	15
Epílogo Antonio Colinas	127
Apéndice	130
Notas	143
Créditos	158